

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

EL AMOR EN *NOCHES TRISTES Y DÍA ALEGRE* DE JOSÉ JOAQUÍN

FERNÁNDEZ DE LIZARDI

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADA EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

PRESENTA

MARTHA NALLELLI ROSAS JUÁREZ

ASESORA: DRA. MARÍA ROSA PALAZÓN MAYORAL

Ciudad Universitaria, 2009



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

A PAPIIT, pues este trabajo ha podido ser realizado gracias a su apoyo.

Mi admiración, respeto y cariño a la Dra. María Rosa Palazón Mayoral, motivadora de esta tesis, y a la Mtra. Columba Galván Gaytán por haberme permitido formar parte del Proyecto José Joaquín Fernández de Lizardi.

Mi infinito agradecimiento a la Mtra. Norma Lojero Vega, gran compañera y querida amiga, por su guía constante, por su apoyo y por su invaluable ayuda en la elaboración de esta tesis.

Agradezco la gran disposición y generosidad de la Dra. Marcela Palma Basualdo, así como las valiosas observaciones de la Mtra. Yolanda Bache Cortés, la crítica puntual de la Dra. Esther Martínez Luna y la revisión minuciosa del Mtro. Jesús Gómez Morán.

Gracias a la Universidad Nacional Autónoma de México, a la Facultad de Filosofía y Letras, al Instituto de Investigaciones Filológicas y al Centro de Estudios Literarios.

A mi familia, por todo su apoyo y amor.

Gracias a Dios por darme el privilegio de sentir Su inmensa presencia en mi vida.

M.N.R.J

ÍNDICE

Introducción	1
Capítulo 1.- Antecedentes literarios de las <i>Noches tristes y día alegre</i> de José Joaquín Fernández de Lizardi: Las <i>Noches lúgubres</i> de José Cadalso	4
Capítulo 2.- <i>Noches tristes y día alegre</i> . Género de la obra	8
Capítulo 3.- Posibles motivos por los que Fernández de Lizardi recurre al género novelístico	14
Capítulo 4.- El Amor	18
Capítulo 5.- <i>Filía</i>	22
Capítulo 6.- Amor al prójimo	40
Capítulo 7.- Amor a Dios/ Amor de Dios para con el hombre	50
Capítulo 8.- Amor caritativo	71
Conclusiones	90
Bibliografía	99

INTRODUCCIÓN

Hace más de cuatro décadas, un grupo de investigadores del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM comenzó la labor de rescate de la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827). A partir de un trabajo de búsqueda, recopilación y organización de los textos lizardianos, se logró la publicación de 14 volúmenes con las *Obras* de El Pensador Mexicano.

En Febrero de 2007 me integré al proyecto como becaria de PAPIIT, colaborando en el escaneo, corrección y cotejo, así como en la formación electrónica de varios volúmenes de las obras de Lizardi, los cuales ya han sido integrados a un CD interactivo y a la página web del proyecto. Gracias a dicha actividad he podido tener un mayor acercamiento a la vasta producción lizardiana, y he descubierto que aunque algunos de sus textos han sido ampliamente estudiados, éstos resultan ser minoría en comparación con los que aún quedan por estudiar.

Con base en esto, decidí analizar una de las novelas menos conocidas de este autor para mi tesis de licenciatura. El texto de mi elección es *Noches tristes y día alegre*, pues éste ha sido relegado o minimizado en importancia, posiblemente por ser el texto novelístico de extensión más breve dentro de la producción lizardiana, y que se basa en las *Noches lúgubres* de José Cadalso, aunque la visión pesimista de este autor contrasta con el optimismo de El Pensador.

Además, si bien es cierto que la novela lizardiana parte de la imitación de las *Noches lúgubres* en cuanto a personajes, ambientes y estructuras narrativas similares, la primera difiere esencialmente de su modelo español en tanto que presenta un fondo predominantemente católico que contrasta con la actitud sacrílega que prevalece en el texto cadalsiano.

Debo mencionar que esta novela llamó mi atención, desde una primera lectura, por dos motivos principales. El primero es que, a diferencia de las demás novelas de nuestro autor, ésta se aleja por completo del género picaresco. Más aun, en ella se advierten, ya, varios caracteres románticos (escenarios lúgubres, personajes acosados por la desgracia, así como la relación simbólica existente entre el ánimo de éstos y los elementos naturales), por

lo que no sólo es la primera y única novela lizardiana con estas características, sino que también ha sido considerada como precursora del romanticismo en Hispanoamérica.

En segundo lugar, se trata de una obra de carácter “híbrido” en cuanto a género narrativo se refiere. Su estructura resulta peculiar puesto que, aunque pertenece al género novelístico, presenta también varios aspectos que la aproximan al género dramático.

Por otra parte, me parece interesante el hecho de que Lizardi, siendo eminentemente periodista, recurra a la ficción justamente en el período en que fue suspendida la libertad de imprenta en México (1812-1820). No será casual, entonces, que nuestro autor haya elaborado la totalidad de su producción novelística entre los años de 1815-1820, ni que una vez lograda la independencia y levantada la suspensión vuelva a ejercer de lleno su tarea periodística.

En cuanto a la anécdota de *Noches tristes y día alegre* tenemos que ésta se centra en las desventuras que sufre Teófilo, el protagonista, quien de un momento a otro ve mudar su suerte y es llevado a prisión (acusado, injustamente, de un crimen que no cometió) y privado de relacionarse con su familia. La acción abarca cuatro noches en las que Teófilo sufre una serie de calamidades que lo llevan a desear la muerte; sin embargo, soporta con firmeza pues confía en las bondades de la Providencia y en sus sabios decretos. Al final de la “Noche cuarta” y durante el posterior “Día alegre”, Teófilo recupera todo y más de cuanto se vio privado.

Después de realizar varias lecturas del texto en cuestión, tomé la decisión de estudiar uno de los aspectos que el autor aborda, el cual me parece fundamental debido a la recurrencia con que aparece en la narración, así como a la importancia que tiene dentro de la trama, y que es, a saber, el Amor.

De modo que, en el presente trabajo, me propongo analizar los distintos tipos de Amor que aparecen en la novela. Dedicaré, pues, un capítulo al análisis de la Filía, que bien puede abarcar el Amor nupcial, a los hijos y a la familia. El siguiente estará orientado hacia el Amor al prójimo. Posteriormente haré un análisis acerca del Amor a Dios y la forma en que el hombre tiene la posibilidad de manifestarlo y, a su vez, del Amor que Dios expresa al ser humano mediante los dones que le otorga, entre los cuales se encuentra su constante y divina Providencia. Por último hablaré del Amor caritativo, el cual representa el Amor de la

gracia, es decir, aquel que se desborda y que se manifiesta en la generosidad del hombre para con sus semejantes.

Por último, debo mencionar que una revisión minuciosa del texto me ha llevado a plantearme algunos de los siguientes cuestionamientos, los cuales trataré de explicar en el desarrollo del presente trabajo: ¿qué es el Amor? ¿Existe una definición que pueda precisar su significado? ¿Cuántos tipos de Amor existen y de qué manera se manifiestan? ¿Puede el hombre amar a Dios o sentirse amando por Éste, aún después de verse sometido a múltiples padecimientos? ¿Es posible que el hombre se compadezca del otro cuando se siente víctima de la injusticia? ¿Se puede ser caritativo aún en los momentos adversos? Las anteriores cuestiones, que se derivan de la reflexión del texto, darán forma y contenido a mi planteamiento.

CAPÍTULO 1

ANTECEDENTES LITERARIOS DE LAS *NOCHES TRISTES Y DÍA ALEGRE* DE
 JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI: LAS *NOCHES LÚGUBRES*
 DE JOSÉ CADALSO

El movimiento romántico surge en Europa a finales del siglo XVIII, mientras que en América aparece hasta el siglo XIX. El romanticismo se caracteriza, entre otros elementos, por la relación simbólica existente entre el paisaje y el sentimiento, por el “yo” personal como centro de la cosmovisión del individuo, por la predilección de sus personajes por los ambientes solitarios y por el predominio del sentimiento sobre la razón. Bajo estas características están escritas las *Noches lúgubres*, obra póstuma de una de las figuras más representativas de la literatura española del siglo XVIII: José Cadalso y Vázquez (Cádiz 1741- Gibraltar 1782).

Las dudas existentes acerca de la autoría de las *Noches lúgubres* bien podrían deberse a que fueron publicadas hasta 1798, es decir, dieciséis años después de la muerte de Cadalso, lo cual se explicaría plenamente “teniendo en cuenta el escándalo que provocó su actitud sacrílega, agravada por el tono maldiciente en que está escrita la obra” (Menafrá: 28).

La primera edición en libro de las *Noches lúgubres* fue editada e impresa por Sastres, en Barcelona en el año de 1798. Éste realizó varias reediciones que, al paso de los años, no estuvieron exentas de ajustes y mutilaciones, por lo que, en el Madrid de 1815, Repullés toma uno de los primeros ejemplares de Sastres para editar las *Obras completas de Cadalso* y hacer una posterior reimpresión en 1818.

“La más concreta indicación para estimar como biográficas las *Noches lúgubres*, se encuentra en una carta escrita en 1791 por un desconocido que se firma M. A. y que dirige a Ag.º D.n Ca..., personaje no menos misterioso. Esta carta fue publicada por primera vez en la edición de la obra hecha en Madrid, sin nombre de impresor, en 1822; Valmar la imprime en su citada colección de *Poetas líricos del siglo XVIII*, como adición a la *noticia biográfica* de Cadalso, reproduciendo, dice, la copia que don Bartolomé José Gallardo había hecho en Cádiz en 1824. Quintana recogió la tradición —‘confusa’, dice de ella

Valmar— del valor autobiográfico de las *Noches*, y luego la época romántica, durante la cual tuvo la obra gran difusión, la aceptó plenamente, haciéndola llegar hasta nuestros días” (Alborg: 710).

Las *Noches lúgubres* están basadas en un hecho real que el propio Cadalso protagonizó. En abril de 1771 sufre la muerte de su amada, la actriz María Ignacia Ibáñez. En medio de su desesperación, Cadalso visita en varias ocasiones la tumba de María Ignacia con la intención de desenterrar su cadáver, pero esto no se lleva a cabo porque el conde de Aranda, enterado de la locura que pretende el escritor, decide desterrarlo a Salamanca. Este acontecimiento sirve de inspiración a Cadalso para escribir unos meses después las *Noches lúgubres*, novela dialogada en la que busca crear una atmósfera que simbolice lo doloroso de su trance, lo cual logra al hacer uso de un tono personal y subjetivo que expresa sentimientos desbordados de tristeza y pesimismo, así como también crea una serie de escenarios tétricos y deprimentes. La unión de estos elementos da como resultado una de las novelas románticas de mayor difusión y aceptación primero en Europa y, posteriormente, en el Continente Americano.

Por otra parte, tenemos que en Hispanoamérica el punto de arranque del género novelístico está representado por *El Periquillo Sarniento*¹, una de las obras más importantes del escritor mexicano José Joaquín Eugenio Fernández de Lizardi (Cd. de México 1776-1827). Hijo legítimo de Manuel Fernández Lizardi y Bárbara Gutiérrez, recibió su educación elemental en Tepetzotlán, complementada, ya siendo adolescente, en la Ciudad de México, “donde estudió latín en una escuela particular y, posteriormente, algunos cursos en el prestigioso Colegio de San Ildefonso” (Íñigo: 136).

Novelista, fabulista, poeta, periodista y folletinista, *El Pensador Mexicano*, como él mismo se hace llamar, se vale de los diversos géneros literarios para difundir sus ideas liberales e ilustradas. Su producción novelística se compone de cuatro obras elaboradas entre los años de 1815 y 1820: *El Periquillo Sarniento* (1815-1816), *La educación de las*

¹ En 1792 sale a la luz pública la *Portentosa vida de la muerte, Emperatriz de los sepulcros, Vengadora de los agravios del Altísimo y muy señora de la humana naturaleza* de fray Joaquín Bolaños. Sin embargo, no se le puede considerar una novela como tal puesto que, debido a la censura de su tiempo, el autor limita la parte narrativa de la obra para dar una mayor preponderancia a los sermones y discursos, por lo que el texto se convierte más en una colección de sermones que en una novela. No obstante, el empleo de la ficción y la vena satírica que podemos apreciar en ciertas partes de la obra es un antecedente de lo que encontraremos posteriormente en *El Periquillo Sarniento*, novela picaresca con la que Fernández de Lizardi inaugura el género novelístico en México.

mujeres o La Quijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencias de novela (1818-1819), *Noches tristes y día alegre* (1818-1819) y *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda* (1820).

Sea cual sea el género que utilice, Lizardi proyecta siempre en sus textos “su doctrina social, la intencionalidad didáctica, las ideas de educación y progreso, la crítica de las instituciones, la aplicación de la moral burguesa” (Varela: 91).

Mientras que en *El Periquillo Sarniento* y *Don Catrín de la Fachenda* Lizardi sigue la línea de la novela picaresca, (además de manejar elementos como la sátira, la ironía y el sarcasmo, entre otros) en *La Quijotita y su prima* se aparta de este género, aunque no por eso las tres novelas dejan de coincidir en el tono espontáneo y natural, así como en el didactismo con que el autor busca moralizar y enseñar a la sociedad de su tiempo. No obstante, la novela en la cual Lizardi recurre a la imitación de los caracteres románticos europeos es *Noches tristes*² “escrita explícitamente a imitación de las *Noches lúgubres* de Cadalso, y que ha sido invocada como una muestra temprana del romanticismo en Hispanoamérica” (Íñigo: 141).

Es innegable el paralelismo que guardan *Las Noches* de Lizardi con las *Noches* de Cadalso. A saber, ambas novelas están escritas a manera de diálogo; las acciones se desarrollan en un ambiente nocturno con escenarios similares (la cárcel, el cementerio, el bosque oscuro y solitario), muy del tipo romántico; los protagonistas son encarcelados por un crimen que no cometieron, lo cual los hace pensar en la muerte como única salvación a sus pesares; sin embargo, al resultar inocentes, son liberados y por lo tanto condenados a seguir padeciendo. Los protagonistas de las novelas, española y mexicana, interactúan con personajes similares (carceleros, ministros de justicia, sepultureros y las miserables familias de estos últimos) y, finalmente, ambos comparten el deseo de desenterrar un cadáver, sólo que en las *Noches lúgubres* Tediato nunca lo logra mientras que, en las *Noches tristes*, Teófilo encuentra alivio al desenterrar un cadáver que resulta no ser el de su esposa (a quien creía muerta).

² En 1818 esta novela se editó con el título de *Noches tristes*, la cual se asemeja en gran medida a las *Noches lúgubres* de Cadalso por el final trágico. Es hasta 1819 que aparece publicada la versión completa al incluir el “Día alegre”, con lo cual la novela cambia de un final pesimista a uno positivo y esperanzador.

Sin embargo, pese a todas estas similitudes hay un punto fundamental de contraste: el fatalismo cadalsiano frente al optimismo lizardiano pues, si bien la adversidad es una constante en las dos novelas, ambos protagonistas presentan comportamientos distintos.

Tediato vive su tristeza con una amargura deprimente, la desgracia se convierte para él en una presa que debe perseguir, aunque con esto tenga que desafiar constantemente los designios divinos. El Amor es la causa de su ruina y las figuras del padre, madre, hijos y hermanos le parecen por demás aborrecibles. Teófilo, por su parte, antepone su bondad y caridad a sus padecimientos, vive su dolor no como martirio, sino como una prueba de fe. A pesar de todas las desgracias que debe soportar, mantiene su fidelidad en Dios y encuentra en el Amor a la mujer, a la familia e, incluso, al prójimo, un consuelo y un aliciente para mantener su virtud pese a todo.

Por lo tanto, tenemos que, aunque ambas novelas coincidan en cuanto a “ciertos sentimientos y actitudes muy del gusto romántico, por ejemplo la melancolía, el monologar, el apostrofar, el Amor a la naturaleza y a la soledad, el abandono y la crítica de la vida social, el libre anhelo” (Yáñez: 14-15), resultan antitéticas en cuanto a la manera en que los protagonistas se enfrentan contra la adversidad. En primer lugar, porque Tediato reacciona ante ésta con una gran desesperación y una actitud sacrílega, mientras que Teófilo permanece fiel y temeroso de Dios, —comportándose a semejanza de un Job bíblico—; y, en segundo lugar, porque Lizardi cambia el tono trágico de su novela al añadir el “Día alegre”, el cual le imprime al texto un tono optimista que se aleja por completo del trágico final de las *Noches cadalsianas*. De este modo, aunque *Noches tristes* parte de una imitación del modelo romántico español en cuanto a forma narrativa, personajes y ambientes, Lizardi le da un giro al anteponer frente a todo la virtud de su protagonista, con lo cual le otorga a su novela una polaridad positiva que contrasta con la constante negación que encontramos en las *Noches Lúgubres*.

CAPÍTULO 2

NOCHES TRISTES Y DÍA ALEGRE. GÉNERO DE LA OBRA

El relato es la representación de dos o más acontecimientos o situaciones reales o ficticias que se suceden dentro de una secuencia temporal. La teoría narrativa es el conjunto de propuestas y estudios teóricos sobre el relato, la cual se conoce también como *narratología*, término propuesto por Tzvetan Todorov en el año de 1969. Gérard Genette propone dos tipos de narratologías: “una temática, en sentido amplio (análisis de la historia o los contenidos narrativos) y otra formal o, mejor dicho, modal, el análisis del relato como modo de ‘representación’ de las historias, opuesto a los modos no narrativos como el dramático y, sin duda, otros ajenos a la literatura” (Genette: 14).

La doctora Luz Aurora Pimentel hace una distinción, a su vez, entre la narratología y los estudios genéricos del relato. Menciona que un estudio narratológico se ocupa de aspectos tales como “la situación de enunciación, las estructuras temporales, la perspectiva que orienta al relato, así como la indagación sobre sus modos de significación y de articulación discursiva” (Pimentel: 8), mientras que un análisis genérico se encarga de las especificaciones temáticas que distinguen a un género literario de otro.

Aunque no pretendo hacer un análisis genérico de *Noches tristes y día alegre*¹, sí considero necesario mencionar que se trata de una obra cuya estructura resulta peculiar puesto que, aunque pertenece al género novelístico, presenta también varios aspectos que la aproximan al género dramático, como se verá a continuación.

En primer lugar, tenemos que la novela está dividida en cinco partes², (cuatro “Noches” y un “Día alegre”), tres de las cuales llevan un título que contiene un anuncio explícito del lugar en el que se desarrollan los acontecimientos, lo cual favorece a dar la impresión de que se trata de escenas teatrales más que de capítulos novelescos:

¹ La edición de *Noches tristes y día alegre* en la que basaré mi estudio es la siguiente: Fernández de Lizardi, José Joaquín, *Obras IX-Novelas. El Periquillo Sarniento (tomos III, IV y V), Noches tristes y día alegre*, ed., notas y presentación de Felipe Reyes Palacios, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1982 (Nueva Biblioteca Mexicana, 87).

² La forma en que está dividida la novela nos remite también al melodrama, género totalmente romántico que consta de cinco actos.

“Noche primera”. *La prisión*.

“Noche segunda”. *La pérdida en el bosque*.

“Noche cuarta”. *El cementerio*.

Aunque el título de la “Noche tercera”, *El desvelo triste*, no hace referencia explícita a ningún escenario en particular, el lector puede ubicar perfectamente el lugar donde se desarrollan los sucesos de esa noche: la humilde casa de Martín. Esto se aprecia al final de la “Noche segunda”, gracias a un breve diálogo que sostienen Teófilo y Martín, el cual resulta bastante descriptivo, pues nos permite entrever las precarias condiciones en que se encuentra la vivienda de este último:

Martín. Eh, ya llegamos. Mis hijitos aún duermen amontonados unos sobre otros.

Teófilo. Pues no los despiertes. Ven, carguemos a la enferma... ¿Dónde la pondremos?

Martín. Aquí, señor, sobre estas jergas que es toda nuestra cama.

Teófilo. ¡Qué miseria! Abrígala con esas mantas secas y dale a oler el humo de la lana quemada (Lizardi: 1818-1819, 448).

Cabe destacar que la elección de estos ambientes lúgubres responde a las exigencias románticas, pues en la literatura de esta línea los espacios ejercen una gran influencia en el desarrollo de los acontecimientos, así como en el ánimo de los personajes. En esta novela —que ha sido considerada precursora del romanticismo mexicano— encontramos varias descripciones de espacios solitarios y deprimentes en que se mueven los personajes. Asimismo, es frecuente que estos últimos hagan alusiones acerca de la hostilidad del entorno y de la violencia con que la naturaleza los embiste, con lo cual no sólo se acentúan las desgracias que deben enfrentar sino que, además, se establece una relación directa entre la furia de los elementos naturales y el exaltado estado de ánimo de los personajes:

¡Qué noche tan oscura y espantosa! Un precipicio se abre a cada paso. Las espesas y negras nubes nos impiden gozar siquiera la débil luz que prestan las estrellas. Nada tarda en descargar sobre nosotros la inmensa mole de agua que pende sobre nuestras cabezas. Ya gotea fuertemente. Los relámpagos nos deslumbran, y los terribles truenos de los rayos nos asustan y estremecen, amenazando cada instante nuestras vidas (*Ibid*: 435).

Sin embargo, el ambiente borrascoso y sepulcral de las cuatro noches cambia radicalmente en el “Día alegre”, lo cual me parece pertinente puesto que la temática de este último es totalmente opuesta:

¡Qué bellos amanecen los días para los que reposan en la tranquilidad de sus conciencias! Después de las amargas noches que habéis pasado, ¿no os parece, queridos, este día brillante, nuevo y del todo apacible a vuestros ojos? ¿No os embelesa la venida de la aurora? Ved cómo se pintan los horizontes con su rojo huminado [sic] y cómo toda la naturaleza se alegra al esperar al padre de las luces (*Ibid*: 473).

Así pues, el escenario correspondiente al “Día alegre” es presentado como un remanso de paz, como un sitio donde el hombre puede convivir en armonía con la naturaleza y en el que puede admirar la obra de Dios con tan sólo mirar a su alrededor:

Éstos se levantan a la venida del día, admiran la belleza del sol, registran embelesados los primores de la naturaleza y gozan en deliciosa paz sus beneficios; pero como al mismo tiempo no la reconocen una deidad independiente, sino una ministra del Supremo Ser, que por su conducto los dispensa (*Ibid*: 475).

Además de las continuas descripciones del paisaje que encontramos en el “Día alegre”, tenemos que el narrador, incluso, menciona el nombre exacto del pueblo en el que se desarrollan los sucesos:

Entretenidos aquellos señores con estas conversaciones, llegaron al pueblo de San Agustín de las Cuevas, y pararon en una hermosa casa de campo propia del cura.

Luego que se apearon del coche, se entró éste con su sobrina Dorotea, dejando a Teófilo el cuidado de que descargasen las mulas y metiesen adentro los baúles y demás del equipaje (*Ibid*: 478).

De tal modo, podemos observar que en *Noches tristes y día alegre* las descripciones de los diferentes escenarios aparecen bien detalladas. Las cuatro Noches están llenas de motivos lúgubres y pavorosos (la prisión, el cadáver en la oscura celda, el cementerio, el bosque tenebroso, por ejemplo), mientras que el “Día alegre” se desarrolla en un hermoso escenario (que bien nos puede remitir a aquella idea de *Deus sive natura*), como si con la ambientación de dichos espacios Lizardi buscara imprimir cualidades escénicas a su texto.

Otro aspecto importante es que nuestro autor construye la mayor parte de su novela a partir de un interesante despliegue dialógico que nos remite al arte dramático, pues es de recordar que en dicho género el autor desaparece del texto para ceder por completo la voz a sus personajes. Es decir, en el teatro el autor queda fuera de la escena y son los diálogos entre los personajes los que presentan los hechos, tal como sucede en gran parte del texto en cuestión.

En las *Noches tristes* todos los personajes son presentados como interlocutores (a excepción de Teodora, de quien únicamente sabemos gracias a que su esposo Martín le cita a Teófilo las últimas palabras de ésta antes de su muerte). No obstante, encontramos una peculiaridad gráfica en el “Día alegre”, puesto que ahí sólo los diálogos de los personajes principales van introducidos por el nombre correspondiente, mientras que los parlamentos de los personajes secundarios van señalados mediante un guión largo.³ En el siguiente diálogo entre Dorotea (uno de los personajes principales) y Teresa (personaje incidental), podemos notar la diferencia:

Dorotea. ¡Pobre familia!, ¿y con qué se mantiene?

—Ella y sus hijas cosen, lavan y trabajan en cuanto pueden; pero ¿qué vale el trabajo de la mujer? Muy poco o nada, y mucho menos para sostenerse con tal cual decencia, en la que se criaron los pobres.

Dorotea. ¡Cuántas familias de regular nacimiento y de una educación honrada perecen escondidas en unas habitaciones miserables, sin tener ni el infeliz recurso de manifestar sus indigencias (*Ibid*: 488-489).

La dramatización de la obra, a partir del uso de la forma dialogada⁴, ayuda a que el autor economice explicaciones respecto del carácter de sus personajes, puesto que éste se va dando a conocer por sí solo mediante las acciones que llevan a cabo.

Por otra parte, considero que merece especial atención la forma monologada que encontramos en el texto, pues es importante tomar en cuenta que *Noches tristes y día alegre* se ubica a principios del siglo XIX (1818-1819), por lo tanto, el tipo de monólogo manejado en la obra bien puede corresponder a aquellas “ ‘exclamaciones’ de la novela del siglo XVIII o de la primera mitad del XIX, donde los personajes novelescos meditan en voz

³ Así lo señala Felipe Reyes en la nota al pie de página no. 29 de la edición de *Noches tristes y día alegre* que estoy utilizando para el presente estudio.

⁴ Hay que recordar que Lizardi manejó con suma destreza y conocimiento la forma dialogada. Muchos de sus folletos y periódicos se caracterizan por esta cualidad.

alta y nos comunican sus pensamientos” (García Landa: 355-356). Pero también a aquella técnica empleada en el monólogo dramático convencional —una más de las peculiaridades genéricas del texto— que, tanto en el arte narrativo como sobre la escena, es empleada para dar a conocer el contenido mental de un personaje, el cual puede desarrollarse de forma clara, o bien, parcial o totalmente inarticulada.

En el caso específico de la narrativa latinoamericana del siglo XIX, el monólogo tiene un carácter poco frecuente, de hecho éste se “ofrecía aisladamente, aplicándose como medio de expresión de estados de crisis o excitación anímica” (Bustos: 30). Esto se puede apreciar claramente en la novela, puesto que cada vez que el estado de ánimo de Teófilo se ve alterado por algún sobresalto o una nueva peripecia, el personaje se sumerge en largos monólogos. Cabe mencionar, además, que el empleo de este recurso se limita únicamente al protagonista y, dicho sea de paso, casi todos sus monólogos se extienden hasta el punto de derivar en largas parrafadas, las cuales pertenecen a un contexto predominantemente narrativo.

De tal modo, aunque *Noches tristes y día alegre* tiene la apariencia de drama, en sentido formal resultaría imposible ubicar dicha obra en este género, ya que “las convenciones espacio-temporales manejadas por Lizardi son de lo más arbitrario: con los puntos suspensivos, por ejemplo, indica cualquier transcurso de tiempo, ya sea el tiempo necesario para que ocurran ciertos cambios atmosféricos o para que el personaje ejecute una acción breve” (Reyes: XXXIII).

También está el hecho de que cada vez que el autor quiere ahondar en algún tema en particular, permite que sus personajes se extiendan en largas disquisiciones que, en teatro, darían como resultado “tiradas” demasiado largas que resultarían muy pesadas para el espectador. Además, las voces de los personajes no son las únicas que encontramos, sino que, en algunas partes de la novela, la narración pasa del diálogo o el monólogo a la tercera persona del género novelesco (cosa que no sucede en el drama, puesto que en ese género el autor desaparece para ceder por completo la voz a sus personajes). La situación antes mencionada se da, por ejemplo, en un diálogo que Teófilo sostiene con el Sepulturero donde, debido a una fuerte impresión, el protagonista pierde momentáneamente el sentido. Ante la imposibilidad de dar a conocer por sí mismo su desmayo, se hace necesaria la aparición de un narrador omnisciente que describa los hechos:

Sepulturero. Ya tengo la muerta en mis brazos...

Teófilo. ¡Qué miro! ¡Ay, triste!, ella es... ¡Válgame el cielo!...

Era sensible Teófilo, y no pudiendo resistir, cayó al suelo rendido a tan funesto golpe.

El sencillo Alfonso no se preocupó; antes con la mayor violencia volvió a sepultar el cadáver, y cargó con el triste Teófilo, al que condujo a su casa poco antes que amaneciera⁵ (Lizardi: 1818-1819, p. 467).

En conclusión, aunque es cierto que *Noches tristes y día alegre* podría parecer una obra preparada para ser presentada en escena debido a los múltiples elementos teatrales que encontramos en ella, se trata en realidad de una novela, pues pese a “lo híbrido de la forma” (Reyes: XXIX), es claro que Lizardi le otorga una importancia fundamental a la anécdota.

Además, si bien aparecen en el texto varios lugares descritos a detalle (a manera de escenarios), en realidad es mediante las acciones de los personajes que se definen plenamente los espacios. Es decir, gracias a las acciones y a las constantes referencias acerca del entorno que hacen los diferentes interlocutores a lo largo de la obra, el lector puede formarse una clara idea de la apariencia que tienen aquellos lugares donde se desarrollan los acontecimientos.

Por último, aunque el uso de la forma dialogada sea constante en el texto (aunque no la única, puesto que la “Noche cuarta” y el “Día alegre” son predominantemente narrativos), puede considerarse únicamente como un elemento que el autor emplea de manera arbitraria, mas no por eso debe considerarse como una técnica dramática en sentido estricto.

⁵ Únicamente en esta cita pondré en negritas la voz del narrador omnisciente, con el fin de hacer notar el cambio de voces que se da en este diálogo.

CAPÍTULO 3

POSIBLES MOTIVOS POR LOS QUE LIZARDI RECURRE AL GÉNERO
NOVELÍSTICO

Algunos movimientos independentistas de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, tales como la Revolución Francesa, en Europa, y la lucha de independencia, en México, dieron paso a nuevas ideas y al consiguiente nacimiento de un auténtico periodismo, cuya finalidad principal era ilustrar e informar al pueblo, pero también servir como medio de fácil acceso para todos aquellos que buscaran dar a conocer sus opiniones o expresar quejas diversas.

“Las Cortes de Cádiz habían decretado la libertad de imprenta desde el 10 de noviembre de 1810; pero en Nueva España la guerra de independencia había hecho que se retrasara su publicación, pues el gobierno temía que por ella la revolución cobrara más impulso” (Fernández Arias: XIX). Fue hasta 1812 que, sin más alternativa, el virrey Venegas ordenó su publicación por Bando el día 5 de octubre. Este importante acontecimiento llevó a Lizardi a publicar el primer número de uno de sus periódicos más famosos, del cual más tarde tomaría su seudónimo: *El Pensador Mexicano*. No obstante, el gusto le duraría poco a nuestro autor —tan sólo 90 días—, puesto que el número 9 del ya mencionado periódico (número en el que Lizardi defendía al clero insurgente) le valió no sólo seis meses de prisión, sino que también sirvió de pretexto para que Venegas suspendiera la libertad de imprenta a los pocos días (5 de diciembre de 1812), lo cual significó un hecho lamentable, puesto que, a partir de ese momento, el recién obtenido privilegio fue suspendido por espacio de 8 años.

A pesar de este amargo incidente, y cuando la suspensión fue levantada, Lizardi continuó externando sus pensamientos políticos. En 1821 sufrió un nuevo encarcelamiento debido a un par de folletos calificados de sediciosos: *Chamorro y Dominiquín. Diálogo jocoserio sobre la independencia de la América* y *Contestación de El Pensador a la carta que se dice dirigida a él por el coronel don Agustín de Iturbide*. Sin embargo, es un año más tarde y con motivo de uno de sus escritos titulado *Defensa de los francmasones* que nuestro liberal autor debió enfrentarse a uno de los episodios más amargos de su vida: la

excomuni3n. Siendo, como era, un hombre profundamente cat3lico, es de imaginarse que dicha intransigencia le debi3 significar uno de los m3s terribles atentados contra su persona.

Todos estos escarmientos de la tiran3a colonial que padeci3 Fern3ndez de Lizardi no son m3s que una clara muestra de la imposibilidad que exist3a en aquel entonces de decir la verdad, debido a que la libertad de imprenta era controlada, ya fuera por el rigor civil o el de la censura eclesi3stica. Es as3 como el g3nero novel3stico cobra popularidad en el siglo XIX, pues la ficci3n surge como un veh3culo id3neo para aquellos autores que han optado por hacer de su literatura una herramienta al servicio del pueblo.

El car3cter ficticio de la novela les permite exponer ampliamente sus ideas, ya sea en boca de sus personajes o a trav3s de la voz de un narrador. No obstante, en este punto me parece necesario subrayar que el autor es una persona real que existe o ha existido, mientras que “el narrador es una figura que el autor se inventa y que representa, en la mayor3a de los casos, al propio autor en el interior de la narraci3n, s3lo durante el tiempo en que 3ste escribe su relato, en que cuenta su historia” (Garc3a Peinado: 164-165). De tal modo que, aunque el narrador puede fungir como portavoz del autor, s3lo este 3ltimo es responsable de la obra, tanto tem3tica como formalmente. Es 3l quien toma las decisiones respecto al rumbo de los acontecimientos y el desarrollo de los personajes; de ah3 que cada palabra, cada suceso, cada giro en la historia, le sean atribuibles en tanto a su funci3n como escritor.

Fern3ndez de Lizardi es uno de esos escritores cuyo compromiso social se ve reflejado en toda su obra. Sin embargo, debido a la censura de su tiempo, nuestro autor tiene que recurrir frecuentemente a la ficci3n para dar a conocer sus ideales liberales e ilustrados, sin exponerse de lleno al peligro de ser perseguido, puesto que sus ideas muchas veces fueron consideradas como una amenaza para la sociedad. Esto debido a su car3cter reformista, a su inter3s por educar a un pueblo iletrado y a sus constantes cr3ticas hacia las incongruencias y fallos tanto en las instituciones civiles como eclesi3sticas.

Al igual que otros escritores del siglo XVIII y XIX, —tales como Rousseau, Jovellanos, Cadalso y Balzac, entre otros— Lizardi construye sus textos a partir de un discurso dogm3tico que le permite componer sentencias y reglas de moral, as3 como emitir juicios personales sobre el mundo, la vida o la sociedad en la que se encuentra inmerso. Es un escritor que transmite su ideolog3a y deja sentir su presencia, tanto en los di3logos de sus

personajes, como en los juicios o reflexiones que realiza el narrador. En este punto, considero que es necesario puntualizar que “la persona que cuenta la novela o el cuento no es propiamente el autor, sino aquel ser que dentro del texto personifica una proyección singular del autor como emisor del discurso literario” (Paredes: 29). Gracias a la mediación de dicho emisor o narrador el lector puede conocer no sólo la historia y las particularidades del universo de acciones que conforman el relato, sino también la postura que adopta el propio autor respecto a los acontecimientos narrados.

Como ya se dijo con anterioridad, en el género dramático el autor desaparece del texto y cede por completo la voz a sus personajes. Sin embargo, debemos recordar que *Noches tristes y día alegre* pertenece al género novelístico, por lo que, aunque ciertas particularidades del texto nos remitan al arte teatral, no podemos dejar de lado el hecho de que se trata de una novela, género en el cual “el autor da la palabra a un *narrador*, y éste eventualmente a sus personajes. Sobre la escena el diálogo es puro, en la novela siempre más o menos teñido” (Tacca: 22). Es decir, en el teatro el autor queda fuera de la escena y son los diálogos entre los personajes los que presentan los hechos, mientras que, en la novela, aunque aparezcan varias voces, el narrador siempre está presente en el primer plano de la audición y de la conciencia.

Lizardi es un narrador nato, su escritura resulta, además, un acto vital y esto se puede apreciar no sólo en lo profuso de su obra, sino también en la originalidad y espontaneidad que permea todos y cada uno de sus textos. Su carácter liberal y contestatario, su preocupación por el cambio y por el bienestar social coloca a Fernández de Lizardi en el centro de la polémica. Aunque su obra tuvo una gran acogida (se le reedita en pleno siglo XIX), su recepción, así como las reacciones que suscitó entre sus contemporáneos casi nunca fueron positivas: en numerosas ocasiones nuestro autor fue objeto de numerosos ataques, no sólo por parte del gobierno, sino también por parte de los escritores de su época.

La dificultad de expresar sus ideas libremente es una constante que le acompañará a lo largo de su vida. En 1827, enfermo y próximo a morir, Lizardi hace algunas de sus últimas reflexiones, las cuales están plasmadas en su *Testamento y despedida*, donde, con un evidente desencanto y sin dejar a un lado la ironía, habla acerca de las cuestiones por las cuales luchó durante toda su vida, entre las cuales destaca la ardua tarea que representa para

un escritor comprometido el defender los derechos del pueblo. Señala las consecuencias de dicha actividad:

Dejo una multitud de papeles que he escrito sobre diversas materias, de los cuales unos son buenos y otros malos y otros entreverados; algunos de ellos han causado mil cóleras, evacuaciones y dolores de cabeza a ciertas clases de lectores.

“*Item*: dejo a mis enemigos, los fanáticos, el cuidado de destrozarse y morder mi opinión siempre que puedan, bajo el seguro de que no les puedo responder [...]”

“*Item*: dejo a los escritores la lección de que no se empeñen en defender los derechos de otros con demasiado calor, ni en combatir los abusos con energía, pues además de que adelantarán muy poco en tan grande empresa, se atraerán el odio de todos los criminales, y si éstos pudieren, no cesarán de perseguirlos” (Lizardi:1824-1827, 1042).

De modo que la constante represión y los encarcelamientos que Lizardi debió padecer por el solo hecho de exponer abiertamente sus opiniones son una causa probable de que nuestro autor se orientara en más de una ocasión hacia la novela, “considerándola como un medio de criticar al gobierno sin incurrir en las iras de la censura. Lo cierto es que es sintomático que todas sus novelas, desde *El Periquillo Sarniento* hasta *La Quijotita y su prima* (1819) y la publicada póstumamente con el título de *Don Catrín de la Fachenda*, se escribiesen antes de la consumación de la independencia y de la supresión de la censura. Después de la independencia, Fernández de Lizardi volvió a lo que parece haber sido su medio de expresión predilecto, la prensa” (Franco: 46).

Es así como, en un determinado período de su actividad literaria y “ante la imposibilidad de seguir publicando sus ideas de un modo directo a través del periódico” (Oviedo y Mejías: 19), Lizardi decide continuar su tarea didáctica valiéndose de otros géneros en los que su integridad no quede tan expuesta como sucede en el periodismo. De ahí que recurra con frecuencia a la novela, género que por su carácter ficticio y su libre extensión le permite a nuestro autor abordar diversos temas de su interés, los cuales puede desarrollar abiertamente y de manera extensa, tal como lo hace en *Noches tristes y día alegre*.

CAPÍTULO 4

EL AMOR

Considero que uno de los temas principales que Fernández de Lizardi aborda en *Noches tristes y día alegre* es el del Amor, esto debido a la recurrencia con que aparece en la novela, así como a la importancia que tiene dentro de la trama. Por medio de las acciones de sus personajes, nuestro autor presenta una serie de ejemplos a partir de los cuales, pienso, busca instruir acerca de la “forma correcta” en que el ser humano debe dar muestra patente de su Amor, pero no sólo a sus semejantes, sino también a Dios, pues para él, “el hombre de bien y de virtud será sobre todo el que cumple con los deberes morales que entraña el catolicismo, el que cumple con las máximas que dicta la religión y que son, además, conformes con la ley divina, con la ley natural y con la razón misma” (Hernández: 656).

A pesar de su carácter liberal y reformista —el cual, como ya se dijo, le valió la prisión en repetidas ocasiones, así como la excomunión en el año de 1822¹ —, Lizardi es un hombre profundamente cristiano católico, en tanto creyente de los dogmas de la fe y no del fanatismo y la superstición. No cree en “duendes, brujos, hechiceros, vampiros humanos ni brucolacos y demás gentuza de esta calaña” (Palazón: 40); no está de acuerdo en que la Iglesia interfiera con los asuntos del Estado; no admite aquellos abusos cometidos con el pretexto de la religión, ni tampoco el hecho de que el alto clero ostente elevados salarios y cuantiosas posesiones. Antes bien, se apega a los mandamientos y virtudes que señalan los Evangelios, los cuales están ejemplificados por el mismo Jesús; defiende la moral cristiana y hace hincapié en la responsabilidad social que todo católico tiene para con sus semejantes, pero también para con su patria, ya que al ser ésta “la sociedad a la que pertenecemos por un convenio o pacto recíproco: es necesario que nos amemos los unos a los otros” (Lizardi: 1826-1827, 8).

Pero, ¿qué es el Amor? En realidad, considero que no existe una definición universal que pueda precisar su significado, puesto que para cada cultura y en diferentes

¹ Fernández de Lizardi fue excomulgado por su *Defensa de los francmasones*, folleto en el que criticó dos bulas papales que condenaban a éstos. Sin embargo, luchó contra este fallo y se defendió en varios escritos de las acusaciones hechas en su contra. Solicitó la absolución que, finalmente, le fue concedida por la Audiencia el 24 de octubre de 1823.

épocas, el *Amor* ha tenido connotaciones distintas. Como afirma Pérez-Rioja, se trata de un concepto que no “podrá llegar a ser definido jamás ni tampoco será escrita su historia completa, porque es algo consustancial a la vida, y, como ella, seguirá tejiéndose, día a día. No es posible encerrarlo en una definición. Como alguien afirmó alguna vez, lo único que puede decirse se reduce a que en el alma es una pasión de reinar; en el espíritu, una simpatía; y en el cuerpo, un anhelo oculto y delicado de poseer —tras de muchos misterios— lo que se ama” (Pérez Rioja: 13).

La aparición histórica del Amor no puede determinarse con precisión. Es verdad que en Grecia nace el mito de *Eros*, sin embargo “el mito no es más que una versión de su nacimiento, no el nacimiento mismo. Y sin embargo, es extraordinariamente significativo el modo como el algo se manifiesta por primera vez, el modo como se hace accesible a la conciencia.

“La aparición del amor no es otra cosa que su entrada en la claridad de la conciencia desde el mundo circundante” (Zambrano: 261).

Antes del pensamiento griego, en el nacimiento de la mística cristiana, el Amor ya ocupa un lugar importante en las religiones y las literaturas orientales, tales como la hindú o la egipcia. Sin embargo, el concepto en el que me basaré para el presente análisis es aquel que proviene de la tradición griega pues, por una parte, el Amor fue adaptado por los hebreos que marcharon a Grecia e influyeron en la cultura cristiana de Roma. Y, por otra, porque considero que la cultura grecorromana ha sido decisiva en el desarrollo de las sociedades occidentales y, en particular, en la novela lizardiana en cuestión.

Para los antiguos griegos, el Amor o *Eros* es un término que posee una implicación sexual directa, pero no sólo eso, sino que también se refiere a la forma en que un ser humano tiene la posibilidad de encontrar su complemento en el otro. No importa si se presenta entre hombre y hombre, entre hombre y mujer o entre mujer y mujer, todo Amor es concebido como una atracción de base “divina” que experimenta un individuo hacia otro. Con el paso del tiempo, sin embargo, los órficos y después Platón cambiaron sus ideas acerca del Amor y éste evoluciona de tal manera que deja de ser considerado únicamente como un deseo apasionado por el otro, para ser relacionado también con el aprecio o afecto por el género humano —el cual se expresa a partir del verbo *philéo*, que significa ‘querer’— e, incluso, se deriva en *ágape*, que se refiere indirectamente al Amor caritativo o

divino, a la comida que ofrecían los cristianos a los recién llegados a donde ellos se encontraban. Es así como esa “búsqueda sexual, ligada al tema de la generación y de las fuerzas divinas que la favorecen, que los griegos heredaron de épocas antiguas, se ha profundizado al llegarse a concebir el amor en un sentido sentimental, espiritual” (Rodríguez Adrados: 11).

De acuerdo a lo anterior, la idea de Amor que tomaré para el presente análisis es aquella que se refiere a *Eros* acompañado de *philia*, es decir, ese tipo de Amor que puede o no estar relacionado con el sexo, pero que va fuertemente unido al sentimiento y que, por lo tanto, puede ir dirigido no sólo a la pareja, sino también a los hijos, al prójimo o a Dios. Desde entonces se le quitó la implicación sexual, tal como se plantea hoy en la religión cristiana. Por ejemplo, esta última sostiene que el Verbo fue engendrado por obra del espíritu santo y no por algún tipo de unión carnal.

A través de las acciones de sus personajes, de las reflexiones que éstos llevan a cabo, o de los diálogos que sostienen entre sí, Lizardi muestra diferentes tipos de Amor, así como algunas de las diferentes formas en que éste puede manifestarse. Presenta varios ejemplos de Amor a la familia, ya sea filial, conyugal e, incluso, entre parientes recién conocidos; al prójimo, impulsado por la amistad o la empatía, sin importar raza, credo, ni condición social; del Amor de Dios hacia sus criaturas y viceversa; y por último, del Amor caritativo.

Puedo intuir, entonces, que el tipo de Amor del que se habla en la novela es aquel que induce al respeto mutuo, a la tolerancia y al servicio y que encuentra su principal fundamento en la religión cristiana, para la cual el Amor a Dios y el Amor a los hermanos —la novela plantea el Amor fraternal y el de la *philia*— son inseparables, es decir, no se puede amar a Dios cuando no se ama al prójimo. Así como en el Antiguo Testamento se ordena el Amor al prójimo, y no se recomienda el odio al enemigo, la enseñanza de Jesús en el Nuevo Testamento resulta más específica, pues él nos dice que así como el Señor cuida por igual de todas sus criaturas —buenas o malas—, el mandamiento del Amor debe extenderse a todos los hombres.

Así pues, Lizardi configura en su novela una serie de personajes cuyas acciones son impulsadas, en gran medida, por el Amor que sienten hacia sus semejantes y que son una muestra, a su vez, de Amor a Dios y de apego a la doctrina de su hijo Jesucristo.

Para los personajes de *Noches tristes y día alegre* el Amor no es una abstracción o un acto aislado, sino que es un proceso vital en marcha, es decir, para ellos constituye una forma de vida que tiene como base un acto concreto: el acto mismo de amar.

CAPÍTULO 5

FILÍA

“La familia —conjunto de ascendientes, descendientes, colaterales y afines de un linaje— es la unidad básica de la sociedad humana y el centro esencial de la vida afectiva y moral del individuo, ya que sus miembros están ligados por lazos de sangre y espíritu” (Pérez-Rioja: 55). En *Noches tristes y día alegre* el Amor constituye uno de los principales motores que rigen las acciones de varios personajes y, en el caso particular del Amor orientado a la familia, éste aparece como un impulso, como un aliciente que ayuda a sus miembros a hacer frente a las vicisitudes que se les presentan.

Si recordamos que para Lizardi la familia representa el punto de partida para el correcto o incorrecto desarrollo de todo individuo, es de esperarse que, en la novela en cuestión, presente a la familia del protagonista como un prototipo “ideal”. Nuestro autor describe de manera positiva las figuras del padre, madre e hijos, lo cual nos remite a la sensibilidad hispanoamericana, es decir, a la forma tradicional en que nuestra sociedad concibe e idealiza la imagen de la mujer y de la familia, como una “muestra temprana de lo que sí sería un auténtico romanticismo hispanoamericano de entraña cristiana” (Reyes: XXXIV).

Considero pertinente mencionar que un claro ejemplo de esa vena cristiana se encuentra en los nombres que Lizardi asigna a algunos de los personajes de su novela, los cuales están dotados de una gran carga semántica que se vincula directamente con la tradición cristiana, tales como son *Teófilo*, *Dorotea* y *Teodora*. La elección de estos nombres habla no sólo del conocimiento que posee nuestro autor acerca de las lenguas clásicas, sino también de la tradición que éste hereda de los autores barrocos, cuya literatura está determinada principalmente por la religión. Si bien muchas veces los escritores barrocos escriben por encargo de reyes y gobernantes para exaltar la magnificencia de éstos, su obra se centra en temas espirituales y religiosos, en los que se expresan las ansias de anhelo hacia Dios y la infinitud. De manera que es posible que Lizardi emplee nombres cargados de simbolismo religioso debido a la influencia legada por la tradición barroca, lo que sí es un hecho es que el uso de este recurso ayuda a reforzar la anécdota de *Noches*

tristes y día alegre, ya que el empleo de nombres dotados semánticamente sirve para presentar al lector un vínculo más claro y directo entre el nombre del personaje y las acciones que éste llevará a cabo a lo largo de la novela pues, como lo explica Luz Aurora Pimentel, el “punto de partida para la individuación y la permanencia de un personaje a lo largo de un relato es el *nombre*. El nombre es el centro de imantación semántica de todos sus atributos, el referente de todos sus actos, y el principio de identidad que permite reconocerlo a través de todas sus transformaciones” (Pimentel: 63).

Así pues, el nombre del protagonista de la novela es *Teófilo*, que quiere decir *amor a Dios*, lo cual resulta sumamente significativo, puesto que hace referencia directa a la orientación temática del relato y, al mismo tiempo, habla de los principales atributos que constituyen la personalidad de dicho sujeto. Éstos son: su Amor, constancia y fe en Dios. Pero no sólo es el nombre el que define la identidad del protagonista; es el conjunto de acciones que desarrolla a lo largo de la novela lo que refuerza su individualidad, es decir, aquello que distingue su hacer frente a los demás personajes, como se verá más adelante.

Caso similar es el de la esposa del protagonista, quien también posee un nombre dotado semánticamente: *Dorotea*, nombre de origen griego que quiere decir *tesoro de Dios*. Este nombre tampoco resulta indiferente al contenido de la narración puesto que, en repetidas ocasiones, su significado se ve reforzado por las acciones benéficas que lleva a cabo el personaje, las cuales constituyen una prueba fehaciente de su compromiso cristiano y de su cercanía con Dios.

Por último está *Teodora*, cuyo nombre (aunque invertido), tiene curiosamente el mismo significado que el anterior, *tesoro de Dios*. Éste es un personaje incidental que, aunque no participa directamente de los hechos, sabemos de ella gracias a su esposo Martín, quien le refiere a Teófilo las últimas palabras de Teodora antes su muerte:

Martín. Cuando llegué abrió los ojos, me miró y dijo: “Yo me muero, Martín, cuida tus hijos.” Entonces la tomé una mano, la llevé a mi boca y la humedecí con mis lágrimas. Ella lo advirtió y me dijo: “No llores, amigo, ¿pues qué no sabes que es fuerza morir alguna vez?; esta vez se ha llegado, y yo estoy contenta esperando ir a descansar eternamente.”

Cuando esto dijo se volvió a privar, y a pocos instantes abrió los ojos restablecida del síncope y exclamó: “Sí, mi Dios, yo perdono a los que son causa de mi muerte, porque tú me mandas perdonarlos. Recibe mi alma y cuida de Martín y de mis hijos” (Lizardi: 1818-1819, 452).

A partir de esta cita conocemos la forma de pensar y de actuar de Teodora, la cual tiene una clara orientación cristiana, puesto que habla del perdón a sus enemigos y de la esperanza de que, al morir, su alma sea acogida por Dios. Pero no sólo el nombre en sí resulta sumamente descriptivo de su personalidad, sino que incluso se complementa con un sobrenombre que exalta aun más su carácter virtuoso:

Teófilo. Sí, Martín, vamos a ser testigos de una muerte feliz, pues según lo que dices, tu esposa es una joven de virtud.

Martín. ¡Ah, señor!, mi Teodora es una santa. Los murmuradores de los pueblos no tienen más pero qué ponerle que su virtud, y así la conocen por el sobrenombre de la *Beata*.

Teófilo. Feliz quien justamente se hace merecedor de semejante sobrenombre (*Ibid:* 453).

Me parece importante señalar que la motivación para los tres nombres mencionados es etimológica, pero además coinciden en que su significado y su sentido constituyen un anuncio o una premonición de sus acciones en el relato, lo cual es relevante pues, “además del mayor o menor grado de *motivación* en el nombre de un personaje es necesario que ese nombre tenga *estabilidad* y *recurrencia*, para poder asegurar no sólo la coherencia y legibilidad del relato, sino la identidad misma del personaje y la conservación de la información narrativa que en torno a él se va generando” (Pimentel: 66). Es así como Lizardi presenta tres personajes con nombres sumamente significativos, nombres que hacen referencia directa a un vínculo especial con Dios, que se ve reforzado gracias a las acciones que éstos llevan a cabo.

Al ser Teófilo el protagonista de la novela, considero prioritario hablar de la forma en que este personaje concibe la idea del Amor y, al mismo tiempo, de qué manera lo manifiesta. Sin embargo, debido a que también encontramos varios ejemplos de Amor (en sus distintas formas y expresiones) protagonizados por varios de los personajes secundarios, los iré mencionando en el desarrollo del presente análisis según considere pertinente.

La “Noche primera”, titulada *La prisión*, inicia con un monólogo del protagonista a partir del cual se da a conocer el estado de ánimo en que se encuentra. El tono con que se expresa denota sentimientos de congoja y aflicción, tal como se puede observar desde las primeras líneas del texto:

¡Oh, triste noche!, ven y cubre con tu oscuro manto los males y desdichas de los hombres. ¡Oh, noche!, tus horas son sagradas. Cuando el sol oculta sus luces bajo nuestro horizonte, tú tachonas el cielo con las brillantes estrellas, que tan benignamente influyen el suave sueño a los mortales (Lizardi: 1818-1819, p. 425).

Aunque Teófilo se siente afligido por haber sufrido altanerías por parte de gente adinerada, así como el desprecio de un amigo ingrato, es un hombre que ama a su familia, la cual está conformada por su esposa Dorotea y sus dos pequeños hijos, en quienes encuentra un dulce consuelo a sus desdichas. Es por esto que, a pesar de haber tenido un mal día, se siente más tranquilo ante el sólo hecho de pensar que al llegar a su casa será acogido por sus seres más queridos:

Mas ya la triste noche, separándome del comercio de los hombres, hace desaparecer de mis ojos estos objetos de odio y abominación, y obligándome a retirar al albergue sagrado de mi casa, me presentará en su lugar los ídolos más dignos de mi amor.

Sí, yo entraré en ella como al asilo de la paz; mi fiel y amable compañera me recibirá con mil caricias, mis tiernos hijos se colgarán de mi cuello y estamparán sus inocentes besos en mi frente (*Ibid*: 425-426).

En la cita anterior podemos notar que el protagonista habla de su esposa de manera positiva, puesto que resalta algunas de las cualidades que encuentra en ella: fidelidad, amabilidad y ternura. Dichos atributos evocan la condición femenina de aquellos tiempos en que “la mujer ideal, positivamente considerada, es la casada, honrada, que se dedica a su hogar y está capacitada para criar y educar a sus hijos” (Raffi-Bérout: 42). De hecho, me parece importante señalar que Lizardi desarrolla de manera más extensa este aspecto en su novela *La Quijotita y su prima*¹ en la que hace énfasis en el cuidado, formación e instrucción que debe recibir toda mujer desde su infancia, y donde pone como ejemplo de buena educación aquella que don Rodrigo Linarte y su esposa Matilde dan a su hija única, Pudenciana, la cual “se encauza prioritariamente a que la mujer sepa desplegar convenientemente en el matrimonio todas las funciones y obligaciones que conlleva el ser esposa y que el hogar exige: la vida de familia, en familia y para la familia, a la que se debe

¹ Fernández de Lizardi publica dos novelas, aunque incompletas, en el año de 1818. Una de ellas es *Noches tristes* (el “Día alegre” será publicado un año después en el segundo tomo de su miscelánea *Ratos entretenidos*), y los dos primeros tomos de *La educación de las mujeres o La Quijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencias de novela*, cuya edición completa aparecerá hasta 1831-1832, una vez muerto el autor.

entregar por entero tal y como le corresponde por la condición de su sexo y de acuerdo con el buen orden familiar y social” (Hernández: 435).

Como bien menciona Columba Galván, “la mujer en su papel de madre, ocupada en educar buenos ciudadanos, será el ideal femenino lizardiano, mas no por esto dejó de reconocer las capacidades de las mujeres, incluso fue uno de los primeros pensadores en mostrar y defender su participación en los inicios de México como nación independiente” (Galván: 126).

Sin embargo, nuestro autor también reconoce que la mujer es físicamente más débil, por lo que opina que el hombre es el más apto para encargarse del trabajo productivo, lo cual “supone desventajas para la mujer, pero, a la vez, en cuanto madre y esposa, eleva su dignidad” (Hernández: 345). Por lo tanto, Lizardi (al igual que su sector social) considera que el espacio idóneo para la mujer infecunda, soltera y viuda es el hogar —postura que nos remite a las ideas y al afán ilustrado de Fenelón y de Feijoo—. Además, señala que su papel primordial en la vida matrimonial es el de procurar el bienestar familiar, así como también, encargarse de la buena crianza de los hijos, lo cual significa hacer de ellos individuos felices, responsables e, incluso, buenos ciudadanos.

El concepto en el que Teófilo tiene a Dorotea —el de esposa y madre amorosa— se ve reafirmado gracias a las acciones que lleva a cabo, ya que van siempre orientadas a buscar el bien de su familia. Es una buena madre, pero más aun es una esposa fiel, cuya devoción y Amor a su marido la llevan a alejarse de su hogar para ir en su búsqueda. Su comportamiento constituye un ejemplo (adicional al de su esposo) de lo que implica el Amor a la pareja —Amor nupcial— y a los hijos. No obstante, vemos que sus esfuerzos van dirigidos principalmente a Teófilo, lo cual, a mi parecer, se debe a la terrible preocupación que le causa la desaparición de éste. La incertidumbre por la suerte que pudiera llegar a sufrir la lleva a abandonar la seguridad de su hogar para ir en su búsqueda, aun cuando esto signifique alejarse de sus hijos y exponerse a múltiples peligros:

—¿Es posible, querido Teófilo, que apenas logro la inesperada dicha de encontrarte cuando quieres desasirme de mis brazos? ¿Qué es esto?, ¿no me conoces? Tu esposa soy, tu fiel y amante Dorotea; la que por buscarte abandonó su quietud, su casa y sus hijos (Lizardi: 1818-1819, 468).

A partir de un diálogo entre Teófilo y Rodrigo, sabemos no sólo del Amor y la preocupación que llevan a Dorotea a partir en busca de su esposo, sino también de las impulsivas acciones que ésta lleva a cabo para lograr su objetivo, las cuales provocan una terrible angustia al protagonista:

Apenas mi fiel compañera oyó esta noticia y se vio despedida de su casa, cuando, según me dijeron las vecinas, dejó sus hijos no sé dónde y ha marchado sola, a pie y sin dinero en mi solicitud. ¿Qué podía yo hacer sino partir luego al instante en pos de una mujer tan digna? No he perdido más tiempo, si puede llamarse perdido, que el que empleé en solicitar o saber el paradero de mis hijos (*Ibid*: 436).

Aunque con este hecho Dorotea da muestras de poseer un carácter poco reflexivo, también pone de manifiesto el hecho de que no por ser una esposa dócil carece de cierta independencia de decisión y de acción. De hecho, esto se ve reforzado plenamente gracias a las acciones que Dorotea lleva a cabo durante el “Día alegre”, en el cual cobra protagonismo al brindar su ayuda a una serie de personas necesitadas. Es de resaltar, también, el interés y cuidado que este personaje pone en mantener unidas a Teresa (la mujer que la hospedó en su casa cuando andaba errante) y a su joven hija, puesto demuestra que, al igual que para su esposo, la unión de la familia es uno de sus principales valores:

Si yo le suplico a usted que me dé una cantidad de dinero para socorrerla, creo que no me la negará; pero esta cantidad no puede ser tanta que baste a sostenerla toda su vida, y yo no deseo nada menos sino que jamás vuelva a padecer los rigores de la miseria; que viva contenta y descansada los días que le resten, y que este gusto lo tenga en compañía de su amada hija (*Ibid*: 485).

Es así como este personaje encarna no sólo el prototipo lizardiano de mujer ideal, sino que responde también a la imagen popular con que la sociedad hispanoamericana concibe esta figura y exalta su importancia dentro de la vida familiar. Agustín Yáñez apunta que, en esta novela, la mujer “aparece como objeto de culto y dechado de virtudes: Dorotea —advértase la etimología y compárese con la de Teófilo— es el ‘ángel de amor’ típico del romanticismo con entraña cristiana, española; cuyas prendas encuentran máxima exaltación en el romanticismo de América” (Yáñez: 13).

Es justo recordar que en la literatura romántica, el Amor se basa, por una parte, en la belleza física y, por otra, en la belleza espiritual o interior que el ser amado posee; está dominado por el sentimiento y no por la razón, es decir, es el Amor por el Amor mismo. En *Noches tristes y día alegre* podemos observar, por ejemplo, que entre mayor es la idealización del ser amado, menor será su valoración en el aspecto erótico, pues, aunque el protagonista habla de la belleza de su mujer, no se advierte ningún tipo de sensualidad en sus palabras, sino que éstas únicamente sirven para resaltar el hecho de que Dorotea es físicamente hermosa, lo cual constituye un atributo que resalta aún más su belleza interior.

De manera que la beldad de Dorotea, así como su ejemplar comportamiento en cuanto madre y esposa, son atributos que bien podrían constituir las razones primordiales por las que Teófilo la ama y se preocupa por su bienestar pues, para él, su mujer es un ser digno de todo su Amor y cuidados, tal como se observa en la siguiente conversación que sostiene con Rodrigo:

Rodrigo. ¿Pues qué buscáis con tanta ejecución?

Teófilo. A mi esposa, a la querida mitad de mi alma, a la mujer más noble y amante.

Rodrigo. Según eso ha huido de vos, y en este caso no es tan noble y amante como decís.

Teófilo. ¡Ah!, no injuries con tan bajos conceptos una alma tan grande y bondadosa. Mi mujer no huyó de mí, ni nunca tuvo motivo por qué temerme ni aborrecerme (Lizardi: 1818-1819, p. 435-436).

Por otra parte, la idea lizardiana de la superioridad física del hombre sobre la mujer se manifiesta en la preocupación que siente Teófilo a cada momento por la suerte de su esposa. Esta idea aparece de manera más o menos explícita en un diálogo que sostiene con Martín, en el cual el protagonista expresa su intranquilidad por la suerte que Dorotea pudiera llegar a sufrir al encontrarse sola y lejos de su hogar. Esto permite entrever también que, en aquellos tiempos, se pensaba que una mujer quedaba a merced de toda clase de peligros en cuanto se encontraba lejos de la protección masculina:

¿Qué hiciste?, ¿dónde estarás?, ¿por qué me amaste tanto que te expusiste a perderte y abandonaste los frutos de tu vientre por buscarme?

Mas ¿qué habrá sido de ti: joven, hermosa, sola, pobre y errante por caminos desconocidos? Tu estado a esta hora debe [de] ser infeliz. Si a mí, siendo hombre, me han asaltado tantos trabajos y peligros, ¿cómo es posible que tú hayas quedado libre de ellos? (*Ibid*: 457).

De tal modo, en esta obra tenemos que la inferioridad física de la mujer, aunada al hecho de ser educada para la vida familiar, da como resultado que dependa social y económicamente del hombre. Sin embargo, Teófilo es un marido amante y, al mismo tiempo, conocedor de sus deberes para con su esposa, por lo que está consciente de que la “debilidad” de Dorotea, lejos de ser motivo de insulto o maltrato, es causa de Amor y protección en todo momento.

Por otra parte, Teófilo ama también a sus hijos, a quienes describe como niños tiernos y cariñosos que se saben amados por un padre que, a su vez, ha sabido demostrarles su afecto e inspirarles confianza. En este aspecto, podemos notar que el protagonista asume con gran responsabilidad su papel de jefe de familia y de proveedor, a tal punto de no externar sus problemas para no causar ningún tipo de angustia a aquellos a quienes ama:

Mis tiernos hijos se colgarán de mi cuello y estamparán sus inocentes besos en mi frente. El chiquillo se sentará a jugar sobre mis rodillas, el grande reclinará su cabeza con la mayor confianza en mi amoroso pecho, mientras su madre me pregunte con el más vivo interés el éxito de mis negocios; pero ¡qué insensato fuera yo si oprimiera su amable corazón refiriéndole mis sinsabores! No; callaré lo adverso, disimularé mis contratiempos; hablaremos de asuntos familiares y domésticos, y después de tomar juntos y alegres el frugal alimento que previno mi cuidado, entregaré mi cansado cuerpo al limpio y humilde lecho que me espera (*Ibid*: 426).

Esta escena familiar, en particular, me recuerda el interés y gran valor que Lizardi concede a la educación doméstica, pues para él “la familia nuclear se constituye en la piedra angular dentro del entramado colectivo y del orden social que debe prevalecer para conquistar el progreso y el bien común.” (Hernández: 93) Pero, a juicio lizardiano, si la familia ha de ser el constituyente básico de la sociedad, entonces es necesario que se organice jerárquicamente. Así, Teófilo es un esposo y padre amoroso que se preocupa por el bienestar de sus seres queridos, pero que al ser cabeza de familia debe asumir toda la responsabilidad sobre la seguridad y cuidado de la misma. Por ejemplo, aunque ama a su esposa, no es del todo sincero con ella, ya que no le confía sus contratiempos debido a que

la considera una criatura débil a la que debe proteger y guardar de toda preocupación. De ahí su mortificación al enterarse de la mentira que el Ministro de Justicia le ha dicho a Dorotea para justificar su ausencia:

Ministro. No tengáis cuidado. A vuestra esposa se le dijo que por una deuda os embargaban, y que según noticias, vos, para escapar de la prisión que se os preparaba, habíais huido esta misma noche, y se sospechaba que trataríais de embarcaros para el Perú.

Teófilo. No fue el remedio menos cruel que la herida. ¡Ah!, si supierais la sensibilidad de esa buena mujer y el sincero amor que me profesa, la compasión os hubiera sugerido ahorrarla semejante pesadumbre (Lizardi: 1818-1819, p. 427-428).

A pesar de sus contratiempos, es un hombre que vive con la conciencia tranquila, pues se sabe íntegro y honesto. Es por ello que al ser acusado de un horrible crimen, se sorprende en demasía: sabe que su comportamiento siempre ha sido honorable y así se lo hace saber al Ministro de Justicia:

Ministro. Pues sois el delincuente a quien se busca. Asegurado.

Teófilo. Jamás he sido delincuente. Si lo fuera no vendría con tanta facilidad a caer en vuestras manos.

Ministro. Eso prueba necesidad, no inocencia.

Teófilo. ¿Qué delito he cometido?

Ministro. Bien lo sabéis.

Teófilo. Lo ignoro; mi conciencia no me acusa de ninguno (*Ibid:* 426).

Al verse envuelto en tan terrible error, Teófilo se siente sumamente angustiado por la suerte que le espera a su esposa y a sus hijos, pues piensa que, lejos de su patriarcal cuidado, quedarán expuestos a múltiples padecimientos. Esto sin contar con la incertidumbre que les debe ocasionar su desaparición: “¡Justo cielo! ¿Y mi infeliz mujer?, ¿mis tristes hijos? ¡Qué habrán padecido en tan terrible lance, ignorando la suerte y paradero de su padre...! (*Ibid:* 427).

De tal modo, podemos ver que aunque Teófilo se encuentre en un gran apuro, sabe anteponer a su propio bienestar el de sus seres queridos, puesto que más que sentirse alarmado por su propia situación, se lamenta de que su familia se haya visto involucrada en tan terrible injusticia.

Sea quien sea su interlocutor, y sea cual sea la situación en que se encuentre, Teófilo manifiesta constantemente que su esposa e hijos ocupan un lugar insustituible en su corazón, puesto que los ama y al mismo tiempo se sabe amado por ellos. Pero, sumado a este Amor se encuentra la condición vulnerable de su familia, de la que he hablado, por lo que ambos factores explican la gran preocupación que lo invade al no tener noticias de su paradero. Por lo tanto, el hecho de encontrarse lejos de ellos, e ignorante de su suerte, representa su principal causa de aflicción pero, al mismo tiempo, es el motor que le brinda la fortaleza necesaria para mantenerse firme y seguir adelante aun en las peores circunstancias:

¡Ay, amable Dorotea, qué de aflicciones me cuestas!, y qué bien sufridas serán por mí como tenga la suerte de encontrarte. ¿Qué será de mis tiernos hijos? ¡Desgraciados! De la noche a la mañana se lloran en la más amarga orfandad. Una atropellada ignorancia me robó en un instante mi reposo, mi mujer y mis hijos. ¿Qué hombre no está sujeto a semejantes desventuras? (*Ibid*: 458).

Al ser puesto en libertad, Teófilo emprende una ardua búsqueda en pos de su familia y, aunque en el camino sufre toda suerte de desgracias, nunca pierde la esperanza de recuperar a aquellos seres que más ama. Es por este motivo que, cuando se da el reencuentro, no duda en expresar libremente sus emociones; antes bien, exterioriza su alegría y da generosas muestras físicas de afecto a sus hijos:

Teófilo, que estaba muy distante de tener este gusto tan cercano, se levantó despavorido, y cuando se aseguró de que no soñaba, se deshacía en caricias con sus hijos, llenándolos de besos y mezclando lágrimas de placer con las de aquellos tiernos inocentes, que ya se colgaban de su cuello, o ya se abalanzaban a su madre (*Ibid*: 479).

La familia de Teófilo es, pues, un modelo de familia ideal en la que el Amor entre padres e hijos es recíproco. Sin embargo, ese Amor no queda limitado a dichos integrantes: éstos, al enterarse de que tienen un pariente lejano que desea pasar en su compañía “sus últimos días” (como él mismo lo afirma), aceptan inmediatamente y con el mejor agrado integrarlo a su núcleo familiar. El personaje del que hablo es el Cura (tío de Dorotea), hombre bondadoso que rige su vida con base en los preceptos que establece la religión de la que es representante, tal como lo demuestra en el momento en que conoce las aflicciones de

la pobre Dorotea y decide acogerla sin reservas bajo su protección, pues aunque ignora los lazos familiares que los unen, sus principios morales le impulsan a socorrerla. Más aun, cuando después de una larga conversación se entera de que Dorotea es su sobrina, se siente emocionado por el parentesco y no duda en prodigarle toda clase de cuidados:

A esto satisfizo Dorotea diciendo como aquel buen eclesiástico la había hospedado en su hacienda el día anterior, y advirtiéndole que apenas comía y que no cesaba de humedecer con sus lágrimas el escaso alimento que apenas tomaba, la instó mucho le contara el motivo de su viaje desprevenido y de su continua tristeza, ofreciendo remediarla en cuanto pudiera; que ella le refirió en breve sus desventuras, y él con mayor interés comenzó a informarse de quién era, cómo se llamaba, cuál era su patria, quiénes sus padres y de otras mil menudencias, por todas las cuales vino en conocimiento de que Dorotea era su sobrina, y entonces, levantándose de la mesa la abrazó con la mayor ternura y le ofreció su protección (*Ibid*: 468-469).

Asimismo, cuando el Cura conoce a los hijos de su sobrina, recibe por parte de los niños incontables muestras de Amor. Esto lo conmueve, pues le hace sentir parte de la familia, por lo que se encariña inmediatamente con ellos y les brinda delicadas atenciones:

Sentáronse todos a la mesa, y el cura en medio de los dos niños, a quienes se dedicó a cuidar con el mayor chiqueo. La dulzura de sus palabras, la generosidad de sus acciones y el esmero con que agasajaba a los niños, hacían cada rato saltar las lágrimas a los ojos de Teófilo y su esposa (*Ibid*: 480).

A partir de las acciones de estos personajes podemos ver que el mandamiento del Amor constituye para ellos una norma de conducta que debe verse reflejada en cada acto de su vida. El Cura, por ejemplo, demuestra ser un digno representante de la religión que profesa, pues sus palabras se ven respaldadas en todo momento por sus actos. Esto lo podemos notar claramente al momento en que no sólo alaba el cristiano proceder de Dorotea para con sus semejantes, sino que premia su virtud al otorgarle a ésta y a su familia la sucesión de todos los bienes que posee:

Pero yo, prendado de vuestro cristiano proceder, estimulado de la caridad y el parentesco, y ya a las orillas del sepulcro, quiero añadir algo que falta a vuestra felicidad temporal haciéndoos, como os hago desde ahora, únicos herederos de todos mis bienes, y contentándome sólo con vivir en vuestra amable compañía los pocos días que tengo de existir en este mundo (*Ibid*: 469).

De este modo vemos cómo la unión de los lazos familiares es motivo de elogio en la novela, puesto que todos aquellos personajes que actúan a favor de sus parientes, no importa si son cercanos o recién conocidos, reciben tarde o temprano el premio a sus buenas obras. No obstante, también encontramos diversas situaciones en las que algunos personajes llegan a olvidarse del consuelo que puede proporcionar el Amor de los seres queridos. De ahí la importancia que tiene el hecho de que el protagonista no sólo sea un hombre que conoce y aprecia el valor de la familia, sino que procura transmitirlo a otros, tal como podemos observar en el encuentro que sostiene con Martín, pues cuando conoce las desgracias que afligen a éste, Teófilo lo persuade para que pueda encontrar en sus pequeños hijos el consuelo y la fuerza para superar la muerte de su esposa:

Tú verás morir a tu esposa, y tendrás el alivio de que exhale el último suspiro entre tus brazos (...) en fin, tú quedarás asegurado de su muerte y te volverás a tus hijos. Estos tiernos pimpollos de tu amor serán muy suficientes para reparar una parte de la falta de su madre, y tú en ellos encontrarás algún desahogo. Ésta es tu situación, ¡oh, triste amigo!, y éstos los consuelos que aún te quedan (*Ibid*: 451).

Es así como la familia resulta ser un elemento de gran importancia para estos personajes, ya que el apoyo y soporte que brinda en los momentos de tribulación se convierte en la fuerza que impulsa a todos sus miembros a seguir adelante.

Teófilo es un gran promotor de la unión familiar; para él, el Amor y respeto entre padres e hijos es fundamental. Así se lo hace saber a Rodrigo, pues cuando este personaje reniega del hombre que le dio la vida, el protagonista trata de convencerlo de que nunca es conveniente que un hijo atropelle violentamente la voluntad de su padre, así como tampoco es correcto que le deshonre por medio de sus actos o de sus palabras:

Amigo, yo te he escuchado con espanto. Acaso tu padre será del extraño carácter que dices; mas nunca te es lícito deshonrarlo con tanta desvergüenza, ni pintar sus defectos con tan negros coloridos. ¡Pobre viejo! Tal vez a esta hora tendrá noticia de tus desgracias, se habrá dolido de ellas, tratará de redimir su imprudencia, te habrá buscado, y, no hallándote, estará derramando lágrimas amorosas por tu ausencia (*Ibid*: 443).

Sin embargo, Rodrigo es un hombre que no siente ningún afecto por su progenitor, por lo que se muestra indiferente ante las palabras de Teófilo y persiste en su idea de odiar

y despreciar a un padre para quien, según su percepción, el Amor no es lo importante, sino la posición económica de la gente:

Yo amaba a la que fue mi esposa, y era correspondido de ella tiernamente; no restaba otra cosa que casarnos para disfrutar tranquilamente nuestro amor; mi padre se opuso a este enlace injustamente, no porque mi esposa tuviera ninguna cualidad que la hiciera indigna de mí, sino porque era pobre (*Ibid: 443*).

La oposición de su padre ante un matrimonio económicamente desigual provoca su ruina financiera y la consiguiente muerte de su esposa. Este trágico suceso explica el hecho de que Rodrigo no sienta Amor por el hombre que le dio la vida pues, aunque el Amor a los padres debiera ser un sentimiento natural, es lógico que se llegue a repudiar a alguien que nunca ha mostrado Amor por su hijo y que únicamente siente interés por el dinero:

Teófilo. (...) Tal vez a esta hora [tu padre] tendrá noticia de tus desgracias, se habrá dolido de ellas, tratará de redimir su imprudencia, te habrá buscado, y, no hallándote, estará derramando lágrimas amorosas por tu ausencia. Vuélvete, Rodrigo, vuélvete y consuela su cansada vejez.

Rodrigo. Melindrosas son vuestras persuasiones, el viejo cruel jamás me amó. Su hijo y su ídolo era el oro, ni conocía otro amor que el del dinero (*Ibid: 443*).

Aunque Rodrigo es capaz de sentir Amor, pues afirma que amaba a su esposa, prefiere hundirse en los sentimientos de odio y rencor que lo invaden, con lo cual demuestra ser un hombre de carácter débil que no posee la fortaleza necesaria para hacerle frente a su dolor e intentar rescatar los sentimientos nobles que alguna vez tuvo en su corazón. Como hijo, es ingrato, pues aunque alegue que su padre era un hombre áspero y de carácter inestable, pienso que al menos debería mostrarse agradecido con él por ser el hombre que le dio la vida, no obstante prefiere justificar su odio y distanciamiento poniendo en evidencia los defectos del viejo:

Él era un viejo áspero, duro y cruel; al paso que afeminado y condescend[i]ente. Jamás me trató con prudencia, sino o con un rigor excesivo o con una mimada contemplación, con cuyo arte logró que yo le aborreciera algunas veces y otras lo tratara sin respeto. Últimamente, si yo fui un hijo perverso e ingrato, él fue un padre tirano y consentidor... (*Ibid: 443*).

Pero no sólo es un mal hijo, sino que es un ser humano resentido y perverso que, incluso, llega al extremo del parricidio, lo cual sabemos por su propia boca, puesto que es él mismo quien narra a Teófilo el trágico suceso:

Rodrigo. Yo, en medio de mi dolor y miseria, fui a verlo para que me diera algún socorro; él me recibió con su acostumbrado desabrimiento; me irrité, quise tomar por fuerza unas onzas de oro que había sobre la mesa; él se llenó de rabia, me dio una bofetada, y yo entonces...

Teófilo. ¿Qué, qué hiciste?

Rodrigo. Le pasé el corazón con un puñal... (*Ibid:* 444).

Rodrigo es el ejemplo de un hombre a quien el sentimiento del Amor lo lleva a cometer atrocidades debido a que es incapaz de dominar sus pasiones. No acepta ninguna responsabilidad sobre sus actos, sino que se justifica al considerarse víctima de las circunstancias. Como hijo es ingrato, pues deshonra a su padre al casarse en contra de la voluntad de éste y, por último, muestra su perversidad al momento de asesinarlo. Teófilo, al conocer su terrible historia, lo reprende por su crimen, pero también se lamenta de que existan padres cuya crueldad, falta de tolerancia y codicia sean causa de las desgracias de los hijos:

¡Ay, hijos ingratos y desconocidos que no sabéis sufrir los defectos de vuestros padres!; pero también ¡ay de vosotros, crueles padres, que no condescendéis con vuestros hijos en sus más honestos y lícitos enlaces, sino que los castigáis y aun aborrecéis cuando éstos no son conformes a vuestras miras codiciosas! (*Ibid:* 445-446).

El ejemplo de Rodrigo me parece importante, puesto que en la obra lizardiana, sobre todo en sus novelas mayores (*El Periquillo Sarniento*, *La Quijotita y su prima* y *Don Catrín de la Fachenda*), el autor concede gran importancia a la educación que los hijos reciben dentro del núcleo familiar, ya que es ahí donde se determina, en gran medida, el comportamiento futuro del individuo tanto en el aspecto personal, como en el social. Por lo tanto, generalmente, la conducta de los padres se verá reflejada en las acciones de los hijos y estas últimas serán en gran medida las que determinarán su buena o mala ventura.

Aunque en *Noches tristes y día alegre* este aspecto aparece de manera sutil, deja claro que aquellos hijos que han recibido buen ejemplo de sus padres se comportan de

forma dócil y afectiva (como es el caso de los hijos de Teófilo y de las buenas hijas del Sepulturero Alfonso), mientras que quienes sólo han recibido ejemplo de codicia y crueldad terminan por convertirse en seres despreciables (tal como Rodrigo, quien incluso llega al punto de asesinar a su padre).

Asimismo, cada comportamiento, ya sea positivo o negativo, presenta también sus respectivas consecuencias. Por ejemplo, los hijos de Teófilo no sólo recuperan a sus padres, sino que además tienen la suerte de conocer a su tío, el Cura, quien además de beneficiarlos económicamente se encarga de prodigarles grandes muestras de cariño:

Estos niños no los permitiré a mis pies, cuando tienen tanto derecho a mi corazón. Son mis sobrinos, y cuando no lo fueran, tienen la recomendación de sus trabajos, y ésta basta para que yo los ame tiernamente. Venid, hijitos, venid; abrazadme, sí, yo también soy vuestro padre y os quiero mucho (*Ibid*: 480).

Las hijas del Sepulturero, a su vez, también reciben un premio por la caridad y cuidados desinteresados brindados a Teófilo, mientras éste estuvo inconsciente, pues el Cura, al enterarse de su buena acción, insta a sus herederos a ser benéficos con tan bondadosa familia:

Últimamente, hijos míos, yo deseo que mi discurso os sea útil así como os ha sido prolijo. Yo deseo que seáis benéficos en cualquier suerte. Dueños sois de cuanto tengo. Compensad a estos pobres que os han favorecido. Dorotea, tú tienes las llaves de mis cofres, dispón a tu arbitrio y socorre con caridad y prudencia a los que han socorrido a tu marido (*Ibid*: 472).

Caso contrario es el de Rodrigo, quien no es un buen hijo. Además de deshonorar a su padre con sus actos, es incapaz de controlar sus impulsos, ya que en un arranque de ira lo asesina, siendo éste un terrible crimen por el cual no llega a sentir arrepentimiento alguno, pues se lo impiden su frialdad y falta de escrúpulos. Es un hombre ateo que no encuentra consuelo alguno en la religión, incluso se niega a buscar el perdón de Dios, pues cree que su condena es inevitable. Pero, mientras reniega de sus desdichas y blasfema contra Dios y sus decretos, sufre un trágico accidente en el que pierde la vida, por lo que muere impenitente. Teófilo, al ser el único testigo de este suceso, se conmueve del fin del

desafortunado Rodrigo pero, sobre todo, de que éste haya perecido sin haberse arrepentido de sus malos actos:

¡Qué espanto! A la luz de este relámpago he visto despeñarse desde esta cima el infeliz Rodrigo. ¡Rodrigo...! ¡Rodrigo...! No responde. El infeliz cayó en un impetuoso arroyo y ha muerto impenitente. ¡Desdichado! Su crimen lo condujo a la desesperación y ésta a la impenitencia final. ¡Terrible estado! (*Ibid*: 445).

Pienso que el caso de Rodrigo es un claro ejemplo de que el odio, una especie de Amor fallido, da lugar a pasiones imposibles de controlar, las cuales pueden llegar a ser la causa de terribles desgracias. Por lo tanto, en este aspecto, considero que la lección que deja esta novela es muy clara: quien ama y procura el bien a su familia y a sus semejantes se verá recompensado, mientras que, quien aborrece y deshonorra a los suyos será el causante de su propio infortunio.

De ahí que resalte el gran Amor que siente Teófilo por su familia y viceversa, pues, para ellos, el Amor representa uno de sus principales motivos para luchar y para vivir. Aunque Teófilo y Dorotea sufren, cada uno por su parte, una inmensa preocupación al no tener noticias del paradero del otro, el Amor que sienten los impulsa a embarcarse en búsquedas que, si bien los llevan a padecer un sinnúmero de calamidades, la esperanza de encontrarse les infunde fortaleza y les hace que sentir que todos sus sufrimientos bien valen la pena. Ambos son padres y esposos amorosos que no dudan en demostrar físicamente su afecto, lo cual es importante pues las caricias y los gestos de ternura son una forma valiosa y necesaria que el ser humano tiene para expresar su Amor.

En el caso de Teófilo, podemos ver que él está consciente de la responsabilidad que como jefe de familia tiene para con su esposa e hijos, por lo que procura en todo momento proteger a aquellos que reconoce más débiles que él y que considera dignos de toda su preocupación, padecimientos y esfuerzos pero, sobre todo, dignos de todo su Amor.

Otras dos familias que aparecen en la novela (la familia de Martín y la del Sepulturero, personajes desplegados en dos) siguen un patrón de comportamiento similar, puesto que el Amor que sienten por los suyos los lleva a superar las adversidades que se les presentan. Martín, por ejemplo, encuentra en sus pequeños hijos el motivo para seguir adelante después de la muerte de su esposa Teodora, mientras que el Sepulturero soporta el

tener que realizar un trabajo despreciable (exhumar cadáveres), con el único fin de llevar ropa en buenas condiciones para su humilde familia.

Incluso, en la novela encontramos la presencia de dos familias más que, aunque sólo son personajes incidentales (cuya única finalidad es exaltar la bondad de la que Dorotea hace gala en el “Día alegre”), continúan con el mismo esquema, pues son familias que a pesar de que viven aquejadas por la desgracia se mantienen unidas. Una de éstas es la de la tía Mariana, viuda que vive en compañía de dos hijas y un hijo ciego y que, a pesar de su mucha miseria, es la única en el pueblo que ampara en su humilde casa a Dorotea y a sus hijos, motivo por el cual Dorotea le está infinitamente agradecida, pues reconoce la ayuda que esa humilde familia le brindó cuando más lo necesitaba:

—Señores, yo doy a ustedes mil gracias por la buena voluntad que tienen de servirme, y se conoce que este pueblo abriga almas grandes capaces de socorrer a los desgraciados; pero yo lo fui tanto, que la noche que pasé por aquí sola y con estos tiernos niños, no hallé semejantes piadosos, sino fue una infeliz, en cuya casita me hospedé, y se llama la tía Mariana. Esta pobre vieja fue mi único consuelo y mi singular bienhechora (*Ibid*: 487).

La otra familia es la de doña Teresa (mujer que acompañó a Dorotea en la búsqueda de su marido) y su hija, quienes gracias al Cura y a su sobrina tienen la posibilidad de volver a estar juntas, lo cual es motivo de gran dicha para Teresa:

—Hermana, dame albricias por la felicidad que me he encontrado. —¿Pues cuál ha sido?, decía Mariana. —Cuál ha de ser; ese cura es muy caritativo, y la niña Dorotea su sobrina y mi amiga, es un ángel..., pobrecita... Dios le dé el cielo por lo piadosa que es. Ella le ha rogado por mí a su tío, y han quedado en que me vaya a vivir con ellos a su casa. ¿Qué te parece, niña, no es ésta una gran fortuna? Bendito sea Dios que ya no veré a mi hija sirviendo, sino que la tendré a mi lado hasta mi muerte (*Ibid*: 488).

Así pues, Lizardi presenta reiteradamente en su novela una serie de familias (representación social) que se mantienen unidas por el Amor, pues en el seno de éstas se da una “relación natural, un poder de saneamiento moral y de equilibrio, un mecanismo de inmediata reparación para los desfallecimientos que contribuye a que la vida familiar ayude a las relaciones más adecuadas entre unos y otros. En la familia, lo real ayuda a lo ideal y la vida en comunidad favorece el desarrollo de la persona” (Pérez-Rioja: 55-56).

De manera que, a pesar de la miseria o de las adversidades que les acometen, las familias de *Noches tristes y día alegre* son muy unidas y, frente a todas las carencias y vicisitudes que deben enfrentar, resalta el Amor que existe entre cada uno de sus miembros. Amor centrípeto que es condición de posibilidad del Amor centrífugo, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO 6

AMOR AL PRÓJIMO

El Amor al prójimo puede ser considerado como un acto de filantropía, probablemente nacido del Amor fraterno, sin embargo también es religioso, puesto que su modelo es imitar el Amor mismo de Dios hacia sus criaturas.

El Amor al prójimo no puede ser impuesto, sino que el hombre, haciendo uso de su libre albedrío, puede decidir si desea o no acatar este mandamiento. El hombre que así lo desee, deberá obrar, pues, con Amor hacia todo el género humano. Deberá esforzarse en tratar con Amor y respeto lo mismo al pobre que al rico, al compatriota que al extranjero; deberá tratar a todo aquel que le rodea como a su igual, no únicamente de un modo superficial, sino que deberá establecer una relación esencial con el prójimo.

Por lo tanto, las acciones que derivan de este tipo de Amor no deben limitarse únicamente al núcleo familiar, sino que deben extenderse a todos aquellos que nos rodean, puesto que en el mandamiento del Amor está implícita la idea de que se debe ayudar a todo aquel que se encuentre en apuros, que necesite auxilio o comprensión, sea o no de la misma familia, de la misma religión, de la misma clase social e, incluso, del mismo pueblo. Es decir, el Amor al prójimo establece un vínculo radical entre todos los seres humanos, sin que por eso se desconozcan sus diferencias. De hecho el Nuevo Testamento está plagado de referencias a dicha diversidad, ya sea de origen, sexo o condición social, donde se insiste reiteradamente en la necesidad de mantener una hermandad entre los hombres, puesto que, según la traducción de San Jerónimo de los Evangelios, estamos necesariamente ligados unos con otros al ser Hijos del mismo Padre.

“Amar a uno como a un hermano significa en el lenguaje corriente amarle todo lo posible. Y, sin embargo, Jesús prefirió mandarnos amar al prójimo como a nosotros mismos y no como a nuestro hermano.” El Amor al prójimo es la base de todos los demás tipos de Amor que pueden existir, ya que va dirigido a todos los seres humanos; se caracteriza, en suma, “por su falta de exclusividad y se funda en la experiencia de que *todos* somos solamente *uno*” (Pérez Rioja: 64).

Para los cristianos, sólo mediante el Amor se puede permanecer en comunión con Jesús y con el Padre. Es decir, el hombre no puede amar a Dios si antes no da muestras de

Amor hacia sus semejantes. En *Noches tristes y día alegre*, Lizardi presenta a su protagonista como un hombre plenamente consciente de la responsabilidad moral que tiene para con todos aquellos que le rodean; su postura, al respecto, es la de amar al prójimo como a sí mismo, tal como lo señala la religión que profesa. Las acciones que realiza en beneficio de todos aquellos que se cruzan en su camino y que necesitan alguna clase de ayuda son ejemplo de su voluntad cristiana ya que las lleva a cabo, en todo momento, de manera sincera y desinteresada. Asimismo, es un hombre que trata de seguir al pie de la letra la máxima del Nuevo Testamento, aquella que Jesús encomendó expresamente a sus discípulos: “Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros. Ustedes deben amarse unos a otros como yo los he amado. En esto reconocerán todos que son mis discípulos: en que se aman unos a otros” (Jn. 13: 34-35).

Según Emmanuel Mounier, la vida en comunidad dio paso a un despertar de la persona, es decir, al personalismo. Para él, el personalismo es una filosofía y no sólo una actitud, puesto que señala unas estructuras cuya afirmación central es la existencia de personas libres y creadoras, quienes, debido a su imprevisibilidad, desbaratan toda voluntad de sistematización definitiva. El quehacer humano, pues, constituye una parte decisiva en cualquier proyecto de civilización, de ahí que el personalismo sea comprendido como una parte fundamental de una civilización centrada en la persona humana.

En su libro *Revolución personalista y comunitaria*, Mounier reflexiona acerca de las diferencias entre individuo y persona. Señala que, mientras que el individuo es un ser impersonal, sin interioridad, ni generosidad, que está acostumbrado a retener y a exigir (intuición que parte de los aspectos negativos que encuentra en el *burgués*), la persona rechaza esa avaricia y “se opone al individuo como la unidad que vive más allá de los personajes”, es decir, “la persona da y se da; la persona es generosidad” (Ricoeur: 1990, p. 124).

Considero, entonces, que esa generosidad propia de la persona vincula directamente al establecimiento del prójimo que se conoce desde la predicación cristiana, la cual pretende formar seres capaces de despojarse y de dar en favor del otro, y que es, precisamente, lo que Lizardi promueve en la novela en cuestión.

El hecho de que nuestro autor presente reiterados ejemplos de Amor al prójimo en *Noches tristes y día alegre*, me parece sumamente importante, pues nos remite a esa parte

de su ideología que habla de la necesidad de que los hombres estrechen lazos entre sí para hacer posible no sólo una vida mejor en comunidad, sino también la conformación de una república. El contexto histórico en que se inserta *Noches tristes y día alegre* (1818-1819) nos remite al México de principios del siglo XIX, que se encuentra próximo a lograr su independencia de la corona española. Nuestro país estaba, pues, en un momento decisivo en el que era necesario que sus habitantes trabajaran en conjunto para formarse una identidad, así como la construcción un país libre y autónomo.

Aunque en el caso específico de *Noches tristes y día alegre* este aspecto aparece de manera velada, me permito considerar la posibilidad de que ese Amor entre seres humanos del que se habla en la novela bien pudiera estar relacionado con el Amor y respeto que Lizardi busca fomentar entre la gente de su pueblo, por considerarlo necesario para la consolidación de un país que recién se ha emancipado para ir en busca de su propia identidad. Así, el Amor al prójimo destaca “en un tiempo en que la insurgencia, las calamidades, la pobreza del pueblo, atribulan a México, y el escritor proclama el ejercicio de los dos principales preceptos divinos, la práctica real de la verdadera religión, como el único modo para construir una nueva hermandad entre todos, para hallar la paz y la dicha en una sociedad verdaderamente cristiana” (Hernández: 651).

Para Lizardi, la patria debe ser contemplada “como como un conjunto de familias relacionadas por vínculos amorosos. El que ama a su patria vela por el bien social, hace efectivo que la autoridad es de todos, porque se funda en la solidaridad y mutuo respeto” (Palazón: 26-27). Y de esto, justamente, está plagada su obra, en la cual se puede advertir claramente una de sus máximas consignas: que todo ciudadano haga cuanto esté en sus manos para procurar el bien común, siempre en beneficio de su patria.

El compromiso que Lizardi siempre sostuvo, consigo mismo y con su país, fue el de poner todo su empeño en ser útil a México, usando la pluma —no sólo como medio, sino también como arma— para difundir sus ideas de libertad e igualdad social, así como para enseñar a un pueblo iletrado. De hecho, tal compromiso estará presente hasta el final de sus días. Próximo a morir, expresa de la siguiente manera una de sus últimas voluntades: “Encargo a mis amigos que sobre la blanda tierra de mi sepulcro, o más bien en sus corazones, graben el siguiente sencillo epitafio:

AQUÍ YACEN LAS CENIZAS
DE EL PENSADOR MEXICANO,
QUIEN HIZO LO QUE PUDO
POR SU PATRIA”
(Lizardi: 1824-1827, 1051).

Considero, entonces, que el Amor a la patria se debe entender como la unión de todos los ciudadanos, comprometidos con un mismo fin: el de trabajar hombro con hombro para lograr una nación próspera. Sería difícil, sin embargo, consolidar una nación si antes no se ama y se vela por el bien de cada uno de los individuos que la integran. Por tales motivos puedo intuir que la responsabilidad moral que tiene el hombre cristiano para con el prójimo bien puede ser equiparada con la responsabilidad social que debe tener todo ciudadano para con el otro y para con su patria. De hecho, el mismo Fernández de Lizardi afirma en uno de sus periódicos: “seré incansable en procurar instruir a nuestro pueblo ignorante y en arbitrar proyectos en beneficio público, sin ningún interés, pues el que se dedica a ser benéfico a sus semejantes no debe esperar otra recompensa que la interior dulce satisfacción de hacer el bien, la que privativamente pertenece a los corazones sensibles” (*Ibid*: 1812-1814, 454).

Así pues, en *Noches tristes y día alegre* encontramos un claro ejemplo de Amor al prójimo, el cual se desarrolla durante la “Noche segunda”, cuando Teófilo, a pesar del apuro que siente por encontrar a su familia, se olvida por un momento de sus propias preocupaciones para aconsejar al blasfemo Rodrigo, quien sólo reniega y adjudica sus desgracias a Dios. Vemos cómo trata de consolarlo y, al mismo tiempo, de persuadirlo para que deje a un lado su actitud negativa frente a Dios y frente a las “injusticias” de las que se cree víctima y, de qué manera le insta a que busque su principal apoyo en la religión católica:

Rodrigo. Para el que se haya agitado como yo del dolor, del temor y la desesperación, esos consuelos son muy fríos. Nada calma la agitación de las pasiones.

Teófilo. Te engañas. Los consuelos más sólidos y oportunos no se hallan sino en el seno de la religión. Cuando el hombre no es ateísta, no puede encontrar asilo más dulce y seguro, en medio de sus mayores aflicciones, sino en la religión católica (*Ibid*: 1818-1819, p. 436).

El interés que demuestra hacia los problemas de Rodrigo es una clara prueba, no sólo del Amor que siente y le profesa al prójimo, sino también de su carácter compasivo pues, a pesar de estar pasando él mismo por un amargo trance, se muestra conmovido por las penas que aquejan a su interlocutor e intenta proporcionarle cierto consuelo por medio de sus palabras, las cuales hacen referencia directa a la fe y resignación con que el hombre debe aceptar los designios de la Providencia:

Teófilo. Esfuérzate, Rodrigo, que cuando pase la negra tempestad que te oprime, tú conocerás la verdad y te consolarás resignándote, como debes, en la divina Providencia.

Rodrigo. Vuestros consuelos son inútiles. Mi mal es cruel, mi dolor vehemente, y no tengo esperanza de remedio.

Teófilo. ¿Qué puede ser que no halle alivio en la esperanza? (*Ibid:* 442).

De tal modo, queda de manifiesto el hecho de que Teófilo es una persona religiosa, no tanto en el sentido de cumplir con los ritos eclesíásticos, sino en el de poner en práctica las virtudes que proclama el catolicismo pues, pese a sus propias desdichas, se conduce de las de su prójimo e intenta ayudar en tanto le es posible. Es también un hombre de fe que, ante todo, confía en la Providencia, por lo que no duda en tratar de inculcar, a todo aquel que se siente afligido, que existe un Dios que todo lo dispone en beneficio de sus hijos y que, por lo tanto, no se deben cuestionar sus designios.¹

Posteriormente, cuando conoce a Martín y las desgracias que afligen a éste, el protagonista decide desviar su camino para socorrerlo en la medida de sus posibilidades. Al enterarse de la terrible tragedia que Martín y su esposa han sufrido a causa de la maldad de unos ladrones, Teófilo demuestra ser un hombre que sabe solidarizarse con el prójimo, aun cuando eso signifique postergar nuevamente la búsqueda de su familia:

Teófilo. (...) Aligera para que lleguemos pronto.

Martín. Sí haré, y luego que lleguemos descansaréis, señor, y me haréis caridad en esperarme y cuidar de mi Teodora mientras voy al pueblo, que está cinco leguas de aquí, a ver si viene el padre vicario y el médico.

¹ No obstante, esa fe de la que Teófilo habla y de la que se precia constantemente, incluso a él le resulta difícil de mantener debido a las numerosas adversidades que debe soportar, lo cual me remite al caso bíblico de Job, quien era considerado por Dios como el más justo y fiel de sus hijos y que, sin embargo, cuando es puesto a prueba, esa fidelidad llega a flaquear en los momentos más críticos.

Teófilo. Querría continuar mi camino; pero haré cuanto quieras a favor tuyo y de tu pobre esposa.

Martín. Dios os lo pagará, señor (*Ibid:* 447-448).

Es así como este personaje encarna las virtudes cristianas de las que habla Lizardi en su obra. Su comportamiento es el de un hombre que ama a sus semejantes y se preocupa por llevar a cabo las obligaciones morales que ese Amor conlleva, sin importarle a qué religión pertenezcan (Rodrigo es ateo, por ejemplo), ni qué posición social ocupen (Martín es un hombre humilde, al igual que el Sepulturero). Una de sus principales cualidades consiste en saber predicar las bondades del cristianismo, tanto con palabras, como con acciones, con lo que demuestra que no existe virtud alguna si no se lleva a la práctica; si no se ejerce con constancia y sinceridad, entonces se trata únicamente de hipocresía y falsas poses.

Por otra parte, Teófilo está consciente de que el Amor no debe buscar solamente el bien personal, sino que debe preocuparse por el bien de los demás. El caso del Sepulturero Alfonso, quien víctima de la miseria se ve impelido a profanar tumbas, le demuestra al protagonista, justamente, lo que es capaz de hacer un padre por Amor a sus hijos. Aunque queda claro que Teófilo es un hombre que se interesa por los problemas del prójimo, también cabe resaltar la discreción con la que lo hace, pues siempre se involucra de manera respetuosa y se encomienda al cielo para que lo guarde de ocasionar algún daño a aquellos que en él depositan su confianza. Así se lo hace saber al Sepulturero:

Teófilo. No temas que yo jamás descubra lo que tú me fíes en secreto, y mucho menos cuando me adviertes que de la infracción del sigilo puede seguirse algún daño. No permita el cielo que por mi causa se le origine mal a ningún hombre.

Sepulturero. Según eso, vos sois hombre de bien y sabéis lo que es un secreto y a cuánto obliga.

Teófilo. Sí, lo sé, y en prueba de que lo sé, ya no exijo que me refieras el motivo de tu venida al cementerio. Basta que tú la sepas sea cual fuere. No quiero que me reveles tu secreto. Guárdalo en tu pecho, para que así me trates sin la sospecha de que te llegue a descubrir (*Ibid:* 463).

No obstante, cuando el Sepulturero le pide ayuda para exhumar un cadáver, Teófilo se niega ya que su ética y religiosidad le llevan a desaprobador dicha acción, pues considera

que además de ser un acto ilícito es también profano, por lo que trata de persuadir a su interlocutor para que desista de tal propósito:

No tengo miedo; pero no quisiera que cometieras tal atentado, pues lo es el exhumar un cadáver para desnudarlo. Los cuerpos muertos no pueden hacernos ningún mal; mas exigen nuestro respeto para que no los profanemos, porque ignoramos la suerte que habrá cabido a sus espíritus (*Ibid*: 464).

Sin embargo, Alfonso le explica que para él también dicha práctica resulta repugnante, pero que es mayor el dolor que le provoca la precaria situación en que vive su familia y que es el Amor que siente por ésta, lo que le lleva a sobreponerse del asco que le produce el estar en contacto con cadáveres, pues sabe que de eso depende su subsistencia:

Yo no entiendo de eso, ni lo hago por hacer mal a los muertos, sino por socorrer la mucha miseria de mi familia. ¿Pensáis, señor, que si mi estado fuera menos miserable había yo de ocuparme en un oficio tan sucio y espantoso? ¿Os parece un trabajo muy fácil y llevadero tratar todo el día con cadáveres, lodo, podre, gusanos y hediondez? (*Ibid*: 464).

Cuando Teófilo conoce las nobles razones que mueven al Sepulturero a realizar un acto tan despreciable se muestra comprensivo, cambia de parecer y decide ayudarlo, puesto que entiende la importancia que dicha práctica representa para Alfonso y su familia. El Amor al prójimo le impulsa, pues, a ofrecer su ayuda, incluso cuando eso signifique el tener que consentir en algo que, bajo otras circunstancias, hubiera desaprobado enérgicamente:

Sepulturero. (...) A la hora de ésta mi mujer y una hija que tengo están durmiendo en un jergón, y tapadas las dos con un petate, y están tan desnudas que no pueden ponerse delante de las gentes. ¿Qué os parece?

Teófilo. Tu miseria oprime mi corazón. Quisiera estar en lugar y ocasión de socorrerte (*Ibid*: 464-465).

Con este ejemplo vemos que el mandamiento del Amor constituye para los cristianos una norma de conducta que ha de manifestarse por medio de los actos que se realizan a cada momento. Lizardi pone de relieve el hecho de que, aun en medio de la desgracia, el Amor al prójimo no debe entenderse como aquello que el prójimo pueda hacer por uno, sino lo que uno mismo puede llegar a hacer por el prójimo. Así pues, a partir de

esta obra benéfica, Teófilo da muestras de ser un hombre que sabe anteponer las necesidades de otros a las propias, además de que la lleva a cabo siempre con la mejor disposición y con gran generosidad.

Una actitud similar de Amor al prójimo y de servicio la encontramos en la esposa del protagonista quien, aunque está preocupada por no saber el paradero de su marido, se ocupa en socorrer a un viajero enfermo, incluso sin saber que se trata del mismo Teófilo:

Las buenas hijas del sepulturero, que habían notado el caritativo e infructuoso empeño de sus padres, lo participaron a una señorita que viajaba, la cual, penetrada de la natural compasión que inspiran estas desgracias a las almas sensibles, apenas se impuso del motivo de la aflicción de sus hospedadores, cuando sacó de su boticoncillo un pomito con espíritus de cuerno de ciervo, y salió con él apresurada para socorrer al aventurero enfermo (*Ibid*: 467-468).

La ayuda desinteresada al prójimo es una de las principales virtudes de Dorotea, sin embargo este aspecto de su personalidad se desarrolla de manera más amplia durante el “Día alegre”, cuando lleva a cabo una serie de acciones en beneficio de otros, las cuales no sólo hablan del Amor que siente por el género humano, sino también de la importancia de demostrar ese Amor a través de la caridad.²

Otro personaje que se relaciona directamente con el protagonista de la novela y que da muestras de su Amor al prójimo es el Cura. En boca de éste, Lizardi habla de la obligación que tiene todo buen cristiano de brindar ayuda a todo aquel que se encuentre en un apuro, y así queda demostrado con la ayuda generosa que este personaje le brinda a Dorotea, con lo cual comprobamos que es un hombre congruente con aquello que predica y con lo que hace. Asimismo, este personaje no muestra ningún apego por los bienes materiales, antes bien, recurre a ellos con el fin de socorrer las necesidades de todo aquel que lo necesite, e incluso podemos notar que insta a otros para que sigan su ejemplo:

Últimamente, hijos míos, yo deseo que mi discurso os sea útil así como os ha sido prolijo. Yo deseo que seáis benéficos en cualquier suerte. Dueños sois de cuanto tengo. Compensad a estos pobres que os han favorecido. Dorotea, tú tienes las llaves de mis cofres, dispón a tu arbitrio y socorre con caridad y prudencia a los que han socorrido a tu marido (*Ibid*: 472).

² Hablaré de esto más adelante, pues el Amor caritativo es otro de los temas que analizaré en el presente trabajo.

Por otra parte, Lizardi presenta la parte opuesta del significado de Amor al prójimo, la cual queda evidenciada claramente en las acciones de otro personaje: el Carcelero. Éste es un hombre vil, a quien no le basta el sufrimiento de los reos que quedan a su merced, sino que además disfruta al burlarse de su trágica situación. Esto se puede apreciar en la forma irónica en que se expresa, así como en la poca compasión que demuestra al momento de recibir a Teófilo en la cárcel:

Carcelero. ¿Pues quién es este inocente nuevo que me habéis traído de huésped esta noche?

Ministro. Éste es un gran pícaro; es el famoso Teófilo, de quien tenemos tanto encargo.

Carcelero. ¡Ah!, sí. ¿Éste es el Teófilo..., pues aquel cierto Teófilo? Ya, ya sé quién es.

Ministro. Pues ya os lo entrego. Aseguradlo bien hasta mañana, y no le permitáis comunicarse con persona nacida; ninguna compasión os merezca, es un vil.

Carcelero. Sí, id sin cuidado. Bonito soy yo para compadecerme de ninguno. Aun las mujeres hermosas, cuyas lágrimas encantadoras a todo el mundo rinden, no consiguen nada conmigo. Ved, y qué lástima será capaz de infundirme este barbón (*Ibid:* 428-429).

Es consciente de las desventajas del prisionero, por lo que se comporta de manera agresiva y trata de imponer su superioridad por medio de amenazas. Su falta de escrúpulos se hace evidente cuando le pide dinero a Teófilo a cambio de un mejor trato, pero como éste no cuenta con tal, el Carcelero aprovecha ese pretexto para ensañarse con el infeliz prisionero:

Carcelero. (...) ¿Tienes dinero?

Teófilo. Ninguno.

Carcelero. Pues siéntate. Te calzaré los grillos más pesados, pues éstos los merece el reo más criminal y pobre como tú.

Teófilo. ¿No puedo redimirme de este tormento ofreciendo gratificarte mañana?

Carcelero. Aquí no es tienda, no se admiten plazos. De contado se ha de pagar un favor, o sufrir (*Ibid:* 429).

Es, por lo tanto, un hombre que no practica el Amor al prójimo, pues no sólo se muestra indiferente ante su sufrimiento, sino que busca lucrar a costa de éste; además, es un personaje ruin, que trata de imponer su superioridad por medio de amenazas y castigos corporales y que no siente ningún tipo de culpa por su manera de actuar.

De este modo, Lizardi nos presenta las dos caras de la moneda respecto a lo que implica el Amor al prójimo, pues, por una parte, configura una serie de personajes que más que demostrar este tipo de Amor con palabras, lo hacen a través de los hechos. Sin importar la condición social a la que pertenezcan, son hombres y mujeres conscientes de su obligación moral de socorrer al necesitado, no únicamente con dinero o bienes materiales, sino también brindando consuelo, apoyo o cuidados. Y, por otra parte, nos presenta dos personajes que no sólo se desentienden por completo de dicha obligación moral, sino que además se muestran insensibles ante el dolor ajeno: Rodrigo, quien sólo se interesa por sus problemas, y el Carcelero, que únicamente busca obtener un beneficio de las desgracias ajenas.

Lizardi expone en su novela ambas posturas y, a partir de esto, intuyo que descalifica por una parte la indiferencia que cierto tipo de personas muestra ante el sufrimiento del otro, mientras que por otra parte exalta a aquellos que anteponen las necesidades del prójimo a las propias, además de que destaca los beneficios que Dios otorga a aquellos que se comportan de manera cristiana.

A partir de las acciones que llevan a cabo los personajes de esta novela, puedo deducir que el Amor al prójimo no debe limitarse a una praxis de convivencia, tolerancia y respeto entre seres humanos, sino que también constituye una obligación de Amor mutuo. Se trata de una necesidad de dar lo mejor de uno mismo a favor de todo aquel que lo requiera, sin importar que eso signifique olvidarse de las angustias y problemas personales; debe ser una entrega plena del hombre hacia sus hermanos, semejante a la forma en que el hombre entrega su vida y pone su confianza en Dios pero, sobre todo, el Amor al prójimo debe consistir en saber demostrar nuestro Amor del mismo modo que el Señor demuestra su Amor incondicional a todas sus criaturas.

Y puesto que en la religión católica una de las garantías del Amor de Dios a todos los hombres consiste precisamente en la hermandad que estableció entre nosotros y en la exigencia del Amor mutuo, debido a que todos los seres humanos (sin excepción alguna) somos hermanos debido a la común filiación al mismo Padre, entonces, si somos capaces de amar al prójimo como a nosotros mismos, y sólo en la medida en que seamos capaces de hacerlo, entonces seremos capaces de retribuir ese Amor que Dios nos brinda y del que nos hace partícipes.

CAPÍTULO 7

AMOR A DIOS/ AMOR DE DIOS PARA CON EL HOMBRE

Debido a que *Noches tristes y día alegre* tiene un fondo predominantemente cristiano, específicamente católico, considero pertinente dar una breve introducción acerca del cristianismo y sus orígenes, así como de los elementos fundamentales que conforman la religión católica pues pienso que, de este modo, me será más fácil exponer los diversos conceptos que el autor maneja en la novela y que están vinculados con dicha tradición.

Para empezar, debemos tomar en cuenta que el cristianismo es “una forma de vida humana, y como a esta le pertenece la condición histórica, hay que partir del carácter *histórico* del cristianismo. Que la significación religiosa de él vaya más allá de la historia y esté esencialmente referida a la realidad divina no puede hacer olvidar que el cristianismo como tal es un acontecimiento que data de dos milenios, que ‘empezó’ en un momento preciso de la historia” (Marías: 15) y en un lugar determinado.

Se trata, pues, de un fenómeno religioso que se inserta dentro del contexto cultural y espiritual del Imperio Romano, el cual se sitúa “en el ambiente judío de finales del helenismo” (Blázquez: 11).

El carácter social del cristianismo primitivo desempeñó un papel fundamental “en una época en la que el Estado se desentendió totalmente de la beneficencia y de la asistencia social” (*Ibid*: 12). De manera que, el apoyo económico brindado a los cristianos pobres, la visita, consuelo y socorro a prisioneros y condenados, así como la pronta ayuda en caso de desastres naturales y enfermedades, entre otras, contribuyeron al triunfo del cristianismo sobre el antiguo culto pagano que imperaba en Roma, puesto que el primero supo responder de una mejor manera a las necesidades, no sólo espirituales, sino también materiales del hombre de aquella época. Todo esto, aunado a la conversión del emperador Constantino, significó su institución como religión oficial del Estado.

La fundación del cristianismo en el siglo I d. C., trajo consigo la conformación de su Iglesia (del griego *ek-kalein* que quiere decir “llamar fuera”, “convocar”), puesto que para poder difundir su doctrina era necesario apoyarse en una institución real y sólida, que tuviera trascendencia histórica y social. Es así como, siguiendo la concepción helenística,

según la cual el cosmos es un cuerpo gigantesco que tiene como cabeza a la divinidad, la comunidad cristiana retoma esta idea y afirma que, mientras que Cristo es la cabeza del universo, la Iglesia constituye el cuerpo universal.

Una de las finalidades de la Iglesia cristiana fue, desde siempre, dar a sus seguidores reglas que les sirvieran para conducirse en la vida diaria. Para lograrlo, se valió de la afirmación (que no tiene sustento histórico) de que los doce apóstoles, como fieles siervos de Jesucristo, además de predicar el mensaje de éste, lo entregaron a la propia Iglesia para que ésta se encargara de difundirlo. De manera que “se intentó recoger la tradición apostólica en proposiciones fijas para poder deducir con su ayuda lo que la Iglesia ha de creer y enseñar. La formación de la norma apostólica llevó a coleccionar las cartas de los apóstoles y, cuando fue preciso responder a interrogantes de las comunidades, se procuró dar soluciones de acuerdo con la doctrina del apóstol o de los apóstoles” (Lohse: 242).

Con la tradición apostólica surge la religión católica (término que proviene del griego *katholikós*, que significa “universal”). Ésta es una rama derivada del cristianismo que, a su vez y con el paso del tiempo, se dividió en tres cismas principales: la Iglesia Romana, la Iglesia Ortodoxa y la Iglesia Anglicana.

Fernández de Lizardi fue un hombre profundamente apegado a la Iglesia Católica Apostólica Romana (denominación del catolicismo que cuenta con el mayor número de fieles en la actualidad), tal como lo confiesa en su *Testamento y despedida*:

“Declaro ser cristiano, católico, apostólico y romano, y como tal creo y confieso todo cuanto cree y confiesa nuestra santa madre Iglesia, en cuya fe y creencia protesto que quiero vivir y morir; pero esta protesta de fe, se debe entender acerca de los dogmas católicos de fe, que la Iglesia nos manda creer con necesidad de medio, esto sí creo y confieso de buena gana, y jamás ni por palabra, ni por escrito he negado una tilde de ello” (Lizardi: 1824-1827, 1038).

No obstante, Lizardi dirigió, en numerosas ocasiones, críticas a la Iglesia y a sus dirigentes, pero debe quedar claro que en ellas descalificaba únicamente los aspectos vanos y externos de la religión, tales como el fanatismo, la superstición, la beatería, la crueldad y la corrupción del clero. Por ejemplo, en *Noches tristes y día alegre*, el Cura hace una crítica al respecto:

[...] Aquellos que sin ser ateístas, ni profesar ninguna secta extranjera de la Iglesia católica, las profesan todas, menos la religión de Jesucristo, de que se llaman miembros.

Estos son unos católicos exteriores, unos creyentes de teatro, y en realidad unos materialistas infelices, cuyos errores tal vez ellos mismos no conocen. Yo no afligiré los piadosos oídos de mi Dorotea con su pintura. Tú bien sabes que hay esta clase de cristianos que te digo, y que me parece que Dios tolera, o para ejercicio de los buenos o para que resplandezcan más sus misericordias en el último día de los siglos (*Ibid*: 1818-1819, 477).

Sin embargo, en lo que atañe a la fe de nuestro autor, éste se confiesa siempre católico y, hasta el final de sus días, proclama la verdad y la pureza de los dogmas fundamentales de su religión.

De manera que, la religión católica, sin dejar a un lado los textos veterotestamentarios, se apoya principalmente en el Nuevo Testamento, puesto que éste representa la culminación y plenitud de la revelación de Dios a los hombres, por medio de las enseñanzas de su hijo Jesucristo, las cuales bien podrían resumirse en una sola: “amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo”. De hecho, para los católicos, como lo fue Lizardi hasta el final de sus días, el Amor está presente en toda relación existente entre el hombre y Dios, puesto que el “deber de amor del hombre hacia Dios cuenta ya con el amor de Dios desde la creación y la condición paterna. El amor del hombre es un amor plenamente *correspondido*: el divino es ‘anterior’ al humano, incluso a la misma existencia del hombre” (Marías: 53).

Tal como se vio en los capítulos anteriores, así como el sentimiento del Amor se manifiesta entre los seres humanos (*filía*), puede también apuntar hacia lo divino. Éste surge como “una inclinación innata, acaso inconsciente, de sublimación del mero y simple amor terrenal” (Pérez-Rioja: 94) mediante la cual, el alma humana, despojada de todo apego material y alentada por la fe, se eleva para buscar entrar en contacto con el Ser Supremo.

Para los cristianos, Dios es un Ser omnipotente, misericordioso y lleno de bondad que ama a todas sus criaturas, por lo que las colma de infinitos bienes, en especial al ser humano, su creación predilecta.

Lizardi, hombre de profundas convicciones religiosas, cristianas, “no duda ni por un momento de la necesaria existencia de Dios, de que haya un Ser Supremo. En absoluto se plantea ningún tipo de abstracción metafísica ni de ejercicio racional que le mueva a indagar o a reflexionar a partir de la duda o de la incertidumbre, ni incluso del desasosiego; bien al contrario, desde el primer momento, y siempre, sólo afirma su total certeza del Todopoderoso, en su sentido más pura y estrictamente católico” (Hernández: 608). La anécdota de *Noches tristes y día alegre* es una clara muestra de lo anterior, puesto que está orientada a dar a conocer el más esencial de los principios, según Lizardi, el cual consiste en la necesidad de que todo individuo posea absoluta certeza de la existencia de Dios y de su grandeza. Y, en este sentido, me parece que el autor busca lograr su cometido al poner en boca de sus personajes constantes referencias acerca de la grandeza del Padre, así como reiteradas alabanzas hacia su bondad y providencia. De hecho, considero que el fervor con el que el protagonista trata de convencer a otros acerca de la existencia de Dios resulta sugestivo, puesto que nos habla de la imperiosa necesidad que debía sentir Lizardi por dar a conocer y divulgar todas aquellas bondades que, a su parecer, puede hallar y de las que puede hacerse merecedor todo aquél que ame a Dios y que deposite en Él su confianza absoluta.

Me parece pertinente mencionar, también, que el autor explica al inicio de su obra, en un apartado titulado *Argumento o Idea*, la materia de que trata el texto —que no es otra que la historia de un buen hombre que, de un momento a otro ve trocar su suerte de manera negativa, por lo que debe enfrentarse a una serie de adversidades en las que su fe y su fidelidad a Dios quedan puestas a prueba— y donde expone con toda claridad el objetivo de presentar al lector dicha anécdota:

[...] fácil es concebir que su objeto moral no es otro que enseñar al lector a humillarse y adorar en silencio los decretos inescrutables de la alta y divina Providencia, asegurado de que ésta nada previene ni determina sino con relación a nuestro bien, al que siempre está propensa y decidida” (Lizardi:1818-1819, 422 y 424).

De modo que por más vicisitudes y adversidades que deban enfrentar los personajes en el desarrollo de la novela, el desenlace de la misma nos da la confirmación de aquello en lo que Lizardi hace hincapié (en el argumento de su novela) respecto a que la Divina

Providencia siempre vela por el bienestar de todos sus hijos.

Así pues, en *Noches tristes y día alegre* aparecen varios personajes que demuestran su Amor a Dios, no sólo a partir de sus palabras, sino también por medio de hechos concretos, con los cuales buscan agradar al Señor y al mismo tiempo ayudar en lo posible al prójimo. El ejemplo más claro de ese Amor a Dios lo encontramos en el propio protagonista de la novela, por lo tanto, en el presente capítulo, me enfocaré prioritariamente a la forma en que éste ama y busca (pese a las duras pruebas que debe enfrentar) mantener a flote su relación con Dios.

Para comenzar, vemos que Teófilo concibe a Dios como el Ser Supremo, por cuya voluntad se rige el universo. Para él, es un ser omnipotente que se comporta a semejanza de un padre bondadoso y que se interesa en todo momento por el bienestar de sus criaturas. El hombre, por lo tanto, debe encomendarse a Él y confiar en su poder:

Debemos pedirle que nos libre de[1] mal y confiar en su poder, pues es omnipotente y puede librarnos, y no sólo puede, nos libra en efecto de mil desgracias de que no podemos precavernos, y con tanta bondad que mil veces nos libra sin pedírselo. ¿Cuántas ocasiones, acuérdate, cuántas veces hubieras perecido en esta riña, en aquel encuentro, en tal camino, en aquel río y en otros precipicios en que te has visto, y de los que te ha sacado la omnipotente mano del Altísimo? (Lizardi: 1818-1819, p. 440).

Dios, a su vez, ama al hombre y lo libra de la desgracia. Sin embargo, el ser humano está obligado a conducir su vida con la mayor responsabilidad y rectitud posibles, puesto que el Creador le ha dotado de entendimiento para que pueda discernir por sí mismo entre aquello que es correcto y aquello que no lo es y, con base en su propio criterio, pueda tomar decisiones:

En fuerza de esta bondad dotó al hombre de entendimiento para conocer el bien y el mal, y le dejó un albedrío para que despóticamente eligiera entre uno y otro según su gusto. Esta luz de la razón y esta libertad concedida al hombre lo hacen digno de premio o de castigo. Liberalidad que cierra a los impíos la boca para que no puedan jamás blasfemar contra la justicia ni providencia del Criador (*Ibid*: 441).

En la cita anterior, Teófilo menciona dos aspectos de suma importancia: por una parte, habla del bien y el mal y, por otra, hace referencia a la cualidad de libre albedrío que posee el ser humano, por lo que considero necesario ahondar un poco en estos conceptos, con el fin de poder explicar la cita de una manera más clara.

El catecismo de la Iglesia católica¹ señala que existen actos buenos y actos malos, pero ¿en qué consisten unos y otros? Según Joaquín Xirau, “buenos son los actos que tienden a realizar un bien, es decir, a incorporar un valor en la realidad de las cosas. Malos los que tienden a realizar un mal, es decir, a los que tienden a suprimir un valor existente, o a impedir que un valor se realice [...] Todo acto que se esfuerce por realizar un valor positivo o por suprimir un valor negativo, es moralmente bueno. Todo acto que tienda a suprimir un valor positivo o a crear un valor negativo, es moralmente malo” (Xirau: 41-42). Por lo tanto, un acto moralmente bueno supondrá la bondad del objeto, del fin y de las circunstancias, mientras que uno moralmente malo será porque el objeto o la finalidad sean indebidos o indignos, independientemente de las circunstancias.

En la novela, vemos que Teófilo menciona que la mayoría de los hombres tienen una concepción errónea acerca de lo que son el bien y el mal. Comenta, además, que el bien consiste en aquel estado de gracia que proporciona felicidad, y que el mal se encuentra representado por el pecado:

Vulgarmente llamamos mal a todo cuanto nos aflige, y en este sentido los males de que nos quejamos son los trabajos y las miserias de la vida. Ello es cierto que así como no hay en el mundo otra felicidad que la que da la gracia, que es lo que se debe llamar único, sólido y verdadero bien, así tampoco hay mayor infelicidad que el pecado, que es el solo y verdadero mal (Lizardi: 1818-1819, p. 441).

Y puesto que el bien y el mal están siempre rondando al hombre, es necesario que éste decida entre uno y otro. A esa posibilidad de elección se le conoce como libre albedrío, que es una cualidad única que Dios concede al ser humano para que éste pueda vivir su vida a su manera. El hombre puede comportarse, entonces, según sus propios criterios, así como tomar decisiones por su cuenta y riesgo, puesto que nadie le obliga a seguir tal o cual camino. Sin embargo, “Dios le está rondando siempre, incitándolo y atrayéndolo suave y

¹ Texto que contiene los aspectos doctrinales básicos de dicha Iglesia, los cuales están inspirados y avalados por las Sagradas Escrituras, la tradición apostólica y el magisterio eclesial.

amorosamente. Nadie tan respetuoso como Dios con la libertad del hombre, pero nadie tan empeñado como Él en que la emplee rectamente” (Gallegos: 8).

Así pues, el argumento de Teófilo es muy claro al respecto, pues él opina que, aunque Dios ama a sus hijos y desea que estos se conduzcan por buen camino, no está obligado a librarlos de los males que ellos mismos se acarrearán, ni a apartarlos del peligro al que muchas veces imprudentemente se exponen, puesto que no sólo les ha dotado de raciocinio, sino también les ha concedido la libertad de elección. Todas estas cuestiones se las explica ampliamente a Rodrigo —quien afirma incesantemente que Dios se complace en verlo padecer—, e incluso le da de algunos ejemplos concretos, con los cuales intenta demostrar que la mayoría de los males que padecen los hombres se deben al resultado de sus propias acciones y no a la voluntad divina:

Pues a este modo son muchos los males que afligen a los hombres, y siendo por su culpa, los atribuyen los impíos a la Providencia; pero injusta y temerariamente.

El que dispuso su patrimonio, el holgazán inútil, el glotón, el pícaro, el pendenciero y otros así ¿con qué cara se quejarán de la Providencia por la miseria que los aflige, por las enfermedades que padecen, por los castigos, golpes y penalidades que sufren, cuando ellos con sus vicios y desreglada conducta se labran sin cesar su suerte desgraciada? (Lizardi: 1818-1819, p. 439-440).

De modo que, Teófilo comprende (y al mismo tiempo intenta hacer comprender a otros) que el ser humano no está obligado en modo alguno a seguir tal o cual camino pues, como bien lo expresa Gallegos Rocaful, “aquel que tiene trazado, por imposición conjunta de su naturaleza y de su divino Autor, se cruza con muchos otros, abiertos todos a su libertad. Del mundo que lo rodea le vienen incitaciones y requerimientos, afines y opuestos a los que tumultuosamente brotan de su interior, obligándole a decidir lo que en cada momento ha de hacer” (Gallegos: 7). Entonces, puesto que el hombre ha de vivir forzosamente libre, tiene en sus manos no sólo la posibilidad, sino también la gran responsabilidad de actuar por cuenta propia y asumir las implicaciones de sus actos.

Por otra parte, tenemos que, en el caso específico de la religión católica, el primero y más importante de los mandamientos del Decálogo² ordena el Amor a Dios sobre todas

² *Decálogo*. Lista de mandatos divinos. El más conocido es aquel del que se habla en el capítulo 20 del libro del Éxodo, donde se dice que fue el mismo Dios quien escribió con su dedo dichos mandamientos, los cuales entregó a Moisés en el monte Sinaí, como símbolo de su alianza con el pueblo de Israel.

las cosas. Y, puesto que “nada hay tan digno de ser amado como su esencia” (*Ibid*: 90), el ser humano debe procurar dar muestras de ese Amor a través de sus actos, con los cuales buscará continuamente honrar al Señor. No obstante, considero que la realización del bien no se hace por mandato, pues eso sería un tipo de esclavitud u obediencia, sino que es —como lo nombra Antonio Caso— una “inspiración”, un entusiasmo” que brota del alma humana libre.

Para el protagonista de *Noches tristes y día alegre* resulta esencial mantener un comportamiento ejemplar, el cual, aun en la adversidad, se esfuerza por conservar. Además sabe que mediante sus obras rinde tributo a su Creador y demuestra su agradecimiento por todos los dones que de Éste recibe. Una de sus principales virtudes estriba en el gran Amor que profesa a Dios, el cual expresa por medio de su comportamiento virtuoso y esforzado, así como también a partir de las múltiples ocasiones en que alaba la magnificencia del Padre, ya sea en medio de sus propias reflexiones, o bien, para convencer a aquellos que dudan:

Nadie es capaz de elogiar dignamente las magnificencias del Señor; pero lo dicho es suficiente, a mi parecer, para hacerte conocer que Dios es justo y bueno sobre toda bondad y justicia, que su sabia providencia todo lo ordena a nuestro bien, y que lejos de complacerse en los trabajos que nos afligen, como piensan los impíos, incesantemente vela sobre nuestra sólida felicidad (Lizardi: 1818-1819, p. 442).

Teófilo confía plenamente en la providencia de Dios, por lo que cada vez que se encuentra con alguien que muestra dudas al respecto, intenta persuadirlo de que, sólo en el Padre, el hombre puede hallar consuelo a sus desdichas. Esto se puede apreciar de manera muy clara cuando Teófilo, ante la cercanía de la muerte de Teodora (esposa de Martín), intenta reconfortar al abatido campesino y le recuerda que, al ser cristiano, debe refugiarse en la certeza de que existe un Dios que le ama y que nada dispone de manera arbitraria. Le impulsa a acercarse al Ser Supremo con la mayor confianza, como lo haría un hijo con su padre, pues afirma que, en medio de cualquier aflicción, el hombre debe encontrar su principal consuelo en el Amor incondicional que Dios le brinda. A continuación, transcribo un fragmento del diálogo entre ambos personajes:

Teófilo. ¿Cómo hallas a Teodora?

Martín. Muy mala, señor; su muerte está muy próxima. Nada habla, ni me conoce; su vista está quebrada, el pecho se le ha levantado y la ansia que tiene es terrible... ¡Ay, Teodora mía!, ¿qué haré? ...

Teófilo. ¿Qué has de hacer, amigo, qué has de hacer? ¿No eres cristiano? ¿No sabes que hay un Dios? ¿No lo conoces? ¿No te acuerdas que es tu padre? ¿No estás seguro en lo mucho que te ama? Pues resígnate, amigo, abandónate a su divina y justa providencia como la confianza de uno de tus hijitos cuando corre precipitado y se deja caer entre tus brazos (*Ibid:* 451).

Asimismo, cuando Rodrigo confiesa haber asesinado a su padre, vemos cómo Teófilo trata de convencerlo acerca de la incondicionalidad del Amor de Dios, pues afirma que aunque el hombre caiga en pecado, por más grave que éste sea, siempre tendrá la posibilidad de arrepentirse y así obtener el perdón de Dios, puesto que su misericordia es infinita:

Rodrigo. (...) Todo lo he perdido en un momento: mi esposa, mi padre, mi hacienda, mi honra, mi libertad, mi vida y mi alma...

Teófilo. Cállate, bárbaro, tu alma no está perdida. Clama a Dios y te perdonará.

Rodrigo. Ya es tarde.

Teófilo. Jamás lo es para arrepentirse.

Rodrigo. No puedo. Mi crimen es muy atroz.

Teófilo. La misericordia de Dios es infinita.

Rodrigo. Para mí no alcanza.

Teófilo. Arrepiéntete, confía... (*Ibid:* 444).

A partir de esto, podemos observar que Teófilo es un hombre que confía en el Amor ilimitado que Dios tiene para con sus hijos, de ahí su urgencia de comunicarlo a todos aquellos que se crucen en su camino. Este personaje aprovecha cada oportunidad que se le presenta para hablar a los otros acerca de Dios y de su grandeza pues, no sólo desea que todos conozcan al autor de todo cuanto existe, sino también que todos sean partícipes de su infinita bondad y misericordia.

Teófilo se comporta pues, a semejanza de un apóstol de Cristo, puesto que no duda jamás en difundir su doctrina y asume con agrado la tarea de llevar la palabra de Dios a sus semejantes, por medio de continuas alabanzas a la gloria del Creador.

Sin embargo, y pese a todo cuanto predica, los diversos padecimientos e injusticias que nuestro protagonista debe enfrentar —tales como ir a prisión debido a una cruel

equivocación; presenciar dos muertes: la de Rodrigo, quien fallece impenitente al caer a un precipicio y la de Teodora, que parece víctima de un asalto; el no tener noticias del paradero de su familia— le llevan a poner en duda si ese Amor de Dios, del que tanto habla, existe en realidad. A partir de este hecho, puedo deducir que Lizardi busca poner de manifiesto que, incluso el hombre más justo y amante de Dios, por su misma condición de ser humano falible, puede llegar a flaquear ante la adversidad. Sin embargo, el autor también destaca que es obligación de todo hombre recapacitar acerca de sus errores y tratar de enmendarlos.

Esto lo demuestra Teófilo, cuando se reprende a sí mismo por su debilidad de carácter, pues reconoce que, mientras que por una parte habla a los demás de la bondad de Dios y de sus sabios decretos, por otra se siente incapaz de soportar con resignación sus designios cuando éstos le son desfavorables. Por lo que pronto recapacita y se esfuerza en recuperar el entusiasmo y las fuerzas que le ayudarán a aceptar y soportar de buen grado la voluntad divina:

Bien conozco, decía yo antenoche al infeliz Rodrigo, que Dios nos ama; que nada decreta ni dispone sino con dirección a nuestro bien; que mil veces permite y no quiere el mal que nos aflige, ¿pues por qué no hago estas reflexiones sobre mí?, ¿por qué no aprovecho estas máximas saludables? (...) Pues bien; si los trabajos que padezco son en castigo de mis culpas, debo sufrirlos gustoso, ya porque los merezco, y ya porque quien me castiga es mi Padre y me prueba su amor al corregirme; y si me los envía para acrisolarme, ¿qué mayor dicha que poder convertir la escoria en oro, y el mismo veneno en medicina? Así es que yo debo, de cualquier modo, sufrir estas infelicidades con paciencia (*Ibid*: 460).

Queda claro, entonces, que Dios ama a sus hijos y no decreta ningún mal para ellos, sino que el mal proviene de los mismos actos erróneos del hombre y que Dios, aunque pudiera intervenir para librar a éste de todas sus desdichas, no lo hace, o por respeto al libre albedrío que le otorgó desde el momento de su creación o porque es un modo de mostrar su Amor a través de la corrección. Por lo tanto, el hombre tiene la obligación de conducirse de la mejor manera posible y de apartarse de todo cuanto pudiera perjudicarlo. No obstante, cuando la adversidad se presenta por un designio divino y no como el resultado de las acciones humanas, es probable que surja la duda respecto al Amor incondicional de Dios hacia sus criaturas. Justamente de lo anterior se desprende mi siguiente cuestionamiento:

¿Puede el hombre amar a Dios o sentirse amado por Éste, aun después de verse sometido a múltiples padecimientos?

Al parecer, Teófilo opina que sí pues, aunque en medio de la desgracia llega a cuestionarse el porqué de tantos sufrimientos “inmerecidos”, al final siempre se arrepiente de su flaqueza, con lo cual notamos que la actitud negativa que presenta, por momentos, se debe más a su estado de ánimo exaltado que a un desacato deliberado a los designios divinos. En este punto me parece pertinente señalar la importancia que juega el valor de la responsabilidad en la vida del ser humano, puesto que si el Señor le ha concedido los dones del entendimiento y de libre albedrío para conducir su vida a su manera y sin ataduras, justo es que éste responda tomando consciencia de sus actos y haciéndose responsable de ellos. Podemos notar, entonces, que Teófilo comprende que es una ingratitud el no saber soportar con firmeza sus infelicidades, por lo que se muestra arrepentido y se avergüenza de su debilidad de carácter y de su inconstancia:

¿Cómo profiero unas quejas tan amargas contra el cielo? ¡Ah!, yo me he olvidado de quién soy, y he querido alejar lejos de mí el único apoyo con que he contado siempre en medio de mis amarguras; pero ya me avergüenzo y me arrepiento de mi ligereza criminal. Cubre, oh, noche, con tu negro manto este descuido y esconde de mí mismo entre tus sombras mi cobarde abatimiento, y entonces alzaré los ojos y buscaré la firme religión que me sostiene (*Ibid*: 459).

De igual manera, podemos ver que, para este personaje, el único apoyo verdadero con que cuenta es el de su religión, la cual le enseña que existe un Dios que lo ama y que jamás lo abandona. Por lo tanto, tenemos en Teófilo a un hombre virtuoso, lleno de Amor y fe en Dios que, sin embargo, como todo ser humano, tiene momentos de debilidad en los que la razón le lleva a cuestionarse el por qué de tantos padecimientos, el por qué del aparente abandono de un Dios en el que tiene depositada su confianza. Aunque dichos cuestionamientos serían válidos, pues Teófilo es un hombre recto que, por causas ajenas a él se ve obligado a padecer, es también un hombre religioso que sabe que el Amor a Dios no acepta ningún tipo de vacilación.

Me parece importante mencionar que, respecto a lo anterior, encuentro un claro paralelismo con un importante texto bíblico que forma parte de la literatura sapiencial del Antiguo Testamento: el Libro de Job. Incluso, el mismo Teófilo hace una mención explícita

a dicho personaje cuando, en medio de sus aflicciones, busca consuelo en el ejemplo de aquel ser amante de Dios que, ante el dolor, supo soportar los designios de la Providencia:

¿Y quién fue Job que estampó esta amarga verdad? ¡Ah!, fue un hombre a quien el mismo Dios calificó por el más justo de su tiempo, y fue a quien probó con las mayores calamidades y desdichas. Él perdió sus haberes, sus hijos, su salud y su opinión. La mujer que le quedó lo iba a insultar, y sus pocos amigos tan solo iban a mofarlo en sus desdichas y a aumentar el sentimiento de sus pesares; y su resignación en ellos fue el modelo de la más cristiana conformidad. A todas horas bendecía el nombre del Señor, adoraba sus decretos en el silencio y obedecía su voluntad en medio del dolor y la amargura.

Pero si esto sufrió, si estas saludables lecciones me enseñó aquel justo, ¿qué deberé hacer yo, que acaso soy el más delincuente ante el más recto tribunal? ¿Qué deberé sufrir, y con cuánta razón no debo conformarme con los sabios decretos de la Providencia? (*Ibid*: 459-460).

Teófilo menciona, también, que el hecho de que un hombre sea puesto a prueba por Dios, debe hacerle sentir dichoso, ya que eso constituye una señal de predilección divina:

Entonces se acuerda con Job que es dichoso el hombre a quien prueba el cielo y que no se deja abatir en los trabajos, ni desanimar por los sufrimientos; que siendo la señal cierta de una predilección divina, debemos llevarlos con alegría (*Ibid*: 442).

El ejemplo de este personaje bíblico le recuerda a Teófilo³ que, a pesar de las múltiples adversidades que el hombre deba enfrentar, siempre le quedará el consuelo de que Dios le ama y desea su bienestar. En este aspecto, me parece importante mencionar que encuentro un claro paralelismo entre el libro de Job y *Noches tristes y día alegre*, pues el argumento principal, en ambos textos, es prácticamente el mismo: los protagonistas son hombres virtuosos, llenos de Amor y fe en Dios pero que, por su condición de seres humanos falibles, también sufren momentos de debilidad en los que la razón les lleva a cuestionarse el por qué de tantos padecimientos inmerecidos y a dudar respecto del Amor y la “justicia” de Dios. Aunque tales dudas serían válidas, ya que provienen de hombres rectos que por causas ajenas a ellos mismos se han visto obligados a padecer, resulta notable que, al final, uno y otro optan por convertir su dolor, sus lamentos y sus dudas en

³ Puesto que el Libro de Job se presta a muchas interpretaciones, debemos tomar en cuenta que la interpretación que encontramos en esta novela responde a la percepción personal de su protagonista.

resignación y agradecimiento. De modo que el punto medular en ambas historias se encuentra en el ejemplo que dejan estos dos hombres, quienes, frente a la adversidad, dan una gran muestra de fe a partir de su testimonio moral. De tal manera que abordar este aspecto resulta sugestivo y motivador para un estudio profundo de la novela lizardiana y el Libro de Job, los cuales están intersecados por la fe que se despliega desde una postura religiosa hasta la inminencia de conformar al ser. Resultará necesario, pues, abordar esta importante cuestión en un estudio posterior.

Por otra parte, en esta novela (como en muchos otros de sus textos), Lizardi hace referencia a la necesidad e importancia de que todo hombre reciba una correcta enseñanza en el aspecto moral y religioso pues considera que esto le permitirá discernir entre el bien y el mal y, por consiguiente, tendrá la posibilidad de conducir su vida por el camino de la virtud y alejarse todo lo posible de los vicios mundanos. Para nuestro autor, el hombre de bien deberá ser un buen ciudadano, educado y respetuoso de la leyes, pero también tendrá que contar con una sólida formación religiosa, ya que ésta le proporcionará reglas morales bajo las cuales se conducirá a lo largo de su vida.

Mediante la religión, el hombre busca reunirse con la divinidad —religión, según Lactancio, viene del latín *religare*, que significa *ligar de nuevo*—, ya que ésta le hace tomar conciencia de los vínculos que lo atan a Dios, así como de la obligación que tiene de cumplir su voluntad. En el caso de Lizardi, es bien sabido que fue un hombre con un profundo apego a la doctrina cristiana (católica), pues pensaba que, al haber sido fundada por el mismo Cristo, sólo en su seno el hombre podría aprender a vivir de manera virtuosa.

En *Noches tristes y día alegre*, podemos apreciar que Teófilo es un hombre virtuoso, que rige su existencia con base en las enseñanzas de la religión católica, de la cual es practicante (como él mismo lo hace notar en varios momentos de la narración). De manera que habla constantemente de las bondades de Dios, pero también de todos aquellos favores que el hombre puede hallar en el seno de la Iglesia que instituyó el mismo Jesucristo. En un diálogo que sostiene con Rodrigo, por ejemplo, después de escuchar las múltiples quejas de su interlocutor así como su desencanto frente a la vida miserable que le ha tocado vivir, Teófilo intenta persuadirlo para que busque consuelo en la religión católica puesto que, a su parecer, ésta representa el asilo más dulce y seguro ante las desdichas de los hombres:

Teófilo. En nuestras mayores desgracias debemos conformarnos con los sabios decretos de la Providencia.

Rodrigo. Para el que se haya agitado como yo del dolor, del temor y la desesperación, esos consuelos son muy fríos. Nada calman la agitación de las pasiones.

Teófilo. Te engañas. Los consuelos más sólidos y oportunos no se hallan sino en el seno de la religión. Cuando el hombre no es atea, no puede encontrar asilo más dulce y seguro, en medio de sus mayores aflicciones, sino en la religión católica (*Ibid:* 436).

Puesto que, para Lizardi, la religión católica es la única doctrina verdadera,⁴ resulta lógico que en gran parte de su obra y a través de sus personajes exalte y defienda fervorosamente los valores que promueve el catolicismo, así como también alabe la gran contribución que éste aporta a la adecuada formación moral y espiritual del ser humano. En este punto, me parece importante mencionar que dentro de la obra de este autor podemos encontrar dos apologías, en las cuales defiende la existencia de Dios y alaba las excelencias de la religión católica. La primera de ellas data de 1813 y se titula “Apología compendiosa de nuestra sagrada religión y de la dignidad del estado eclesiástico”, y la segunda, publicada en un folleto de 1821, titulada “Apología de nuestra santa religión”, son dos muestras claras del interés de Lizardi por propagar la dignidad y las bondades del catolicismo.

Es en la “Apología de nuestra santa religión”, donde el autor expone brevemente los seis fundamentos esenciales para entender la solidez, la verdad y la dignidad de la religión católica, mismos que se mencionan en el tomo II, capítulo 6 de *La Quijotita y su prima*, y que son aquellos que expone Jacobo Welstér, antiguo anabaptista, en el momento en que decide convertirse al catolicismo. Este personaje hace un análisis de los fundamentos más sólidos de dicha religión:

Seis son para mí los principios más fundamentales de vuestra religión, que me han atraído a su gremio, y que me parece serían bastantes para persuadir a cualquiera que los examinase sin pasión.

Éstos son los siguientes: 1. Las revelaciones. 2. La pureza de la moral de Jesucristo. 3. Sus milagros y su resurrección incontestables. 4. El modo con que estableció la religión. 5. La constancia y la uniformidad de la tradición. 6. Y

⁴ Recordemos que, a lo largo de su actividad literaria, Lizardi criticó en numerosas ocasiones a la Iglesia, pero esto debe entenderse como una crítica hacia la institución eclesiástica (a sus fallos e incongruencias), mas no al dogma católico.

último. La perseverancia y unión de la Iglesia católica. (Lizardi: 1818-1819 [1831-1832], p. 262).

Pero, ¿qué y cuáles son los dogmas católicos? Son aquellas “creencias esenciales que identifican y definen el credo católico frente a otras confesiones cristianas, si bien algunas de estas creencias son comunes a otras denominaciones cristianas. Para un católico el dogma es una verdad revelada por Dios y propuesta por la Iglesia, para la creencia de los fieles. Los dogmas católicos se basan en la Biblia y en la Tradición Apostólica. Así como los hebreos tenían su tradición (que fue la base de gran parte de los libros del Antiguo Testamento), así los católicos tienen la tradición apostólica transmitida de generación en generación de forma escrita y oral.”⁵

De manera que, como vimos anteriormente, los argumentos con los que Lizardi defiende la validez de su religión se centran, por una parte, en la inmutabilidad del dogma católico y, por otra, en la solidez de su Iglesia y en la importancia que ésta tiene en la vida humana.

En el caso de Teófilo observamos que, para él, la religión es el principal puente de unión entre Dios y el hombre, además de que constituye el refugio más seguro contra las adversidades, puesto que brinda al hombre consuelo frente a sus padecimientos, así como la seguridad de que tiene en Dios a un padre que le ama infinitamente y que vela por él en todo momento. De modo que, sin importar las dificultades que se interpongan en la vida de cualquier ser humano, éste deberá tener la total certeza de que Dios nada dispone que no esté orientado a su bienestar, puesto que le ama y desea su felicidad, tal como lo señala la religión católica:

Ella nos enseña que hay un Dios grande, autor de todo cuanto existe, legislador supremo de cuanto hay dentro y fuera de la naturaleza, sabio por esencia y bueno en el último extremo de bondad; nos asegura que este Ser Eterno nos ama infinitamente más que nosotros mismos, que nada decreta que no se dirija a nuestro bien, que nos crió y nos conserva, que vela constantemente sobre nuestra felicidad (Lizardi: 1818-1819, p. 436-437).

⁵ <http://es.wikipedia.org/wiki/Catolicismo>

Teófilo defiende en todo momento su religión y hace énfasis en la importancia que ésta juega en la vida de todo hombre, puesto que constituye el único escudo firme al cual se puede asir en medio de una vida rodeada de miserias y de aflicciones:

Sí, Martín; la religión, la religión es el único escudo que nos presenta la fe en tan desiguales batallas. Quitemos la religión católica del mundo, olvidemos las promesas divinas, abandonemos esta esperanza, y en breve todo infeliz será un suicida. ¿Quién será bastante a sufrir con paciencia las intolerables miserias que nos afligen y rodean? (*Ibid*: 452).

La religión, pues, resulta indispensable para el hombre, ya que representa el consuelo más seguro frente a las dificultades que debe superar, pero no sólo en lo que se refiere a su paso por la vida, sino también a la hora de la muerte, puesto que uno de los consuelos que la religión católica ofrece es la esperanza de que, al dejar de existir en este mundo, el hombre recibirá como premio la vida eterna, la cual estará colmada de felicidad y compensará todas las miserias que se hayan padecido en vida. Así lo da a entender Teófilo, una vez acaecida la muerte de Teodora:

Martín. ¡Ay de mi Teodora!, ya expiró.

Teófilo. Sí, amigo, ya comenzó a vivir eternamente. No te aflijas mucho. Su suerte ya es feliz para siempre... Más ¿qué es esto? Tus hijos han despertado y se han entrado hasta la cama...

¡Qué escena tan triste y dolorosa! Martín no despega su cara de la difunta y sus tiernos hijos se echan llorando sobre el cadáver. ¿Quién podrá reprimir los sentimientos naturales, ni cómo podremos imponer moderación en estos lances? Todo aquí es tristeza, gritos, lamentos y suspiros (*Ibid*: 453).

Sin embargo, no son únicamente las palabras de Teófilo las que demuestran su apego a la religión, sino que es su forma de actuar, prioritariamente, la que nos permite darnos cuenta de que se trata de un hombre profundamente católico, que conduce su vida con un gran sentido moral y que, además, es poseedor de un fuerte espíritu humanitario, puesto que se preocupa en todo momento por las desgracias y padecimientos del prójimo e intenta siempre brindarle su ayuda.

Como se dijo anteriormente, para este personaje la rectitud y la honradez son fundamentales en cada uno de sus actos, tanto por su valor intrínseco, como porque comprende que para ser grato a los ojos de Dios es necesario actuar conforme a sus

mandamientos. Esto nos habla de la idea que Lizardi mantenía respecto a que las virtudes morales resultan insuficientes por sí mismas, y que su verdadero valor surge cuando se practican dentro de la fe católica, puesto que su principal motivación no se encuentra en la satisfacción personal, sino en el hecho de complacer a Dios. Es decir, para Lizardi, la educación moral que recibe todo individuo debe tener como base esencial la religión católica, no sólo por cuanto ésta nos dice que debemos buscar agradar a Dios por medio de nuestros actos, sino también porque, a su particular modo de ver, la moral de la que se habla en los evangelios es la más perfecta, ya que responde a los preceptos que estableció el mismo Jesucristo y, en este sentido, es importante recordar que, para los cristianos, el acontecimiento histórico de Jesucristo constituye el don absoluto y la muestra de Amor definitiva de Dios a los hombres.

Teófilo es un hombre que posee una evidente formación religiosa, lo cual queda evidenciado no sólo por su conducta, sino también porque en varias ocasiones demuestra tener conocimientos de las Sagradas Escrituras. Esto lo podemos notar, por ejemplo, cuando rememora el caso de Job, así como los terribles sufrimientos que éste debió padecer; otro ejemplo lo encontramos, cuando hace una breve mención de aquello que señala el libro de los Proverbios respecto a que toda la miseria que el hombre deba padecer en su vida terrena, al final le será recompensada, puesto que Dios ve con buenos ojos a aquellos que aceptan vivir llenos de privaciones a cambio de mantener asegurada la tranquilidad de su alma:

Cuando el hombre se quita la venda de las pasiones y levanta los ojos limpios a su Autor, se consuela en medio de sus aflicciones con la seguridad de estas verdades. Entonces se acuerda que dicen los Proverbios “que los días del pobre que teme al Señor están llenos de privaciones; pero la tranquilidad de su alma le es en vez de abundancia (*Ibid*: 441).

Es muy claro, pues, que Teófilo se vale de diversas citas bíblicas con el fin de dar un mayor peso a su discurso, de modo que le sea más fácil aleccionar a otros acerca de las bondades que ofrece la religión católica, así como de las múltiples maneras en que Dios demuestra su Amor a sus criaturas. Y, justamente, una de esas muestras se encuentra en la perfección y el orden admirable de la naturaleza con que Dios regala al hombre, tal como se verá a continuación.

En *Noches tristes y día alegre* el entorno natural juega un papel preponderante: en las cuatro noches, por ejemplo, Lizardi nos presenta ambientes lúgubres y sepulcrales, los cuales mantienen una estrecha relación con el estado de ánimo de los personajes, así como también sirven para subrayar las tragedias que éstos deben enfrentar. Sin embargo, en el “Día alegre” el paisaje cambia radicalmente (acorde con la temática que se maneja en esta parte de la novela), e incluso uno de los personajes hace notar esto a sus interlocutores, cuando menciona que, una vez disipadas las tinieblas y la amargura de las noches anteriores, tienen la oportunidad de disfrutar de la luz del día y de las bellezas de la naturaleza:

Cura. ¡Qué bellos amanecen los días para los que reposan en la tranquilidad de sus conciencias! Después de las amargas noches que habéis pasado, ¿no os parece, queridos, este día brillante, nuevo y del todo apacible a vuestros ojos? ¿No os embelesa la venida de la aurora? Ved cómo se pintan los horizontes con su rojo huminado [sic] y cómo toda la naturaleza se alegra al esperar al padre de las luces. Disipadas las tinieblas de la noche, el campo se viste del más hermoso verde, y todos los colores vuelan para matizar el alhelí, la anémona, el clavel, la rosa y el jazmín (*Ibid*: 473).

Para el Cura, la belleza, el orden y la armonía que se encuentran presentes en la naturaleza no son más que el reflejo de la grandeza de su creador, por lo que se complace en alabar la majestuosidad de la presencia divina en el entorno, así como los inmensos dones que reparte por igual a todas sus criaturas:

Ved, hijos míos, con cuánta majestad asciende el sol sobre las cimas de aquellas montañas elevadas. Él parece ahora un inmenso globo de fuego destructor; pero a pocos minutos esconde sus lumbres dentro de sus mismos resplandores, que corren a dorar los montes más lejanos, a fecundizar el interior de la tierra, a subir los jugos nutricios por los tubos capilares de las plantas, a sazonar las frutas en agraz, a vivificar al hombre y al bruto, y a derramar la alegría por toda la mitad de nuestro mundo.

Luego que el augusto monarca de la luz en su carro de fuego se comienza a pasear por las esferas celestiales, la naturaleza renace por instantes en sí misma; todos los seres criados se alegran y se ríen a su presencia (*Ibid*: 474).

En mi opinión, la cita anterior refiere la idea cristiana de que el orden y armonía que prevalece en la naturaleza no se debe a causas fortuitas, sino a la intervención de un ser

superior y omnipotente. De manera que, en esta novela, los personajes conciben la naturaleza como una manifestación del Amor de Dios, ya que Éste creó todo cuanto existe con el fin agradar principalmente al hombre, su creación predilecta:

Tú sacaste los seres de la nada, sólo para que participaran de tus bondades, y porque el ser comunicable a ellos es efecto necesario de tu esencia. Tú enciendes el firmamento, vistas la tierra de verdor y alegría, y llenas toda la naturaleza de virtud, para utilidad y recreo del hombre, que es tu criatura predilecta (*Ibid*: 475).

Es así como el Amor aparece en ese “instante de revelación en que el hombre descubre que el mundo, tal como le es visible, que la naturaleza que él ha encontrado moviéndose en un ciclo fijo, no ha sido siempre así, sino que es la obra de alguien o de algo, el resultado de un trabajo: el amor aparece junto con el trabajo, con el esfuerzo y la pasión que han tenido lugar allá en otro tiempo, en el fabuloso tiempo anterior al de los hombres. El amor es potencia anterior al mundo que vemos... Diríase que el amor ha operado la metamorfosis necesaria para que en la inmensidad de las potencias se forme un mundo donde pueda morar el hombre” (Zambrano: 263).

Dios demuestra su Amor mediante el mundo que creó especialmente para que fuera habitado por el hombre, y en respuesta a esa bondad, el hombre y la naturaleza misma entonan himnos de alabanza a su Autor. La naturaleza, a su vez, es benéfica con el hombre pues, a cambio de su trabajo, le provee de todo cuanto necesita para subsistir y llevar una vida placentera:

Los árboles robustos, las tiernas plantas y las pintadas flores, extienden sus ramas y abren sus más ocultos cálices para absorber el rocío sutil que se desgaja de la atmósfera. El suave canario, el jilguero dulce, el melodioso ceniztonle, la calandria alegre y el ejército volante de las aves, se levantan de sus calientes nidos, sacuden sus vistosos ropajes y entonan con dulcísimos trinos mil himnos de gloria y alabanza al Autor de la naturaleza. El activo labrador unce los bueyes y parte a las sementeras a ganar el pan con el sudor de su rostro; pero un pan bendito y que le produce la madre tierra en premio de los afanes con que la cultiva; por eso él va tan alegre; y engolosinado con esta inocente esperanza, alivia su trabajo cantando rústicas tonadillas (Lizardi: 1818-1819, p. 473).

Todas estas citas forman parte de un largo discurso que pronuncia el Cura a sus parientes (Teófilo y su familia), en el cual, además de hablarles de las bondades divinas,

les aconseja que sean sumisos y agradecidos con Dios por todo cuanto reciben, ya que sólo el hombre necio y el impío disfrutan de todos estos bienes con la más sacrílega indiferencia, pues no son capaces de ver que, en todo cuanto existe, está presente la mano del Creador:

El necio y el impío se levantan de entre los horrores de la noche, y disfrutan los placeres del día con la más burda y sacrílega indiferencia. El necio ve el hermoso cuadro de la naturaleza iluminado con los bellos colores de la luz, recibe las influencias del sol, respira la fragancia de las flores, gusta los frutos de la tierra y se inunda en las delicias del día; pero ¡miserable!, nada le admira ni sorprende, porque no percibe ni el aparato, ni el mecanismo admirable que brilla en todas las obras del Criador (*Ibid: 474*).

Si Dios demuestra su Amor por el hombre al otorgarle innumerables dones, el hombre tiene la obligación de reconocer que tales beneficios sólo pueden proceder de la amorosa y generosa mano del Ser Supremo. De modo que el hombre realmente sabio, religioso y temeroso de Dios, deberá agradecer en todo momento y mostrar su respeto a Aquél que tantos bienes le concede:

No así el verdadero sabio, ni el hombre timorato y religioso. Éstos se levantan a la venida del día, admiran la belleza del sol, registran embelesados los primores de la naturaleza y gozan en deliciosa paz sus beneficios; pero como al mismo tiempo no la reconocen una deidad independiente, sino una Ministra del Supremo Ser, que por su conducto los dispensa, se llenan de gratitud sus corazones, y prosternándose ante el solio de la Majestad, cosiendo la cara con la tierra, elevan su espíritu al Criador y hacen que vuelen a la dorada peana de su trono mil y mil himnos de sumisión, de agradecimiento y de respeto (*Ibid: 475*).

En esta novela se maneja, pues, la idea de que la presencia divina se manifiesta en la naturaleza, ya que, a través de ella, Dios se hace cognoscible al hombre, puesto que aunque permanezca invisible, demuestra su existencia y su omnipotencia mediante su fuerza creadora.

De modo que, desde una perspectiva católica, Dios ama al hombre y da muestras de ese Amor a través de su Divina Providencia, así como a través del mundo que creó para deleite de éste. Y, aunque en algunas ocasiones pone al ser humano en situaciones difíciles, podría entenderse que son pruebas mediante las cuales busca la corrección, el arrepentimiento, o incluso un acercamiento con sus Hijos, del mismo modo en que un padre

corrige y se acerca a su hijo porque lo ama y desea que vaya por el buen camino. El hombre, a su vez, debe mostrar su Amor al Ser Supremo por medio de la caridad a sus semejantes, a partir de lo cual buscará honrar y agradecer las infinitas bondades que Éste le concede, tal como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO 8

AMOR CARITATIVO

En este capítulo me interesa plantear uno de los temas rectores en el desarrollo de la novela en cuestión, me refiero al concepto de caridad vinculado al amor. Podríamos entender que al hablar de caridad, ya hay una referencia directa a un acto amoroso, y viceversa, pues el amor encierra en sí a la caridad, entonces ¿por qué enfatizar en el amor caritativo? Como ya hemos visto, en la novela sobresalen varios matices del amor, por lo que ahora quisiera delimitar el concepto que abordaré de acuerdo a la conducta específica de algunos personajes.

Comenzaré por preguntar ¿qué es la caridad?, a lo que daré una respuesta desde la religión católica. Para la teología son tres las virtudes¹: fe, esperanza y caridad o Amor. Pero, insisto una vez más, ¿por qué la caridad y el Amor están englobados en una misma virtud? Posiblemente, la respuesta se encuentra en el origen de la palabra que designa, al mismo tiempo, los conceptos de Amor y caridad, es decir, la palabra griega *ágape* que se refiere al Amor que se desborda. “De las tres palabras griegas que designan el Amor, *Eros*, *philia* y *ágape*, el Nuevo testamento usa principalmente la última. La Vulgata la traduce por *caritas*, y no habría que objetar, si no fuera porque la palabra ‘caridad’, en todas las lenguas, ha experimentado cambios semánticos y se ha ido separando de su sentido originario de Amor aunque lo conserve como un fondo o fundamento” (Marías: 95). Así pues, en la actualidad, dicho concepto ha sido idealizado como Amor divino.

Sin embargo, la caridad bien puede ser entendida como un acto de Amor, puesto que busca siempre la sociabilidad y la convivencia afectivas con el otro. Y ya que el Amor es una condición que caracteriza a la religión católica, la caridad debe ser considerada,

¹ Cabe aclarar que la virtud significa *virtus*: fuerza y poder. “Ya desde muy pronto la virtud fue entendida en el sentido del hábito o manera de ser de una cosa, hábito que se hace posible por haber previamente en ella una potencialidad o capacidad de ser de un modo determinado. [...] San Agustín dio una definición de la virtud que se hizo célebre: la virtud es el ‘orden del amor’: *ordo est amoris*. [...] Una clase importante de virtudes son las ‘virtudes teologales’ —fe, esperanza y caridad—. Según Santo Tomás (*S. theol.* I-II a, q. LXII, a I) estas virtudes son las que encaminan hacia una felicidad sobrenatural. Puesto que esta felicidad ‘sobrepasa los poderes de la naturaleza humana’ es necesario para el hombre recibir de Dios ‘algunos principios adicionales’, esto es, las virtudes teologales. Estas virtudes nos encaminan hacia Dios, se hallan infusas [que Dios las produce en nosotros sin nuestra intervención] en nosotros por Dios y son dadas a conocer sólo por la revelación divina. Una virtud teologal es definida como un buen hábito infuso cuyo objeto inmediato es Dios” (Ferrater: 3704-3708).

entonces, como la virtud más importante pues, a partir de ella, el hombre ama a Dios en la medida en que ama y es caritativo con los demás. En este punto, me parece pertinente recordar que los personajes de la novela que estoy analizando son católicos y, por lo tanto, se rigen bajo esta visión conceptual, tal como lo he ido señalado en el desarrollo del presente trabajo.

No obstante, más allá de considerar la caridad como una virtud cristiana, creo que puede entenderse también como una cuestión de carácter moral. El individuo, por tanto, desde su particular punto de vista y según los valores que le sean apreciables, se inclinará o no a actuar de manera caritativa. Así pues, considero que no importa la religión que tengamos. Incluso si no profesamos ninguna, la caridad no debe verse como un deber impuesto por la religión o por la sociedad misma, sino como una posibilidad de amar a nuestros semejantes, al hacer de ellos un fin en sí y no un medio para nuestro beneficio personal.

Me gustaría traer a cuenta un ejemplo que considero de suma importancia para aclarar estas ideas respecto a la conducta humana, donde la exaltación de la “bella persona” se vincula con aquella que es capaz de amar al otro (su semejante) de manera libre y espontánea (caritativa) y no como una imposición (moral obligatoria). Schiller relata cómo surge esta cualidad en el hombre que es capaz de dar sin esperar nada a cambio. A continuación, podemos reparar en la historia que dicho autor presenta en el *Kallias* (Schiller: 122-123):

Un hombre ha caído en manos de unos bandidos que le despojan de sus vestimentas y le arrojan al borde del camino bajo un frío riguroso.

Un viajero pasa por su lado. El hombre se lamenta de su estado y conmina al viajero a que le ayude. “Te compadezco —dice el viajero, conmovido— y te daré con gusto lo que tengo. Pero no me pidas ningún otro favor, porque no puedo soportar tu aspecto. Por allí vienen otras personas, dales esta bolsa de dinero y te proporcionarán ayuda. Tu intención es buena —dice el herido— pero también hay que ser capaz de *presenciar* el dolor cuando lo exige el deber humano. El que eches mano de tu dinero no tiene ni la mitad de valor que el hecho de forzar mínimamente tus débiles sentidos.”

¿Cómo definir esta acción? No es ni provechosa, ni moral, ni generosa, ni bella. Es simplemente apasionada, bondadosa por emocional.

“El herido repite su súplica ante un segundo viajero. Este tiene apego por su dinero, y sin embargo querría cumplir con su deber humano. Si pierdo mi tiempo contigo —dice— dejaré de ganar un florín. Pero si tú me ofreces la misma

cantidad que pierdo, te cargaré a mis espaldas y te llevaré a un monasterio que está a tan sólo una hora de aquí. Juiciosa información la tuya —replica el otro—. Pero hay que reconocer que no aprecias lo suficiente tu obsequiosidad. Por allí veo venir a un jinete que me prestará, sin pedir nada por ello, esa ayuda que tú quieres ofrecerme a cambio de un florín.”

Y esta acción, ¿cómo podemos definirla? No es ni bondadosa, ni conforme al deber, ni generosa, ni bella. Es simplemente provechosa.

“El tercer viajero se detiene en silencio al lado del herido y escucha la narración de sus desgracias. Cuando termina, el viajero permanece en actitud meditativa y en pugna consigo mismo. Me costará mucho —dice finalmente— separarme de mi abrigo, que es lo único que protege mi cuerpo enfermo, y dejarte mi caballo, ya que mis fuerzas me han abandonado. Pero el deber moral me exige que te preste servicio. Monta pues en mi caballo y cúbrete con mi abrigo, que te llevaré a un lugar en donde puedan ayudarte. Te agradezco, hombre de bien, tu buena intención, —replica el herido— pero no has de sufrir ninguna molestia por mi causa, ya que tú mismo estás necesitado. Por allí veo venir a dos hombres fornidos que podrán prestarme el favor que a ti te resulta tan penoso.”

Esta acción era *puramente* (pero tampoco más que) *moral*, porque se realizó en contra del interés de los sentidos, por respeto a la ley.

“Los dos hombres se acercan al herido e indagan sobre su desgracia. Apenas éste abre la boca, exclaman ambos asombrados: ¡Es él! Es el que buscamos.” El herido los reconoce y queda horrorizado. Y es que ambos reconocen en él a su enemigo declarado, el causante de todos sus males, a quien han seguido para vengarse. “Satisfaced ahora vuestro odio y vuestras ansias de venganza, —empieza diciendo el herido— la muerte, y no ayuda, es todo lo que puedo esperar de vosotros.” “No, —replica uno de ellos— para que te des cuenta de quién somos *nosotros* y de quién eres *tú*, toma estos vestidos y cúbrete con ellos. Vamos a llevarte entre los dos a un lugar en donde puedan ayudarte.” “Generoso enemigo, —exclama el herido profundamente conmovido— me avergüenzas, y desarmas mi odio. Acércate pues, abrázame y completa tu buena obra con un generoso perdón.” “Serénate, amigo, —replica secamente el otro— no te ayudo porque te haya perdonado, sino porque has caído en desgracia.” “Recoge entonces tus vestidos, —exclama el desventurado, arrojándolos lejos de sí— que ocurra conmigo lo que sea. Prefiero perecer miserablemente que agradecer mi salvación a un orgulloso enemigo.”

Mientras se levanta e intenta dar unos pasos, se le acerca un quinto viajero, que lleva una pesada carga a la espalda. “Me han decepcionado ya tantas veces, —piensa el herido— y éste no parece que vaya a querer ayudarme. Voy a dejar que pase de largo.” Tan pronto como el viajero repara en él, deja su fardo en el suelo. “Veo —empieza diciendo por propia iniciativa— que estás herido y que tus fuerzas te abandonan. El pueblo más próximo queda aún lejos, y te desangrarás antes de llegar a él. Monta a mis espaldas, que me pondré en marcha con todo mi ánimo y te llevaré hasta allí.” “Pero, ¿qué será de tu fardo, que has de dejar aquí en medio del camino?” “No lo sé, pero tampoco me importa, —dice el otro— lo único que sé es que tú necesitas ayuda y que yo debo dártela.”

Me parece que éste es un ejemplo de gran belleza, no sólo por la enseñanza que nos deja, sino también por la gran claridad con que el autor expone el hecho de que, ante una misma situación, el hombre tiene distintas posibilidades de elección.

Como podemos ver, el primer viajero limita su ayuda a una cuestión económica, pues no está dispuesto a involucrarse más allá ni a sentir en su propia persona el dolor del hombre herido. El segundo viajero ofrece su ayuda, siempre y cuando le sea retribuida económicamente, pues sólo ve por sí mismo y por sus intereses, sin tomar en cuenta las necesidades ajenas. El ejemplo que da el tercer viajero tiene que ver más con una moral obligatoria, es decir, el individuo elige ser caritativo, pero sólo después de un proceso de razonamiento que le impele a poner en práctica los valores establecidos por la sociedad; no lo hace espontáneamente y por gusto, sino porque considera que eso es lo “correcto”, lo que debe hacer. Por otra parte, aparecen dos enemigos del hombre herido. Éstos ofrecen su ayuda, pero no lo hacen impulsados por sentimientos de bondad ni como muestra de haber perdonado las ofensas recibidas, simplemente lo hacen para demostrar su superioridad moral frente al enemigo. Finalmente, el quinto viajero representa a la bella persona, es decir, a aquel ser que es capaz de dar y darse a sí mismo de manera espontánea, sin miedo de sufrir agotamiento o pérdidas personales y sin necesidad de cuestionarse el porqué lo hace; simplemente es un hombre que reconoce las necesidades del prójimo e intenta cubrirlas al brindar su ayuda desinteresada. Para esta clase de personas, la caridad es un acto de Amor auténtico que se da de manera natural y que se desborda.

De manera que, hacer el bien por obligación es una forma de moral monástica, a partir de la cual el hombre busca “hacerse bueno”, mientras que el ser caritativo “se hace bueno” sin condiciones. Como señala Antonio Caso: “No se es bueno porque alguien lo quiere, sino que se es bueno porque se quiere serlo, porque se es bueno” (Caso: 118). Recordemos que, desde una concepción teológica, la virtud es algo que regala Dios, que otorga y que se manifiesta en las acciones con y para los otros. Así pues, la caridad no es un mandato, puesto que no implica dos actos de voluntad (uno que ordena y otro que obedece). No se lleva a la práctica por imposición, sino que se hace porque se quiere hacer y porque se tiene la libertad de llevarse a cabo.

Ahora bien, para analizar estas cuestiones en *Noches tristes y día alegre* podemos considerar que Lizardi enfatiza en el Amor caritativo mediante tres de sus personajes:

Teófilo, Dorotea y el Cura. Comenzaré con Teófilo, cuyo primer gran ejemplo de Amor caritativo aparece en la “Noche Segunda”.

Desde mi perspectiva, esta forma de amor se hace palpable cuando el protagonista se encuentra con Martín y su mujer, quienes, después de haber sufrido un asalto, yacen en condiciones lamentables —considero que esta parte de la novela se asemeja, en gran medida, al ejemplo de Schiller—. En esta situación presentada por Lizardi, la reacción de Teófilo es similar a la del quinto viajero, ya que, sin importar las preocupaciones personales que lo embargan, vemos cómo decide detenerse para ofrecer su ayuda a la infortunada pareja:

Teófilo. A mi derecha se escuchan los clamores. Subiré a la cima de esta loma por si descubro su desgraciado autor. Consuélate infeliz, seas quien fueres, que aunque inútil ya vuelo en tu socorro... Pero ¡qué miro! Un pobre hombre desnudo se deja ver desde aquí atado a un tronco. ¡Triste espectáculo! Ya él me vio y con la cabeza me llama. Bajaré...

¿Quién eres, desdichado?, ¿quién te ha puesto en tan amarga situación? Ya te desato. Consuélate. ¿Lloras?, ¿la voz se te anuda en la garganta? ¡Pobre de ti! Vamos, serénate, o llora si de este modo se desahoga tu pena. Ya estás suelto. Soy tu amigo; refiéreme tus aflicciones por si puedo servirte de algún alivio (Lizardi: 1818-1819, p. 446).

Aunque nuestro protagonista se sabe inútil, pues debido a las peripecias en las que se ha visto envuelto no cuenta con muchos medios para socorrer al matrimonio que se encuentra en desgracia, en ningún momento duda en solidarizarse con ellos, ni en ofrecer su ayuda desinteresada. Así, después de que Martín le refiere los sucesos acaecidos la noche anterior, y de ver las terribles condiciones en las que éste y su mujer se encuentran, Teófilo se despoja de lo poco que lleva consigo para remediar en algo su situación:

Martín. ¡Ah, buen señor! Yo soy un pobre que tengo un miserable ranchito a dos tercios de legua de este sitio, y me llamo Martín. Anoche vine con mi mujer a recoger a mis vacas para llevarlas al corral, y nos asaltaron unos ladrones; nos robaron las reses, nos golpearon y desnudaron, y después de esto, nos ataron a estos troncos.

Teófilo. ¿Y dónde está tu infeliz mujer?

Martín. Allí está, señor, que ni el consuelo de estar juntos nos permitieron. Miradla.

Teófilo. Es verdad. Toma, cúbrete y anda a cubrir y desatar a tu esposa...

Martín. ¿Qué hacéis, señor? ¿Vuestra manga rompéis?

Teófilo. Sí; toma tú la mitad, y con la otra cubre a tu mujer.

Martín. Esa manga está muy buena, es lástima que la destrozéis; aún os puede servir.

Teófilo. Jamás puede servir más dignamente. Anda.

Martín. Yo os agradezco, señor, esta fineza. Vuelvo (*Ibid:* 446-447).

El noble gesto que muestra Teófilo para con un par de desconocidos, nos habla de su carácter compasivo y de su buena voluntad. Además, lo importante de dicha acción no radica en el valor económico que pudiera tener la prenda en cuestión, sino en el interés que el protagonista muestra por el sufrimiento ajeno y el que brinde su ayuda tanto como le es posible.

Asimismo, Teófilo pone de manifiesto que la caridad no se expresa únicamente por medio de bienes materiales, sino que ésta tiene que ver también con el apoyo desinteresado que se brinda al prójimo en el momento en que más lo necesita. Así pues, en vista de que Martín está muy débil y de que Teodora se encuentra gravemente enferma, Teófilo decide acompañarlos hasta su casa e, incluso, se ofrece a ir a pie de buena gana, para que los otros puedan ir montados en sus animales:

Martín. (...) ¡Ay de mí!, que mi Teodora ha muerto.

Teófilo. No, infeliz, no ha muerto. Está desmayada y fría por la agua y aire frío que ha sufrido en toda la noche. Ya está suelta. Súbela sobre mi caballo y sube tú a la grupa para que la llevemos a tu casa.

Martín. Señor, la cargaré en mis hombros. ¿Cómo habéis de ir a pie entre tanto lodo?

Teófilo. No le hace; yo iré así de buena gana; importa mucho que no se pierda el tiempo. Sube y guía.

Martín. Sois un señor piadoso y compasivo.

Teófilo. Sólo hago lo que debo (*Ibid:* 447).

Teófilo no se vanagloria en ningún momento de sus acciones benévolas, pues considera que es obligación de todo hombre ayudar a aquellos que se encuentren en apuros, sin la esperanza de obtener nada a cambio. En este sentido, considero que la actitud generosa y desinteresada de este personaje nos remite a la idea kantiana de la comunitarista experiencia estética: “lo bello es el objeto de un placer desinteresado” (Kant: p. 70)² Y, en

² Es importante mencionar, que aunque no sea materia de mi análisis, retomo a Kant concretamente, en esta idea porque me permite explorar la parte “buena” del ser humano, desde otra perspectiva. Además por la

mi opinión, justamente es en ese aspecto donde radica la grandeza del ser caritativo, es decir, en su carácter espontáneo y gratuito, en el hecho de que no necesita ninguna explicación ni de una finalidad determinada para llevarse a cabo.

En ningún momento Teófilo se cuestiona el porqué de sus acciones en beneficio de los demás, todo lo contrario, pues, a pesar de estar pasando él mismo por una serie de dificultades, deja de lado sus preocupaciones personales y se ocupa en socorrer a los que solicitan su ayuda. Así pues, vemos que, aunque nuestro personaje siente la urgencia de continuar su camino para ir en busca de su familia, no es capaz de dejar desamparados a Martín y a Teodora, por lo que, cuando Martín le pide que permanezca en su casa al cuidado de su mujer, Teófilo accede, aunque eso signifique retrasar la búsqueda de sus seres queridos:

Martín. (...) Pero ¿veis, señor? Ya desde aquí se mira mi chocilla.

Teófilo. Es verdad. Aligera para que lleguemos pronto.

Martín. Sí haré, y luego que lleguemos descansaréis, señor, y me haréis caridad en esperarme y cuidar de mi Teodora mientras voy al pueblo, que está cinco leguas de aquí, a ver si viene el padre vicario y el médico.

Teófilo. Querría continuar mi camino; pero haré cuanto quieras a favor tuyo y de tu pobre esposa (Lizardi: 1818-1819, p. 477-478).

De acuerdo a lo ya expuesto me gustaría cuestionar hasta qué punto el hombre bueno se puede olvidar de sí mismo y dar todo espontánea y gratuitamente. Pues, si bien es clara la postura del autor en la caracterización de los personajes, en el contexto específico y ya delimitado, me gustaría dejar abierta la pregunta acerca de la estima de sí, del amor que tal vez en primera instancia debería salvaguardar la integridad de cada ser humano. Ante esta problemática podría considerar algunos otros factores al término de mi análisis, es decir al momento de las conclusiones.

Por otra parte, es un hecho que no todos los hombres practican la caridad. Esto lo podemos observar cuando Martín va en busca de un médico y de un padre vicario con el fin

trascendencia que ha tenido lo que el filósofo alemán expone en su segundo imperativo: “Obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo, y nunca solamente como un medio”. A la luz de esta idea, también se puede reflexionar en el ejemplo de Schiller antes mencionado. Kant, Immanuele. *Crítica del juicio*. Trad. Manuel García Morente. Madrid: Espasa Calpe, 1977.

de que asistan a su esposa Teodora, quien se encuentra al borde de la muerte, pero éstos se niegan a acompañarlo debido a que no cuenta con dinero suficiente para pagar por sus servicios. Martín le cuenta tristemente a Teófilo lo sucedido:

Martín. El médico no viene porque habiéndolo hallado en una hacienda lejos del pueblo, me pidió veinte pesos por la visita, y como no tuve para dárselos, se negó del todo.

Teófilo. ¡Qué cruel! Ese bárbaro, si acaso es médico y no un ignorante charlatán, se ha olvidado del solemnísimos juramento que hizo de asistir a los pobres cuando se examinó. ¿No le ofreciste nada absolutamente por la visita? Pues, en efecto, digno es el que trabaja de que se le pague su jornal en algún modo, y nadie debe darse por bien servido, pues todos comen de lo que trabajan.

Martín. Sí, señor; le ofrecí una vaca con su cría, que es lo mejor que me dejaron los ladrones.

Teófilo. ¿Y aun así no quiso venir?

Martín. No, señor.

Teófilo. Es un malvado. ¿Qué más habías de hacer que ofrecerle cuanto tenías? En ti esa oferta o ese premio valía tanto como si un rico le hubiera prometido su caudal, pues tú le dabas todo el tuyo. Bien dices que son los hombres crueles con los pobres (*Ibid*: 449-450).

La cita anterior me parece significativa, puesto que Fernández de Lizardi fue un hombre que, con los jansenistas, valoró positivamente el trabajo y así lo hace notar en esta parte de la novela. Consideraba que todos los trabajadores tienen derecho a un salario justo y criticaba a aquéllos que defraudan a sus empleados. Incluso, recordemos que nuestro autor estaba en desacuerdo con la esclavitud y afirmaba, entre otras cosas, que, para que el hombre pueda trabajar como es debido, es necesario que reciba un sueldo que retribuya su esfuerzo, pues aquél que trabaja sin percibir ningún beneficio, no puede hacerlo más que de mal modo. A continuación, me permito transcribir un pequeño fragmento de *El negro sensible*, obra teatral en la que Lizardi aborda precisamente este aspecto, donde, a través de Martina, expone el argumento de que es justo que todo hombre reciba un salario digno a cambio de su trabajo:

“MARTINA

Vaya, no me admiro
de que trabajen mal, porque sin premio
¿cuál es el criado que hace buen servicio?
Para mover el corazón del hombre

el interés es un resorte fijo,
 y sólo el bruto ha obrado por la fuerza,
 por natural instinto o apetito.
 Señale usted salario a sus sirvientes,
 y los tendrá contentos y aun activos;
 mas querer que trabajen solamente
 por una ruin comida es un delirio” (*Ibid*: 1813-1827, 291).

Pero, si bien es cierto que todo hombre debe percibir un beneficio económico a cambio de su trabajo, también es verdad que, en circunstancias ajenas a la dominación, se podría ayudar al prójimo sin esperar obtener alguna ganancia, pues eso es lo que implica el ser caritativo. En esta novela, se pone de manifiesto el hecho de que existen personas que no se compadecen de las desgracias de otros, pues, si aun aquéllos que por su profesión (en este caso, se refiere a los médicos y a los curas) deberían dar ejemplo de caridad —pues, más que una opción personal, se trata de una cuestión de ética o deontología profesional— no lo hacen, qué se puede esperar, entonces, de otros. Teófilo se cuestiona esta situación y hace una fuerte crítica al respecto:

¡Buen consuelo!, ¡excelente modo de cumplir con un cargo tan grave como el de cura de almas! La lástima es que el caso que me refieres no sea falso. ¡Ojalá fueran ponderaciones tuyas y no tuviera repetidos ejemplares este descuido tan notable! ¡Qué cosas! ¿Con que el padre vicario se excusa con lo pesado del camino, y el cura con que tiene vicario, y te dicen que la enfermedad no será nada y que vuelvas otro día? ¿Y si no da tiempo el mal, y el paciente se va sin confesión, qué cuenta darán a Dios de esas almas semejantes ministros indolentes? (*Ibid*: 1818-1819, p. 450).

Asimismo, el desapego de este personaje por los bienes materiales es evidente, pues no sólo destroza su manga para cubrir la desnudez de Martín y su mujer, sino que, como podemos ver más adelante, una vez ocurrida la muerte de Teodora, Teófilo se desprende de su reloj y se lo regala a Martín para que, con el dinero que obtenga de su venta, pueda darle sepultura al cadáver de su mujer:

Teófilo. (...) ¿Qué has pensado acerca de darle sepultura a este cadáver, pues la gangrena es terrible y lo corrompe cada momento más y más?

Martín. ¿Qué he de pensar, señor? No tengo un real, y es menester mucho para conducir el cadáver al pueblo y para pagar los derechos...

Teófilo. No te aflijas. Toma este reloj que es de oro y véndelo en el pueblo en lo que puedas, que bien tendrás para salir de esta aflicción; y para que no te dilates, ensilla mi caballo y vete; yo te espero; mas mira que no tardes, pues me importa continuar mi camino (*Ibid*: 456).

Podemos ver, entonces, que la caridad de Teófilo es auténtica (en el sentido que rige al cristianismo, tal vez de manera ideal) pues, aunque él mismo se encuentra en una situación desesperada, nunca duda en ayudar a aquellos que lo necesitan, con lo cual demuestra que, aún en los momentos adversos, es posible sentir compasión por el otro: ser caritativo. Según mi opinión, en eso radica el valor de la caridad, puesto que es fácil brindar ayuda cuando uno goza de una situación privilegiada, pero cuando uno mismo está padeciendo y, aún así es capaz de preocuparse y de ayudar a los demás, entonces, se da un verdadero testimonio de Amor caritativo. En lo que a esto respecta, Antonio Caso señala en *La existencia como economía, como desinterés y como caridad* que, por lo general, cuando se habla de caridad se piensa “en el alivio que recibe el débil por acción del caritativo; más no en la explosión de fuerza que implica el sentimiento de caridad, al vencer las resistencias del egoísmo y brotar del alma del fuerte” (Caso: 119). Así sucede en el caso de Teófilo, quien, aun en medio de sus desventuras, saca fuerzas de flaqueza para ofrecerse a sus semejantes “como centro de acción caritativa” (*Ibid*: 118).

Podemos ver, entonces, que el protagonista nunca demuestra pesar por ayudar a otros, sino que, por el contrario, su corazón se regocija cada vez que tiene la oportunidad de proporcionar algún beneficio a aquellos que sufren. En este sentido, podemos considerar que es el caso de un hombre ideal, ya que humanamente no es tan factible esta conducta. Por otro lado, vemos que este personaje alaba a los ricos que se dedican a favorecer a los miserables pues, aunque él mismo no siente apego por el dinero, reconoce que éste es de gran estima cuando se emplea en aliviar las penas de los hombres:

Teófilo. ¡Válgame Dios, qué alegre va el pobre de Martín con el reloj, y qué placer tan dulce se siente al hacer un beneficio! ¡Bien hayan los ricos que se dedican a favorecer a los miserables!, ¡bendito sea su dinero cuando se emplea en aliviar las desgracias de los hombres (Lizardi: 1818-1819, p. 456).

Otro importante ejemplo de Amor caritativo lo encontramos en el Cura. Este personaje habla acerca de la importancia que tiene la caridad y expone varias razones por

las que considera que el hombre debe practicarla. Por una parte, argumenta que el ser humano debe hacer el bien a sus semejantes como parte de un acto natural, dictado por la razón misma. Pero opina que, aunque esto no fuera así, debería bastarle con el hecho de que la caridad es el principal precepto que estableció Jesucristo ya que ésta, no sólo es agradable a Dios, sino también es benéfica al prójimo (discurso que resulta muy propio en boca de un personaje que aparece como representante de la religión católica). Menciona que otro aliciente para practicar la caridad estriba en la misericordia que el Señor promete a aquellos que, a su vez, sean misericordiosos. Sin embargo, considera que lo más importante es la satisfacción que proporciona el hecho de ayudar a los infelices, la cual tendría que bastar al hombre sensible:

—Amados sobrinos, cuando la razón natural no nos dictara lo justo que es hacer bien a nuestros semejantes; cuando la caridad con Dios y con el prójimo no fuera el mayor de los preceptos, y tan recomendado por Jesucristo como que en él consiste todo el cumplimiento de la ley, y por último, cuando el mismo Señor no nos hubiera prometido tantas veces tener misericordia con los misericordiosos y retribuirnos con el ciento por uno el favor que hagamos a los infelices, bastaría por suficiente premio y recompensa de una acción benéfica la dulce satisfacción que queda en el corazón del hombre sensible en el instante que favorece a un desgraciado (*Ibid*: 469).

De modo que, según sus propias palabras, la satisfacción que proporciona el ser caritativo sólo puede ser experimentada por aquel que lo lleva a cabo. No así el avaro que basa toda su felicidad en el placer que le brinda el dinero. En este aspecto, vemos que este personaje, al igual que Teófilo, valora el dinero tan sólo en la medida en que éste resulta útil para socorrer al desgraciado:

Satisfacción tierna que no conoce sino el que la experimenta por sí mismo, y placer dulce que no goza el avaro miserable que vincula toda su felicidad en el dinero. ¡Bello metal cuando se emplea en socorrer al desgraciado, pero maldito cuando se destina a fomentar el lujo y las pasiones (*Ibid*: 469).

El Cura pronuncia un largo discurso en el que explica a sus sobrinos la diferencia que existe entre ser benévolo y realizar grandes obras de beneficencia. Apunta que, para ser benévolo no es necesario tener dinero, sino que basta con el deseo de hacer el bien. Así pues, les da ejemplos de acciones en las que no se necesita invertir dinero para que sean

gratas a los ojos de Dios y bien recibidas entre los hombres, pues lo que realmente cuenta de dichas obras es la intención con la que se llevan a cabo:

Todo el que desea hacer bien y se compadece del mal de sus semejantes es benéfico, aunque no pueda realizar sus intenciones. El socorro, por corto que sea, y el buen deseo de hacer bien, es grato a Dios y bien recibido entre los hombres.

Fuera de que hay acciones de beneficencia que se pueden hacer sin dinero. Tales son los buenos consejos, los consuelos espirituales y temporales, la remisión de las injurias, las oraciones ofrecidas por el infeliz, y últimamente toda obra buena hecha a favor de nuestros semejantes; aunque sea dar un vaso de agua o quitar del paso una cáscara de fruta porque otro no se tropiece y caiga (*Ibid*: 470).

Asimismo, este personaje señala que el hecho de realizar grandes obras de beneficencia no garantiza que alguien sea o no benéfico, puesto que hay gente que las lleva a cabo sólo con el fin de quedar bien ante los demás o con la intención de comprar la misericordia de Dios a la hora de su muerte, misma que no supieron ganarse en vida por haber negado su ayuda a sus semejantes. Se expresa de esta manera:

Yo no entiendo cómo el que ha sido un mezquino eterno mientras vive, de repente se vuelva tan liberal en el instante de su muerte. Para desatar este enigma no tengo más arbitrio que persuadirme a que tales limosnas son violentas a más no poder, instigadas por los confesores, y como unos recursos tontos con que piensan comprar de Dios en la muerte la misericordia que no supieron usar con los pobres en la vida (*Ibid*: 471).

Sin embargo, afirma que hay hombres buenos que, a pesar de su miseria, son capaces de dar grandes muestras de Amor caritativo, pues la caridad estriba en la buena voluntad con que se hace el favor y no en el valor material del beneficio otorgado. Tal es el caso del sepulturero Alfonso y su familia, quienes, aun sin tener dinero, se comportan como buenos seres humanos y como buenos cristianos, pues auxilian a Teófilo en tanto les es posible:

¿Pero qué tengo que afanarme, queridos sobrinos, para explicaros estas verdades cuando os acaba de dar un testimonio de ellas el triste Alfonso y su miserable familia? Él es un desdichado, un pobre, un humilde sepulturero; y sin embargo, tiene un corazón benéfico. Lo habéis visto, Teófilo. Él os trajo sobre sus hombros desde el cementerio, os dio reposo en su pobre cama, dedicó a vuestro alivio a su familia y ejercitó con vos todos los oficios de la más caritativa hospitalidad. Todo

esto lo hizo sin dinero, y así cumplió con los deberes de hombre y de cristiano, y manifestó tener un corazón sensible y bondadoso sin haber gastado un real, porque no lo tiene (*Ibid*: 470).

En el capítulo anterior mencioné que existen actos que son considerados moralmente buenos y otros que son moralmente malos. A mi parecer, la cita anterior ilustra muy claramente en qué consiste un acto moralmente bueno, puesto que cumple con los tres requisitos para que pueda ser considerado como tal: bondad del objeto, bondad del fin y bondad de las circunstancias. Pues Alfonso, a pesar de su miseria, auxilia a Teófilo —con la mejor de las voluntades— en el momento en que éste se encuentra indefenso. No lo hace con el fin de obtener alguna recompensa, lo hace porque su corazón (no su razón) le dice que es su deber moral y de cristiano brindar su ayuda al viajero desfallecido.

Luego, podemos ver que el Cura exalta a aquéllos que dan limosa y que realizan actos benéficos en favor de los pobres sin esperar nada a cambio, pues sin importar el valor económico de la caridad, el simple hecho de llevarla a cabo es agradable a los ojos de Dios. No así aquellas caridades que se hacen de manera forzada o a orillas de la muerte, con el único fin de obtener la gracia divina, así como la redención de los pecados, sobre todo si en vida se fue por demás avaro. Pienso que, en ese sentido, podría decirse que, aunque dar caridad es un acto moralmente bueno en cuanto a su objeto, se convierte en un acto moralmente malo en tanto que el fin (no apunta hacia el bien de otros, sino al del propio individuo) y las circunstancias (se lleva a cabo únicamente ante el temor que produce la cercanía de la muerte y no por verdadera convicción) no son las correctas.

Por otra parte, el Cura muestra su gran generosidad al hacer herederos de todos sus bienes a Teófilo y su familia y, con tal ocasión, aprovecha para recomendarles que, sin importar la suerte en que se encuentren, procuren hacer el bien a sus semejantes:

Últimamente, hijos míos, yo deseo que mi discurso os sea útil así como os ha sido prolijo. Yo deseo que seáis benéficos en cualquier suerte. Dueños sois de cuanto tengo. Compensad a estos pobres que os han favorecido. Dorotea, tú tienes las llaves de mis cofres, dispón a tu arbitrio y socorre con caridad y prudencia a los que han socorrido a tu marido (*Ibid*: 472).

Si tomamos en cuenta que la postura desde la que hablan estos personajes es meramente católica, podemos entender que, para ellos, la caridad sólo resulta válida cuando

se practica de corazón, tal como lo expresa Dorotea cuando agradece a su tío los favores que les ha dispensado a ella y a su familia, así como el modo generoso y amable con que lo ha hecho. Sin embargo, este personaje critica, también, la forma errónea con que algunos ejercen la caridad:

—Señor, yo estoy absorta y no sé cómo darle a usted gracias, no tanto por los favores que tan pródigamente nos ha dispensado, cuanto por el modo y cariño con que nos los hace. Ciertamente que yo he visto muy mal practicada la caridad por muchos, que aun cuando dan algo por Dios, es tan malo, de tan mala gana, con tal modo y tales circunstancias y requisitos, que más parece que venden el favor, que no que socorren una necesidad (*Ibid*: 480).

Además, la caridad pierde toda validez cuando no se realiza de manera sincera y desinteresada. A este respecto Dorotea menciona varios casos de falsa caridad en los que el favor hecho resulta ser más perjudicial que benéfico:

Dorotea. (...) He visto que el pan duro, los frijoles acedos y lo que no quiere comer el perro, se lo dan en muchas partes a los pobres, y quedan muy satisfechos de que los han socorrido, cuando tal vez han sido causa de que los infelices se enfermen.

En otras partes tienen la santa devoción de enviar al hospital de San Lázaro la ropa y colchón del que murió de tisis, de gálico o de otra enfermedad maligna y contagiosa; y dicen que les envían aquella pestilencia a los miserables enfermos *de caridad*. ¡Desgraciados! Harto tienen que sufrir y padecer con sus malos humores; ¿aún es fuerza envenenarles más la sangre *por caridad*?

Semejantes limosnas me parecen perdidas ante Dios. ¿Cómo ha de apreciar este Señor que se les dé a sus pobres, lo que no sirve, lo que nos es gravoso y lo que no debe tener otro destino que el muladar o el fuego? (*Ibid*: 480-481).

Puesto que en la religión católica el precepto de la caridad nos impulsa a amar a Dios sobre todo y a los hombres como a nosotros mismos, entonces, ¿cómo será posible demostrar ese Amor si sólo estamos dispuestos a dar lo peor de nosotros mismos y de nuestras casas?

El Cura considera que tales actos no pueden considerarse como caritativos y reprocha a aquéllos que ofenden a Dios con su hipocresía y su falsa caridad. De modo que, es evidente que nuestro autor se vale de este personaje para reprobar la conducta de

aquellos que, aunque se hacen llamar cristianos, eluden el compromiso de socorrer al necesitado, pero que tranquilizan su conciencia al ofrecer los desperdicios de sus casas:

Malditas son tales caridades, y hechas con advertencia, yo las tendría por unos descarados sacrilegios, pues es insultar a Dios dar a los pobres, a su nombre, lo que es preciso tirar por la ventana. Ésta no es limosna ni puede llamarse caridad, sino mezquindad, ruindad, hipocresía. Esto es querer engañar a Dios y comprar sus misericordias con basura (*Ibid*: 481).

Dorotea, a su vez, demuestra que la única razón por la que el dar dinero le resulta apreciable es en tanto que éste puede servir para socorrer la miseria de otros:

Dorotea. (...) ¡Dichosos los ricos, que pueden hacer caridades como quieran, y feliz el dinero que se derrama en el seno de la miseria! Yo le aseguro a usted que jamás he deseado el oro ni la plata sino para socorrer a tanto miserable que, como Lázaro, apetece los desperdicios de las casas (*Ibid*: 483).

En el siguiente diálogo, podemos apreciar que tanto Dorotea como el Cura son congruentes en cuanto a lo que dicen y hacen pues, no sólo hablan acerca las bondades de la caridad, sino que se complacen en practicarla:

Cura. Y así no es disculpa no tener riquezas para no ser caritativo; un pedazo de pan que dé un pobre a otro, será tan premiado, o más, que el peso que le dé un rico; porque Dios no atiende a la cantidad de la limosna, sino al espíritu con que se hace.

Dorotea. Yo me alegro de que sea usted tan piadoso en obras y palabras, porque así me atreveré a hacer a usted una súplica, a favor de una pobre familia.

Cura. Di lo que quieras, porque ya sabes cuánto me complace hacer tal cual beneficio a los necesitados (*Ibid*: 484).

No obstante, bien es sabido que existen personas que únicamente aparentan condolerse de las desgracias ajenas, y que sólo ofrecen su caridad hasta el momento en que saben que su ayuda ya no será necesaria. En la novela, podemos ver que tales fingimientos no le son desconocidos a Dorotea, pues ésta afirma que cuando anduvo sola y errante por los caminos en busca de su esposo, no encontró en el pueblo las mismas “almas grandes” que se presentaron ante ella, una vez que fue por todos conocido su parentesco con el Cura

y su nueva ventura económica. Aunque de manera respetuosa, Dorotea no deja pasar la oportunidad de poner en evidencia tales hipocresías:

Después que el tío refirió las aventuras que habían pasado, todos se condolieron o aparentaron condolerse de sus desgracias, especialmente de las que padeció Dorotea, a quien prodigaban rendimientos y ofertas. Bien conocían los buenos amigos que al lado del cura no necesitaba de sus bienes, y por eso se los ofrecían con tanto empeño.

No se le escondió este fingimiento a Dorotea, y así les dijo: —Señores, yo doy a ustedes mil gracias por la buena voluntad que tienen de servirme, y se conoce que este pueblo abriga almas grandes capaces de socorrer a los desgraciados; pero yo lo fui tanto, que la noche que pasé por aquí sola y con estos tiernos niños, no hallé semejantes piadosos, si no fue una infeliz, en cuya casita me hospedé, y se llama la tía Mariana. Esta pobre vieja fue mi único consuelo y mi singular bienhechora (*Ibid*: 487).

Por otro lado, podemos ver que, una vez obtenida la aprobación del Cura para disponer de sus cofres, Dorotea se convierte en la caridad personificada, como su mismo nombre lo indica, en un “regalo de Dios”. De modo que, sin demoras, procede a resarcir los favores recibidos, no sólo con dinero, sino concediendo beneficios según las necesidades de cada uno de sus bienhechores. Así se expresa doña Teresa (mujer que acompañó a Dorotea en la búsqueda de su marido), quien agradece la forma en que ésta la ha favorecido:

—(...) ese cura es muy caritativo, y la niña Dorotea su sobrina y mi amiga, es un ángel..., pobrecita... Dios le dé el cielo por lo piadosa que es. Ella le ha rogado por mí a su tío, y han quedado en que me vaya a vivir con ellos a su casa. ¿Qué te parece, niña, no es ésta una gran fortuna? Bendito sea Dios que ya no veré a mi hija sirviendo, sino que la tendré a mi lado hasta mi muerte, y después de ella me quedará el gusto de que a mi hija no le faltará nada mientras vivan los señores, pues así me lo ha prometido la niña Dorotea (*Ibid*: 488).

De modo que, si bien es cierto que para los católicos (y, en este caso, también para Liazrdi, puesto que esa es la postura que refleja en esta novela) la caridad debe hacerse indiscriminadamente, también es verdad que debe ejercerse con prudencia y con medida, tal como aconseja el Cura a Dorotea, cuando ésta no sabe cuál será la forma adecuada de mejorar la suerte de una humilde familia:

¡Ay, tío!, ¿qué hiciéramos para mejorar la suerte de esta familia virtuosa y desgraciada?

Cura. Hija, tú discúrrelo, aconséjate con ellas mismas y haz lo que te parezca conducente a su alivio; pero con prudencia; porque la caridad no consiste sólo en dar, sino en dar con orden. La prudencia debe guardar el orden de nuestras operaciones para que sean justas y arregladas (*Ibid:* 491).

Resulta evidente la bondad e interés con que Dorotea busca mostrar su agradecimiento a todos aquellos que le brindaron su ayuda en los momentos adversos, con lo cual demuestra que no sólo es caritativa, sino que se preocupa por encontrar el modo más conveniente de ayudar a cada uno. Por otra parte, el consejo que le da su tío, el Cura, habla de la prudencia y la justicia que debe mediar en la práctica de la caridad.

A propósito de esto, me gustaría mencionar que el Amor y la justicia deben ir de la mano. Es decir, en la impartición de la justicia debe mediar el “Amor”, porque la justicia responde a leyes, normas y reglas impuestas por el Estado que, generalmente, no atienden de manera individual cada caso. De ahí que, para que la justicia no se convierta en un acto cruel, vengativo e, incluso, impersonal, necesita de la mediación del Amor. Es decir, para que la práctica de la justicia sea equitativa y prudente, se necesita apelar al Amor, ya que éste estimula la sensibilidad humana y, por lo tanto, es posible tomar decisiones más acertadas.

Por otra parte, retomando el curso de la novela, sabemos por boca de la tía Mariana de los múltiples beneficios que Dorotea les otorga a quienes, a su vez, la socorrieron. A pesar de que la participación de este personaje es mínima, resulta de gran importancia, pues sirve para ejemplificar aquella idea que aparece de manera tan recurrente en el texto, acerca de que la caridad encuentra su principal fundamento en el Amor y en la buena disposición con que se ejerce y no en las riquezas materiales.

—¡Jesús!, decía tía Mariana ya más fresca; si esa niña no puede ser mujer, sino la misma caridad andando. Antenoche, en el pueblo donde durmió, hizo feliz una familia que la hospedó en su casa; ayer ha hecho feliz para siempre a una parienta mía y a su niña, y hoy me ha socorrido como usted ve. En fin, ella es un ángel, muy piadosa, y no puede ver una miseria sin sentirla y socorrerla (*Ibid:* 490).

Dorotea se muestra agradecida con las familias que la socorrieron, por lo que les procura una forma de vida honrada y estable. Sin embargo, el generoso proceder de este

personaje se hace noticia en el pueblo, de manera que, cuando Dorotea menos se lo espera, se ve rodeada de una muchedumbre de cojos, ciegos y mendigos que reclaman su ayuda. El cura, al advertir la turbación de su sobrina, toma cartas en el asunto:

Éste, que interiormente se complacía con la bondad y modestia de su sobrina, viéndola tan apurada, la tomó del brazo y le dio a Teófilo diez pesos para que los cambiase por dinero menudo, y los dejase a la nueva arrendataria del mesón, para que los repartiese a aquellos pobres a proporción del conocimiento que tenía de sus miserias (*Ibid*: 493).

En este punto, me gustaría retomar un aspecto importante que Felipe Reyes señala en el Prólogo a esta novela:

Y viene a resultar muy significativo, en términos sociales, el modo en que [los personajes] proceden a dar caridad. Los primeros sujetos acreedores a su atención son aquellos que han pertenecido a su misma clase social —al estrato criollo al que pertenecía el propio Lizardi—, pues los criollos son especialmente dignos de compasión porque, al caer en desgracia, la dignidad lastimada de su nacimiento constituye un dolor añadido a la pobreza (...) A dos familias de la condición descrita les procuran nuestros caritativos héroes una forma segura de vida u ocupación estable. Como si El Pensador dijera, parafraseando el refrán, que *la caridad empieza por la conciencia de clase*. Pero la cadena podía prolongarse y amenazar el bienestar propio... (Reyes: XXXVI).

Con esto se reafirma la idea de que la caridad debe repartirse con prudencia pues, de lo contrario, cualquier fortuna, por grande que sea, terminará por consumirse

A través de sus personajes, Lizardi expone varios ejemplos de acciones caritativas, así como también denuncia todas aquellas obras que se realizan en nombre de la caridad, las cuales, sin embargo, están impulsadas por motivos triviales, tales como la necesidad de reconocimiento público o el satisfacer la vanidad personal.

De modo que, en esta novela, se puede apreciar que el Amor caritativo es una de las principales virtudes que puede observar el ser humano. Desde la perspectiva cristiana, la caridad no sólo es benéfica al prójimo, sino que resulta grata a los ojos de Dios, siempre y cuando se haga con buena voluntad y sin ningún interés de por medio.

En mi opinión, lo que plantea Lizardi es que, sin importar cuál sea la posición en la que se encuentre el ser humano —ya sea que goce de una situación privilegiada o que se

encuentre en medio de la desgracia—, éste debe poner todo su empeño en ayudar al prójimo y mostrar su amor a través de la caridad. Por otro lado, si bien es cierto que el Amor caritativo exige sacrificios, el hombre que realmente decida ponerlo en práctica no se detendrá ante ellos.

Si recordamos que, desde una perspectiva teológica, es Dios quien ejemplifica las virtudes que debe tener el hombre (entre ellas la virtud de la caridad), entonces puede decirse que, a pesar de los obstáculos que deba enfrentar, el ser humano cuenta con la ayuda de Dios para superarlos. Sin embargo, considero que no debemos olvidar que la grandeza de la caridad radica en la forma en que el hombre bueno se esfuerza por hacer a un lado el egoísmo natural del ser humano, para poder entregarse de manera generosa a sus semejantes, sin esperar nada a cambio y sin temor de sufrir agotamiento o pérdidas. La caridad, pues, consiste en salir de uno mismo y brindarse a los demás de manera franca y generosa. No obstante, el hombre es libre e imperfecto, deambula permanentemente entre la bondad y la maldad, entre la virtud y el vicio; quizá haya quien tienda más hacia el bien, o viceversa, por esto es importante tomar en cuenta que lo totalmente bueno o malo no existe en la Tierra. La caridad, por lo tanto, sólo podrá ser palpable en la medida en que se practique debido a la libertad con que se lleva a cabo.

CONCLUSIONES

Como se ha podido observar a lo largo del presente trabajo he ido dando conclusiones parciales de cada capítulo analizado, por lo que considero que, en este apartado, únicamente será necesario hacer un resumen general. Con el fin de exponer las conclusiones finales de manera breve, así como para mantener un orden de ideas, he decidido presentarlas a manera de incisos.

Por lo que se refiere a los antecedentes literarios de *Noches tristes y día alegre* observo:

- a) Que esta novela parte de la imitación de las *Noches lúgubres* del escritor español José Cadalso y Vázquez, lo cual señala el mismo Lizardi al inicio de su obra.
- b) Que, debido a sus características, ambas novelas han sido consideradas como precursoras del romanticismo español e hispanoamericano, respectivamente.
- c) Que, aunque son notorias las similitudes que guardan ambos textos entre sí —esto en cuanto al despliegue dialógico que presentan, a los ambientes de tipo romántico y a la intervención de personajes análogos—, también es un hecho que la novela mexicana difiere de la española en tanto que la nuestra tiene un fondo predominantemente cristiano, específicamente católico, que contrasta con la postura ateísta que encontramos en el texto cadalsiano.
- d) Que, al añadir el “Día alegre”, Lizardi le otorga una polaridad positiva a su novela (rasgo ilustrado) que contrasta con la constante negación que encontramos en las *Noches lúgubres*.

En cuanto al género de la obra puedo deducir lo siguiente:

- a) Que, aunque su estructura resulta peculiar debido a que presenta varios aspectos que la aproximan al género dramático —tales como el despliegue dialógico que se establece entre los personajes, la descripción detallada de los espacios (a manera de escenarios) y la apariencia de que la obra está dividida en forma de escenas, más que de capítulos—, en realidad pertenece al género novelístico, puesto que Lizardi

le otorga una importancia fundamental a la anécdota, además de que las convenciones espacio-temporales que el autor maneja serían difíciles de ser representadas sobre la escena, ya que pertenecen a un contexto predominantemente narrativo.

- b) Que la dramatización de la obra, a partir del uso de la forma dialogada, más que remitirnos al arte teatral resulta ser un elemento arbitrario que ayuda a que el autor economice explicaciones respecto al carácter de sus personajes, puesto que éste se va dando a conocer por sí solo mediante las acciones que éstos llevan a cabo.
- c) Que la forma monologada que encontramos en el texto responde a aquellas exclamaciones propias de la novela del siglo XVIII y principios del XIX, donde el personaje nos comunica sus pensamientos al meditar en voz alta, pero también puede corresponder a la técnica empleada en el monólogo dramático convencional, por lo que este recurso constituye una más de las peculiaridades genéricas de la obra.
- d) Que el uso del monólogo se limita al protagonista.
- e) Que, gracias a este recurso, no sólo podemos conocer el contenido mental del personaje, sino que esta técnica permite al autor extenderse en largas disquisiciones en las que nos comunica su postura, respecto a diversos temas, en boca del protagonista de la novela.

En lo que respecta a los posibles motivos por los cuales Lizardi recurre al género novelístico, infero:

- a) Que, debido a que la libertad de imprenta era controlada en tiempos de nuestro autor, éste decide incursionar en el género novelístico con el fin de transmitir su postura liberal y su afán didáctico de un modo más seguro, es decir, de una manera en que su integridad personal no quede tan expuesta como sucede en el periodismo, pues, amparado en el carácter ficticio de la novela, tiene la posibilidad de exponer sus ideas en boca de sus personajes o de un narrador y, al mismo tiempo, mantenerse alejado de las iras de la censura.

- b) Que Lizardi recurre a la novela, no sólo con el fin de componer sentencias y reglas de moral, así como de emitir juicios personales sobre el mundo, la vida o la sociedad en la que se encuentra inmerso, sino también porque el carácter ficticio de la novela le permite realizar críticas más severas tanto a las instituciones civiles como eclesiásticas, sin hacerse acreedor a terribles escarmientos de la tiranía colonial.
- c) Que es notorio y sintomático que Fernández de Lizardi haya incursionado en este género, justamente entre los años de 1815-1820 (período que abarca la totalidad de su producción novelística), ya que, por aquel entonces, la libertad de imprenta había sido suspendida (de 1812-1820). Por lo tanto, resulta sugestivo que, casi al final de la lucha de independencia y una vez reinstaurada la libertad de imprenta (19 de junio de 1820), Lizardi no vuelva a escribir novela alguna y, en cambio, retome lo que parecen haber sido sus géneros favoritos: el periodismo y los folletos.
- d) Que su incursión en la novela resulta notable e importante pues, además de proporcionarnos una clara muestra acerca de las cualidades literarias de este escritor, nos permite conocer su postura, respecto a los acontecimientos narrados, así como su habilidad para darla a conocer por medio de la ficción.

Respecto al tema del Amor, señalo:

- a) Que éste aparece de manera recurrente en la novela, por lo que considero que su importancia en el desarrollo de la trama y en la caracterización de los personajes es fundamental.
- b) Que, debido a que no existe una definición universal que pueda precisar el significado del Amor, decidí llevar a cabo mi análisis con base en la tradición griega, por dos motivos principales: por una parte, porque el Amor fue adaptado por los hebreos que marcharon a Grecia e influyeron en la cultura cristiana de Roma. Y, por otra, porque considero que la cultura grecorromana ha sido decisiva en el desarrollo de las sociedades occidentales y, en particular, en la novela lizardiana en cuestión.

- c) Que la definición de Amor que utilizo en este trabajo es aquella que proviene de los órficos y, posteriormente de Platón, quienes dejaron de considerarlo únicamente como un deseo apasionado por el otro, y que lo relacionaron con el aprecio o afecto por el género humano y por lo “divino”. Se trata de *Eros* acompañado de *Philia*, es decir, ese tipo de Amor que puede o no estar relacionado con el sexo, pero que va fuertemente unido al sentimiento y que, por lo tanto, puede ir dirigido no sólo a la pareja, sino también a los hijos, al prójimo o a Dios.
- d) Que la novela plantea, en suma, el Amor fraternal y divino. Esto a partir de las acciones de los personajes, mediante las cuales se presentan los diferentes tipos de Amor que existen, así como algunas de las diferentes formas en que éste puede manifestarse.
- e) Que es de resaltar que en esta novela, de carácter evidentemente cristiano, Lizardi deja de lado la alabanza del cuerpo, tan presente en la Biblia, —particularmente en el *Cantar de los cantares*—. Es decir, el Amor carnal no es abordado en el texto.

Del capítulo titulado *Filía*, destaco los siguientes aspectos:

- a) Que este tipo de Amor constituye uno de los principales motores que rigen las acciones de varios personajes de la novela, pues éste aparece como un impulso, como un aliciente que ayuda a sus miembros a hacer frente a las vicisitudes que se les presentan.
- b) Que el Amor a la familia (metáfora social) resulta sumamente importante, puesto que, para Lizardi, ésta es la piedra angular del entramado social, ya que al ser la responsable de la correcta o incorrecta formación del individuo, ejercerá una influencia decisiva en su comportamiento futuro, tanto en el ámbito personal como en el comunitario.
- c) Que, al ser el constituyente básico de la sociedad, es necesario que la familia tenga una organización jerárquica, según la opinión, acorde con su época, de nuestro autor, donde la cabeza está representada por el padre. En esta novela, vemos cómo la responsabilidad sobre el bienestar y cuidado de los miembros que la integran recae en los padres.

- d) Que, para Lizardi, la función primordial de la mujer adulta es encargarse de organizar y hacer placentera la vida en familia. A partir de la caracterización de Dorotea y de las acciones que ésta lleva a cabo, puedo deducir que la idiosincrasia lizardiana sobre la mujer casada y fértil es que se dedique a su marido, a su hogar y que aprenda a criar y educar a los hijos.
- e) Que los hijos que reciben buen ejemplo de sus padres se comportan de manera dócil y afectuosa, como es el caso de los hijos de Teófilo y de las hijas del Sepulturero. No así aquéllos que únicamente han recibido de sus progenitores ejemplos de codicia y maldad, tal como Rodrigo quien, debido a la “mala” educación que recibió de su padre termina por convertirse en un ser humano resentido que incluso llega al extremo del parricidio.
- f) Que Lizardi presenta en su novela una serie de familias que se mantienen unidas por el Amor pues, a pesar de la miseria o de las adversidades que les acometen, conservan el vínculo amoroso y, frente a todas las carencias y vicisitudes que deben enfrentar, resaltan los lazos de Amor y solidaridad que existen entre cada uno de sus miembros.

Las conclusiones que puedo señalar respecto del Amor al prójimo son:

- a) Que este tipo de Amor puede ser considerado como un acto de filantropía, pero también es religioso, puesto que su modelo es imitar el Amor mismo de Dios hacia sus criaturas.
- b) Que, según la religión católica, el Amor al prójimo establece un vínculo radical entre todos los seres humanos, sin que por esto se desconozcan sus diferencias pues, a pesar del origen, sexo o condición social a la que pertenezcan, existe una hermandad debido a la común filiación al mismo Padre.
- c) Que este Amor no puede ser impuesto, sino que el hombre, haciendo uso de su libre albedrío, puede decidir si desea o no ponerlo en práctica.
- d) Que es posible relacionar el concepto de *prójimo* que se plantea en la novela con el de *personalismo*, propuesto por Emmanuel Mounier, el cual sugiere que la vida en comunidad dio paso a un despertar de la persona, es decir, a un personalismo donde

el quehacer humano constituye una parte decisiva en cualquier proyecto de civilización (centrada en la persona), cuya característica principal debe radicar en su generosidad.

- e) Que esa generosidad propia de la persona humana vincula directamente al reconocimiento del prójimo, que se conoce desde la predicación cristiana, la cual pretende formar seres capaces de despojarse y de entregar el don dar al otro.
- f) Que, en esta novela, la responsabilidad moral que tiene el hombre cristiano para con el prójimo bien puede ser equiparada con la responsabilidad social que debe tener todo ciudadano para con el otro y para con su patria. De ahí, la importancia de tomar en cuenta el contexto histórico en que se inserta *Noches tristes y día alegre* (1818-1819), el cual nos remite al México de principios del siglo XIX que se encuentra próximo a lograr la consumación de su independencia de la corona española, por lo que es necesario que sus habitantes trabajen en conjunto para lograr construir su identidad, así como un país libre y autónomo. El hecho de que Lizardi exponga en su novela este tipo de Amor me parece sumamente importante, pues me remite a esa parte de su ideología que habla de la necesidad de que los hombres estrechen lazos entre sí para hacer posible no sólo una vida mejor en comunidad, sino también la conformación de una república.
- g) Que Lizardi configura una serie de personajes que más que demostrar este tipo de Amor con palabras lo hacen por medio de los hechos. Sin importar la condición social a la que pertenezcan, son hombres y mujeres conscientes de su obligación moral de socorrer al necesitado, no únicamente con dinero o bienes materiales, sino también brindando consuelo, apoyo, cuidados... De manera que nuestro autor exalta a aquellos que anteponen las necesidades del prójimo a las propias, mientras que descalifica la indiferencia que cierto tipo de personas muestra ante el sufrimiento ajeno.
- h) Que las acciones impulsadas por este tipo de Amor no deben limitarse únicamente al núcleo familiar, sino que deben extenderse a todos aquellos que nos rodean, puesto que el Amor al prójimo se caracteriza por su falta de exclusividad.
- i) Que, a partir de las acciones que llevan a cabo los personajes, concluyo que, para Lizardi, el Amor al prójimo no debe limitarse a una praxis de convivencia, sino que

debe constituir una relación esencial entre seres humanos en la que prevalezca la ayuda mutua y desinteresada.

Con respecto al capítulo dedicado al Amor a Dios/ Amor de Dios para con el hombre concluyo:

- a) Que, así como el sentimiento del Amor se manifiesta entre los seres humanos (*filia*), puede también apuntar hacia lo divino.
- b) Que, según la fe cristiana, Dios es un Ser omnipotente, misericordioso y lleno de bondad que ama a todas sus criaturas, por lo que les ofrece bienes, en especial al ser humano, su creación predilecta. El hombre, por lo tanto (y bajo esta perspectiva), debe mostrar su Amor a Dios en todo momento, y la posibilidad más directa que tiene para hacerlo es mediante sus actos, con los cuales buscará honrar al Señor y agradecer los infinitos dones que recibe de Éste.
- c) Que Dios, a su vez, ama a sus hijos y no decreta ningún mal para ellos, sino que el mal proviene de los mismos actos erróneos del hombre libre.
- d) Que, si bien Dios podría intervenir para librar al ser humano de todas sus desdichas, no lo hace por respeto al libre albedrío que le otorgó desde el momento en que le permitió ser una criatura distinta del Creador (Éx. 3).
- e) Que la responsabilidad que deriva de los actos del hombre recae plenamente en este último, puesto que Dios le dotó de entendimiento y le permitió el libre albedrío para que pudiera discernir por sí mismo entre aquello que es correcto y aquello que no lo es, y, con base en su propio criterio, fuera capaz de tomar sus propias decisiones.
- f) Que la divina providencia es uno de los temas centrales de esta novela, la cual es presentada como un testimonio de la bondad divina y del Amor de Dios hacia los hombres.
- g) Que, a partir del contenido del texto, resultan evidentes las fuertes convicciones religiosas y el gran apego de Lizardi por el dogma católico, ya que nuestro autor exalta, en todo momento, las excelencias y bondades de su religión.
- h) Que es claro el interés del autor por dar a conocer la necesidad de que el ser humano reciba una correcta enseñanza en el aspecto moral y religioso, pues sólo a partir de

esto tendrá la posibilidad de conducir su vida por el camino de la virtud y alejarse todo lo posible de los vicios mundanos. De ahí que exponga continuamente los múltiples beneficios que Dios proporciona a aquéllos que le siguen y tienen temor de Él.

- i) Que incluso el hombre más justo y amante de Dios puede llegar a flaquear ante la adversidad y, por lo tanto, poner en duda el Amor del Padre y cuestionar sus designios y enseñanzas sobre el bien.
- j) Que es obligación de todo hombre recapacitar acerca de sus errores y tratar de superar sus debilidades.
- k) Que, en los momentos más adversos, el único refugio con que cuenta el ser humano es la religión, así como la seguridad que ésta le proporciona acerca de que existe un Dios que le ama y que vela por él en todo momento a través de su Divina Providencia.

Respecto al Amor caritativo deduzco:

- a) Que, en la actualidad, la palabra “caridad” tiene que ver con la filantropía que fue idealizada como Amor divino.
- b) Que es un acto de Amor que se expresa en la generosidad, puesto que busca siempre la convivencia afectiva con el otro, sin atender a ningún tipo de prejuicios ni de exclusiones; tampoco de pragmatismos.
- c) Que, según el catolicismo, no sólo es agradable a Dios, sino también benéfica a los hombres.
- d) Que es un acto que responde al juicio personal de cada individuo. Es decir, que surge de manera espontánea y no como una obligación impuesta, ya sea por la religión o por la sociedad misma.
- e) Que sólo puede demostrarse a partir de actos concretos, cuyo único fin sea ayudar a todo aquel que lo necesite, sin la pretensión de obtener beneficio alguno.
- f) Que el valor de la caridad no estriba en el valor económico del beneficio hecho, sino en la buena voluntad con que éste se haga.

- g) Que, aún en los momentos adversos, el ser humano es capaz de sentir compasión por sus semejantes y dar grandes muestras de Amor caritativo.
- h) Que la importancia de la caridad no radica en el alivio que recibe el débil por parte del hombre que la practica, sino en la fuerza que implica este sentimiento cuando brota de este último.

De manera que, como ha podido observarse en el desarrollo del presente trabajo, el Amor encuentra diversos receptores, así como múltiples formas de manifestarse.

En *Noches tristes y día alegre*, Lizardi presenta varios ejemplos de Amor, los cuales van desde la filía, que comprende el Amor nupcial, a los hijos y a la familia; el Amor al prójimo que se manifiesta por medio de la ayuda mutua y desinteresada, el cual (en el contexto lizardiano) bien puede relacionarse con la búsqueda del bien común para beneficio de la nación; el Amor a Dios, que sólo puede ser demostrado a través de actos concretos, así como las múltiples formas en que Dios, a su vez, expresa su Amor por el género humano; y, por último, del Amor caritativo, el cual encuentra su principal fundamento en la religión católica y que consiste en la generosidad espontánea que es capaz de mostrar el ser humano para con sus semejantes.

Es de resaltar que en esta novela de carácter evidentemente cristiano, la alabanza del cuerpo, tan presente en la Biblia —particularmente en el *Cantar de los cantares*—, está ausente, pues Lizardi deja de lado el Amor carnal y únicamente se concentra en los diferentes tipos de Amor antes mencionados.

A partir de las acciones de los personajes que Lizardi presenta en el texto, puedo deducir que el Amor es una serie de metáforas que da paso a distintos valores, tales como la compasión, la piedad, la generosidad, la justicia, la humildad. El ser humano, gracias a su libre albedrío, tiene la posibilidad y la capacidad de elegir entre el bien y el mal. Y, puesto que el hombre puede inclinarse en mayor o menor medida hacia el bien o hacia el mal, el hecho de que se esfuerce por hacer el bien no sólo a sí mismo (amor centrípeto), sino también en función del bien común (amor centrífugo), habla de la capacidad que, como *persona*, tiene para dar y darse de manera generosa a los demás.

En conclusión, el Amor se define como un juego de metáforas, de valores, que se reconoce sólo a través de su práctica.

BIBLIOGRAFÍA

DIRECTA:

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín, *Obras IX-Novelas. El Periquillo Sarniento (tomos III, IV y V), Noches tristes y día alegre*, (1818-1819), ed., notas y pról. de Felipe Reyes Palacios, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1982 (Nueva Biblioteca Mexicana, 87).

—, *Obras II-Teatro*, (1813-1827), ed. y notas de Jacobo Chencinsky, pról. de Ubaldo Vargas Martínez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1965 (Nueva Biblioteca Mexicana, 8).

—, *Obras III-Periódicos. El Pensador Mexicano*, (1812-1814), recop., ed. y notas de María Rosa Palazón Mayoral y Jacobo Chencinsky, presentación de Jacobo Chencinsky, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1968 (Nueva Biblioteca Mexicana, 9).

—, *Obras VI-Periódicos. Correo Semanario de México*, (1826-1827), recop., ed., notas y presentación de María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1975 (Nueva Biblioteca Mexicana, 49).

—, *Obras VII-Novelas. La educación de las mujeres o La Quijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencias de novela, Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*, (1818-1819) (5 vol. 1831-1832), recop., ed., notas y est. prel. de María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1980 (Nueva Biblioteca Mexicana, 75).

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín, *Obras XI-Folletos*, (1821-1822), ed., notas y presentación de Irma Isabel Fernández Arias, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1991 (Nueva Biblioteca Mexicana, 104).

—, *Obras XIII-Folletos*, (1824-1827), recop., ed., notas e índices de María Rosa Palazón Mayoral e Irma Isabel Fernández Arias, pról., de María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1995 (Nueva Biblioteca Mexicana, 124).

La Biblia. Latinoamérica. Nuevo testamento. Edición pastoral, Madrid, Verbo Divino, 2002.

INDIRECTA:

ALBORG, Juan Luis, *Historia de la Literatura Española. Siglo XVIII*, t. III, Madrid, Gredos, 1978.

ARANGUREN, José Luis, *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, Madrid, Alianza, 1980 (El Libro de Bolsillo, Sección Humanidades).

ASÍN PALACIOS, Miguel, *Amor humano, amor divino: Ibn Arabi*, Córdoba, El Almendro, 1990.

BAL, Mieke, *Teoría de la narrativa. Una introducción a la narratología*, trad. de Javier Franco, Madrid, Cátedra, 1985.

BERISTÁIN, Helena, *Análisis estructural del relato literario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1982 (Cuadernos del Seminario de Poética, 16).

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, José María, *El nacimiento del Cristianismo*, Madrid, Síntesis, 1990 (Historia Universal Antigua, 16).

BUBER, Martin, *Eclipse de dios. Estudio sobre las relaciones entre religión y filosofía*, trad. de Luis Fabricant, introducción de Robert M. Seltzer, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 (Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 520).

BUSTOS, Alicia Ángela, “Monólogo interior y situaciones monológicas”, en Mignon Domínguez (ed.), *Estudios de narratología*, Buenos Aires, Biblos, 1991.

CADALSO, José, *Noches lúgubres*, Buenos Aires, Emecé, 1943.

CASO, Antonio, *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto Politécnico Nacional, 1987 (Educadores Mexicanos).

FERNÁNDEZ ARIAS, Irma Isabel, “Presentación”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, (1821-1822), *Obras XI- Folletos*, ed., notas y presentación de Irma Isabel Fernández Arias, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1991 (Nueva Biblioteca Mexicana, 104).

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín, *Don Catrín de la Fachenda. Noches tristes y día alegre*, ed., de Rocío Oviedo y Almudena Mejías, Madrid, Cátedra, 2001 (Letras Hispánicas, 515).

FERRATER, Mora J., *Diccionario de Filosofía*, t. IV, Barcelona, Ariel, 2001.

FRANCO, Jean, *Historia de la Literatura Hispanoamericana. A partir de la Independencia*, trad. de Carlos Pujol, 2ª ed., Barcelona- Caracas- México, Ariel, 1979 (Letras e Ideas. Instrumenta, 7).

GALLEGOS ROCAFULL, José Manuel, *El don de Dios en la gran aventura del hombre*, México, Isidoriana, 1953.

GALVÁN GAYTÁN, Columba Camelia, “El Pensador Mexicano se pregunta ¿por qué las mujeres no pueden ser diputadas?”, en Florencio Sevilla y Carlos Alvar (eds.), *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, t. III, Madrid, Castalia, 2000.

GARCÍA LANDA, José Ángel, *Acción, relato, discurso. Estructura de la ficción narrativa*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1998.

GARCÍA PEINADO, Miguel Ángel, *Hacia una teoría general de la novela*, Madrid, Arco, 1998.

GENETTE, Gérard, *Nuevo discurso sobre el relato*, trad. de Marisa Rodríguez Tapia, Madrid, Cátedra, 1998.

GLENDINNING, Nigel, *Vida y obra de Cadalso*, vers. de Ángela Figuera, Madrid, Gredos, 1962 (Biblioteca Románica Hispánica, II.- Estudios y ensayos).

HERNÁNDEZ GARCÍA, Jesús, *Fernández de Lizardi. Un educador para un pueblo. La educación en su obra periodística y narrativa*, vols. I y II, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Universidad Pedagógica Nacional, 2003 (Historia, Ciudadanía y Magisterio, 2).

HOWLAND BUSTAMANTE, Sergio, *Historia de la Literatura Mexicana. Con algunas notas sobre literatura de hispanoamérica*, 3ª ed., México, Trillas, 1967.

ÍNIGO MADRIGAL, Luis, *Historia de la Literatura Hispanoamericana. Del neoclasicismo al modernismo*, t. II, Madrid, Cátedra, 1987.

JAEGER, Werner, *La teología de los primeros filósofos griegos*, trad. de José Gaos, México- Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1952.

JIMÉNEZ RUEDA, Julio, *Historia de la Literatura Mexicana*, 6ª ed. (puesta al día y aumentada con buen número de notas bibliográficas) México, Botas, 1957.

KANT, Immanuele, *Crítica del juicio*, Trad. de Manuel García Morente, Madrid, Espasa Calpe, 1977.

LOHFINK, Gerhard, *La Iglesia que Jesús quería. Dimensión comunitaria de la fe cristiana*, trad. de Víctor Abelardo Martínez de Lopera, 2ª ed., Bilbao, Desclee de Brouwer, 1986 (Cristianismo y Sociedad, 12).

LOHSE, Eduard, *Teología del Nuevo Testamento*, trad. de Antonio Piñero, Madrid, Cristiandad, 1978 (Academia Christiana, 3).

MARÍAS, Julián, *La perspectiva cristiana*, Madrid, Alianza, 1999.

MARTÍN JIMÉNEZ, Alfonso, *Tiempo e imaginación en el texto narrativo*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1993 (Literatura, 27).

MENAFRA, Luis Alberto, “Prólogo”, en José Cadalso, *Noches lúgubres*, Buenos Aires, Emecé, 1943.

MOMIGLIANO, Arnaldo, *De paganos, judíos y cristianos*, trad. de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1996 (Breviarios, 518).

OCAMPO, Melchor, *La religión, la iglesia y el clero*, México, Empresas Editoriales, 1948 (El Liberalismo Mexicano en Pensamiento y en Acción, 6).

OVIEDO, Rocío y Almudena MEJÍAS, “Introducción”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Don Catrín de la Fachenda. Noches tristes y día alegre*, Madrid, Cátedra, 2001, (Letras Hispánicas, 515), p. 19.

PALAZÓN MAYORAL, María Rosa, “Estudio Preliminar”, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *El laberinto de la utopía. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica, Fundación para las Letras Mexicanas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, (Biblioteca Americana, Viajes al Siglo XIX).

PAREDES, Alberto, *Las voces del relato*, México, Universidad Veracruzana, 1987.

PARKER, Alexander, *La filosofía del amor en la literatura española*, trad. de Javier Franco, Madrid, Cátedra, 1986.

PEDRAZA JIMÉNEZ, Felipe (coord.), *Manual de literatura hispanoamericana. II. Siglo XIX*, Navarra, Cénlit, 1991.

PÉREZ-RIOJA, José Antonio, *El amor en la literatura*, Madrid, Tecnos, 1983.

PIMENTEL, Luz Aurora, *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*, México, Siglo XXI / Universidad Nacional Autónoma de México.

PRAT, Ferdinand, *La teología de San Pablo. Segunda parte*, trad. de Salvador Abascal, México, Jus, 1947.

RAFFI- BÉROUD, Catherine, *México en movimiento. La mujer mexicana en el dominio público y en el privado. Actas del octavo Encuentro de Mexicanistas en Holanda organizado en Groningen, el 7 de noviembre de 2001*. Groningen, Centro de Estudios Mexicanos, 2002

REYES PALACIOS, Felipe, "Prólogo", en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Obras VIII- Novelas. El Periquillo Sarniento (tomos I y II) y Noches tristes y día alegre*, ed., notas y pról. de Felipe Reyes Palacios, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1982 (Nueva Biblioteca Mexicana, 86).

RICOEUR, Paul, *Amor y justicia*, Trad. de Tomás Domingo Moratalla, Madrid, Caparrós Editores, 2000 (Espirit, 5).

—, *Historia y Verdad*, Trad. de Alfonso Ortiz García, Madrid, Encuentro, 1990 (Ensayos, 25).

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco, *Sociedad, amor y poesía en la Grecia antigua*, Madrid, Alianza, 1995.

SEBOLD, Rusell P., *Cadalso: El primer romántico "europeo" de España*, Madrid, Gredos, 1974 (Biblioteca Románica Hispánica, II.- Estudios y Ensayos, 215).

TACCA, Oscar, *Las voces de la novela*, 2ª ed., Madrid, Gredos, 1978 (Biblioteca Románica Hispánica, II.- Estudios y Ensayos, 194).

VALBUENA BRIONES, Ángel, *Literatura hispanoamericana. IV tomo de la historia de la Literatura Española*, Barcelona, Gustavo Gili, 1962.

XIRAU, Joaquín, AMOR *Obras completas III. Escritos sobre historia de la filosofía. Vol. 2. Artículos y ensayos*, ed. de Ramón Xirau, (Pensadores Españoles Modernos) ***

VARELA JÁCOME, Benito, "Evolución de la novela Hispanoamericana en el XIX", en Luis Íñigo Madrigal, *Historia de la Literatura Hispanoamericana. Del neoclasicismo al modernismo*, t. II, Madrid, Cátedra, 1987.

YÁÑEZ, Agustín, “Introducción” en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Noches tristes y día alegre*, México, Mensaje, Selecciones hispanoamericanas, Divulgación Literaria de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1943.

ZAMBRANO, María, *El hombre y lo divino*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955 (Breviarios, 103).

REFERENCIAS ELECTRÓNICAS

-<http://es.wikipedia.org/wiki/Catolicismo>